

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 27 mayo - 3 junio 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 391

EL MENU DE CADA DÍA



Alcover, primer embajador en Rabat (Página 14)

Faisal II de Irak, un amigo de España (pág. 9) * Pere Dot, creador de rosas, por Carlos Sindreu (pág. 17) * Entrevista con Ricardo Majo, por Margarita Rosel (página 23) * El Museo del Reloj Antiguo, por J. M. Deleyto (pág. 27) * Biografía del crucero «Navarra» (página 32) * Suelo y civilización, por Tom Dale y V. Gill (página 46) * Un acuerdo de manos vacías (pág. 51) * Córdoba, Califato del cante «jondo» (pág. 56)

INTERVALO DE UNA VIDA, novela por Carmen Conde

DES LO MISMO COMER
MUCHO QUE ESTAR
EN ALIMENTADO

OS HOMBRES DE CIENCIA ENTRAN EN LA COCINA

SI VA A
SALIR CON
UNA CHICA
...



C.S. 14241

Complete la higiene de su boca usando CREMA DENTAL LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa anti-enzimica que limpia profunda y completamente.

Naturalmente, tiene que causar la mejor impresión. ¿Y puede usted imaginar algo que la desagrade tanto como la halitosis (mal aliento)? Desgraciadamente, usted nunca comprobará por sí mismo si padece ese defecto.

¿Por qué arriesgarse a resultar desagradable, si el Antiséptico LISTERINE constituye una esencial precaución? No tiene más que enjuagarse la boca e, instantáneamente, su aliento queda purificado, fresco, fragante. Y no para segundos o minutos, sino durante horas.

Aunque algunas veces obedece a otras causas, la mayor parte de los casos de halitosis se debe a la fermentación de minúsculas partículas de alimentos que quedan en la boca. El Antiséptico LISTERINE detiene rápidamente la fermentación y el olor que ésta produce.

LISTERINE

"GARANTIZA" SU ALIENTO

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



EL MENU DE CADA DIA

DOS señoritas, una de ellas alta y vestida con un traje de chaqueta gris, y la otra, más baja, ataviada con un tres cuartos de color anaranjado, van mirando los números de las casas de una calle de Tetuán de las Victorias. La más alta lleva en la mano un cuaderno de notas, que consulta de vez en cuando, y le dice a su compañera:

—Aquí vive.

Las vecinas de la calle, que han estado siguiendo con los ojos el ir y venir, de una acera a otra, de ambas señoritas, preguntan:

—¿Buscan ustedes a alguien?

—Sí. A la señora que vive en esta casa — responde la señorita del tres cuartos.

Entonces, una mujer gorda, que lleva de la mano a un niño, se adelanta:

—Yo soy.

—Verá usted, señora. La Escuela de Bromatología, o sea la Escuela de la Alimentación, de la Universidad de Madrid, está haciendo una encuesta sobre lo que come la población madrileña, y nosotras somos las encargadas de hacerla.

Al escucharla, todas las vecinas se cierran en corro en torno a ellas.

—Entre todos los habitantes de Madrid se han elegido quinientas familias. Usted pertenece a una de ellas. Estamos investigando la alimentación actual. De las conclusiones que obtengamos se deducirán datos para realizar otra encuesta en toda España, que

NO ES LO MISMO
COMER MUCHO
QUE ESTAR BIEN
ALIMENTADO

LOS HOMBRES DE
CIENCIA ENTRAN
EN LA COCINA

permitirá a los investigadores y a los científicos obtener resultados muy importantes para todos los españoles.

—¿Usted quiere ayudarnos? —pregunta la otra señorita.

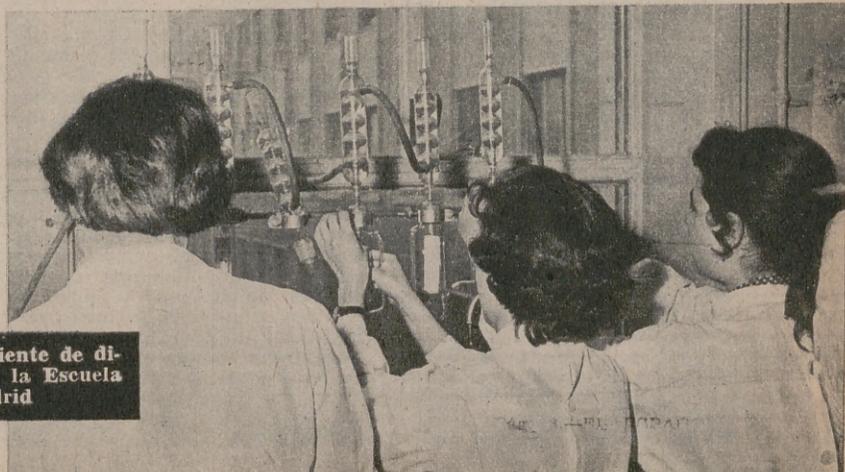
Ahora es la señora del niño la que titubea, indecisa. Parece que no comprende bien la finalidad que persiguen las dos señoritas. Una de éstas trata de animarla:

—Fíjese usted: su nombre no figurará en la encuesta. La información que usted nos dé será estrictamente confidencial, y no se facilitará ningún dato a otro organismo ajeno a la Escuela de Bromatología.

—Bueno, bueno. Díganme ustedes, señoritas, qué tengo que hacer.

—Hemos traído una balanza, pues para hacer el trabajo bien hecho hay que pesar en ella todos los alimentos que usted tenga en casa.

—En esta hoja que le damos



Batería para determinar el coeficiente de digestibilidad de los alimentos, en la Escuela de Bromatología de Madrid



La Escuela de la Alimentación ha enviado por las casas de Madrid a diferentes señoritas especialistas con el fin de hacer una encuesta sobre la alimentación de las familias españolas

—interviene la otra señorita— usted irá apuntando cada día el nombre de los alimentos comprados y la cantidad, y debajo qué platos prepara con esos alimentos y qué desperdicios le quedan.

—Es una molestia que usted se va a tomar—prosigue la otra señorita. Pero, mire: sólo es por seis días. Al final vendremos, le recogeremos la hoja y volveremos a pesar los alimentos que le quedan ese día.

—¿Eso es todo?

—Sí, y si nos ayuda, le estaremos sumamente agradecidas.

—¿Y luego nos dirán ustedes si comemos bien o mal?

—Naturalmente. Eso es lo que se pretende. De momento, no podremos informarle de nada. Hay que hacer muchos estudios.

Las auscultadoras entran en la casa de la señora, realizan las pesadas y le entregan una hoja para que anote las compras de los alimentos y los menús del día. Y luego se marchan.

LA CIVILIZACION HA MATADO AL INSTINTO

Esta encuesta piloto, iniciada en Madrid a principios del año en curso, es la primera de este tipo que se realiza en España. Los encuestadores, estas dos señoritas y otros doce más, son alumnos de segundo curso de la Escuela de Bromatología, para cuyos estudios se necesita previamente el título de licenciado, de doctor o de ingeniero. Entre los quinientos interrogados hay agentes comerciales, albañiles, funcionarios, zapateros, pilotos de la aviación civil, mecánicos de precisión, magistrados, apoderados de Banca, médicos, taxistas, empleados, farmacéuticos, abogados, periodistas,

que viven, tanto en Peñagrande como en Tetuán de las Victorias, en el barrio de Argüelles como en Ventas, en Vallecas como en la calle Mayor. Esto quiere decir que se ha realizado una rigurosa selección para que todas las escalas sociales, todas las fortunas, todos los barrios y todas las culturas y costumbres estén representados en la encuesta, que se ajusta, en su técnica, a otras ya realizadas por la F. A. O. en diversos países.

Recogidos los datos, se estudian las calorías consumidas, las proteínas, proteínas animales, grasas, calcio, hierro, vitaminas A, B1 y B2, ácido nicotínico y ácido ascórbico. El resultado final será averiguar si la alimentación de las quinientas familias elegidas al azar es completa o incompleta, o dicho de otra forma, si se alimentan bien o mal.

Muchos creen que la bondad de una dieta está en proporción directa a la fortuna económica del que la sigue. Pero eso no siempre es cierto, porque en cuestión de alimentos no influye tanto un elevado nivel de vida y un mayor poder adquisitivo como las costumbres, como los prejuicios y las ideas erróneas sobre el valor nutritivo de ciertos alimentos.

En Estados Unidos, país que está de moda poner de ejemplo por su innegable riqueza y poderío, se realizó no hace mucho una encuesta entre varios centenares de familias en buena posición económica. Se esperaba que estuvieran espléndidamente alimentadas. Los resultados fueron regatativos. Una elevada proporción se nutría deficientemente. Es cierto que se alimentaban con marisques exquisitos y carísimos. Pero eran

insuficientes en algunos elementos nutritivos imprescindibles, por lo que en realidad, aunque pareciera paradójico, estaban hipocalorizados.

La alimentación biológica es la más natural posible. Lo que la Naturaleza ha reunido en los órganos de las plantas y de los animales, el hombre no debe alterarlo ni separarlo. Pero el hombre supercivilizado del mundo actual, que ha abandonado el campo y los pueblos y se aglomera en las grandes urbes, ha perdido el instinto ancestral que le permitía distinguir a ciegas el alimento bueno del malo. Por razones económicas y sociales, en las que intervienen también los factores producción, transporte y conservación, las sustancias alimenticias primarias, como la carne, huevos, leche, cereales y frutas, se convierten en productos derivados que se venden en el comercio en envases vistosos con nombres que una buena campaña de publicidad ha popularizado.

Eso quizá sea más cómodo y económico, pero ha mutilado ese cetero instinto que capacitaba al hombre para elegir alimentos de acuerdo con sus necesidades fisiológicas. Ese instinto que impulsa a las poblaciones del Japón y de Indochina, grandes consumidoras de arroz, a comer pescados fermentados, conteniendo espinas, para equilibrar así una alimentación muy pobre en calcio y proteínas. Ese ímpetu oscuro que empuja a la guerra a las tribus del este de África para apoderarse de las tierras ricas en calcio. Esa fuerza secreta que hace que los esquimales, alimentados durante todo el invierno con grasas y carnes, consideren un manjar



En estas cuatro fotografías, las dos de esta página y las dos de la anterior, puede verse a una de ellas llegando a una casa, pesando las patatas, comprobando los alimentos de la despensa y anotando las respuestas

de lujo y lo devoren con ansia los líquenes contenidos en el estómago del reno, o bien las pequeñas bolas de musgo que una especie de castor acumula en sus madrigueras en la invernada, y tanto unos como otros son buenas fuentes de vitamina B1.

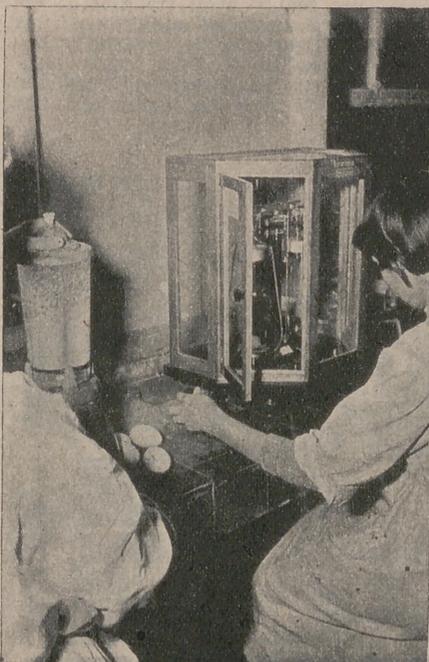
Con tales ejemplos no pretendo aconsejar un retorno a la primitiva alimentación del hombre prehistórico, que se veía sometido muchas veces a una alimentación monótona, cuando no soportaba espantosas hambres que, en ocasiones, le obligaban al canibalismo. En esto tiene toda la razón Jiménez Díaz cuando dice que «pensar que los alimentos no deben ser modificados, sino tomados tal y como se nos ofrecen, es renegar de lo mucho que la ciencia de la nutrición ha adquirido en el transcurso del tiempo, y por la misma razón deberíamos ir vestidos de pieles e iluminarnos con el fuego». Este razonamiento es muy lógico; pero hay hechos evidentes que demuestran que los alimentos «civilizados» no son más sanos ni más completos que los «semisalvajes», y que tampoco las dietas «científicas» son más ideales que las «comidas» que pueda aderezar cualquier ama de casa. Para todo hay ejemplos. Veamos uno de ellos:

En la época actual nos dice Stefánson que la alimentación del hombre blanco ha arruinado al esquimal con el advenimiento de los que él llama «productos de almacén», sobre todo harina y azúcar, que les están haciendo pasar muy malos ratos. Demuéstralo el uso de laxantes que antaño desconocían y que son hoy uno de los más saneados negocios de aquellas latitudes. En cuanto a

su dentadura, parece que todos la están perdiendo a toda prisa.

En cuanto a los «guisos científicos», es ya vieja la historia del experimento que condujo al hallazgo de las vitaminas. A fines de siglo se creía que sólo existían tres sustancias alimenticias básicas: los hidratos de carbono o azúcares, las proteínas o carnes (también pueden ser vegetales) y los lípidos o grasas. Por eso se les llamó los tres principios inme-

diatos. Con ellos se preparó una comida «ideal», pero los desgraciados animalejos que les cupo en suerte comérsela, languidecieron. Entonces se cayó en la cuenta que, además, era necesario un factor todavía desconocido y vital. Por eso, cuando se descubrió se le llamó «vitamina», que resultaron ser muchas, por lo que se las distingue ahora con las letras del alfabeto.



Dos fases del proceso de extracción y preparación de huevo en polvo

NINGUNA ALIMENTACION ES TEORICAMENTE PERFECTA

Ahora bien: ¿qué ocurre con nuestra alimentación? Esta es la pregunta que todas las amas de casa hacen a los auscultadores, y creo yo que es también la interrogación que mis lectores me hacen a mí. Puedo responder, ateniéndome a la verdad estricta, que la encuesta aun no ha terminado, pero sé que esto no sacia la curiosidad de todos. Por lo tanto, explicaré en qué estado se encuentra ahora.

De las quinientas familias elegidas, la mitad son absolutamente desconocidas por los auscultadores. La otra mitad se ha buscado entre los conocidos. Cada agente realiza cuarenta encuestas, que no siempre son fáciles de realizar. Con frecuencia surgen dificultades. No todas las amas de casa están dispuestas a abrir la puerta de su despensa a un desconocido por muy científico que sea. Pero negativa tan rotunda se da pocas veces. La mujer española es amable y, si se le explica con detalle de lo que se trata, colabora complacida, lo que no sucede en otros países, como Francia, en donde un 30 por 100 de las amas de casa se ha negado a facilitar datos para esta clase de encuestas. En Madrid, alguna señora que deseaba dar facilidades, pero que no le agradaba la idea de ver los agentes en su cocina, preguntó:

—¿Hay que pesar los alimentos que tengo?

—Sí. Es necesario.

—¿Daré lo mismo que los saque a la puerta?

—Con eso basta.

Y en el vestíbulo el auscultador sacaba su balanza y los pesaba. Pero no son éstas las dificultades mayores. Hay algunas que surgen de casos curiosos. En una casa, sacar la cuenta de los alimentos consumidos en el desayuno y en la comida fué tarea fácil, pero al llegar al gasto de la cena, el ama de casa se armó un pequeño lío. Por fin, aclaró:

—Verá usted. Los vecinos de la casa nos llevamos muy bien y somos muy alegres. Por la noche, para divertirnos, organizamos cenas colectivas. Nos reunimos todos. Cada uno pone lo que tiene,

y el vino se lo juegan los hombres a la lotería.

En otra familia también fué difícil sacar la cuenta de la cena. El motivo era totalmente opuesto al del caso anterior. Allí, los componentes de la familia, al llegar la hora de la cena, no sólo se reunían entre sí, sino que, además, se incorporaban a las otras familias de la misma casa. En este otro caso reinaba la más absoluta dispersión. Cada miembro de la familia tiraba por su lado, y cuando se recogían en su domicilio se guisaban por su cuenta lo que encontraban a mano, que, generalmente, eran huevos. Esta familia consumió en los seis días que duró la encuesta cinco docenas.

Repito que la encuesta aún no ha sido concluida, ni siquiera en su primera parte, que es la recogida de datos; pero ya se conocen algunos resultados parciales. Yo he tenido en mis manos los de quince familias, entre las que están representadas todas las clases sociales y todas las posiciones económicas, y he observado que la alimentación de ninguna de ellas es totalmente completa. Aun las familias mejor nutridas son deficitarias en algún elemento nutritivo esencial. Cubren sus necesidades en calorías, y aun las duplican, pero, exceptuando a las familias de un apoderado de Banca y de un taxista, todas las demás se alimentaban con una comida que carecía de algo. De las quince familias cuyos datos hemos revisado, ocho de ellas tomaban alimentos pobres en calcio; siete, escasos en vitamina B2 o riboflavina, y otras siete, deficitarios en ácido nicotínico. También había cinco que no tomaban las proteínas animales necesarias.

EL VALOR NUTRITIVO DE LOS PLATOS DE NUESTRA COCINA

Esta encuesta inicia los estudios sobre la alimentación en España de un modo sistemático. Anteriormente la Escuela de Jiménez Díaz realizó otros trabajos de este tipo, entre los que destacan las investigaciones de Vivanco y Rodríguez-Miñón. Pero estos estudios son tan fragmentarios, que, según parece, no fueron tomados

en consideración por el director de la Sección de Nutrición de la F. A. O., que visitó España en el verano pasado. Al visitar la Escuela de Bromatología, anunció a su director que iba a mandar equipos especializados para hacer encuestas sobre la alimentación entre los españoles.

—¿Serán gratuitamente? — desé saber el director de la Escuela.

—No. Luego la F. A. O. pasará la cuenta.

—Entonces, no hace falta que manden ustedes a nadie. Nosotros nos encargaremos de realizar la encuesta.

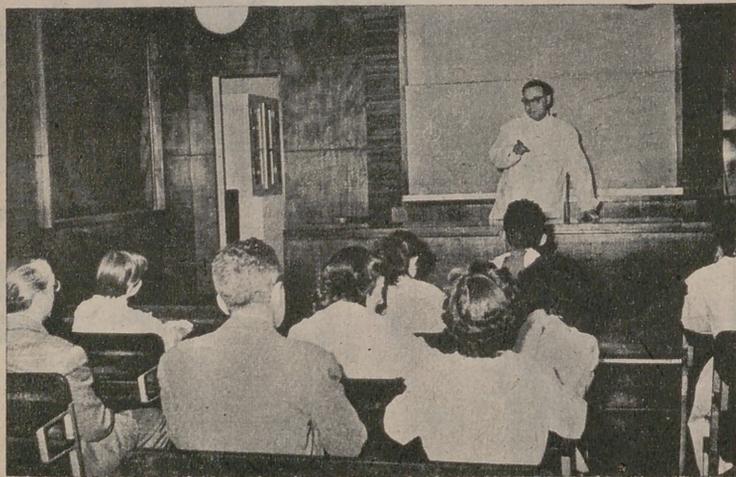
Esta encuesta tendrá otras fases. Una vez terminada la piloto, se verificará otra en toda España, y se completarán los estudios con el análisis de los elementos nutritivos no de los alimentos simples, sino de nuestros platos regionales y comunes. Hace algunos años, gracias a la colaboración de las señoras Isabel Pinilla, Carmen López García y la señora Angeles Cifuentes, pudo el doctor Rodríguez-Miñón estudiar el contenido en proteínas, grasas e hidratos de carbono de 47 platos de la cocina española. En la actualidad se está iniciando en la Escuela de Bromatología y en el Departamento de Investigaciones Bromatológicas un estudio más completo. El técnico encargado de realizarlo, que es una señorita, está empezando con un estudio bibliográfico exhaustivo de los distintos platos. Esta investigación, que pudiéramos llamar literaria y teórica, es completada con una encuesta de orden práctico verificada en domicilios particulares para ver cómo las amas de casa guisan en realidad estos platos; porque, como es sabido, una cosa es lo que se ve en los libros de cocina y otra lo que se cuece en el puchero y llevamos cada día a la boca. El Departamento posee una cocina eléctrica y todos los cacharros necesarios para preparar cualquier guiso.

UN ARMA DE DOS FILOS

La alimentación del hombre moderno no solamente peca por defecto, por falta o escasez de alguna sustancia nutritiva, sino que también peca por exceso. Me refiero al hecho de que la industria de la alimentación ha empleado, sin previo aviso, unas ochocientas sustancias no alimenticias para la preparación de los alimentos, tales como emulgentes, edulcorantes y colorantes artificiales. Don Miguel Comenge Geipe, presidente de la Sociedad Española de Bromatología, habla de este fenómeno, señalado por Souci y denunciado en el último «symposium» celebrado en Viena.

—¿Y qué hacen las autoridades competentes para impedir esas adiciones incontroladas?

—Aquí empieza la misión del bromatólogo, que es comprobar biológicamente, a través de varias generaciones de animales de experimentación, si estos aditivos son más o menos peligrosos para la salud. Precisamente al facilitar la labor de velar por la higiene alimenticia, que realizan los Poderes Públicos, va encaminada la II Reunión de Bromatólogos Españoles, que se inaugurará en San Sebastián el día 17 del próximo mes de junio, en



Explicación teórica de una lección de Toxicología

donde se discutirá y propondrá un código de la alimentación.

No sólo son los bromatólogos, es también el doctor Jiménez Díaz quien ha denunciado los peligros que encierran para la salud algunas sustancias que las industrias de la alimentación añaden a los alimentos para conservarlos. Jiménez Díaz recordó cómo de vez en cuando nos tropezamos con la demostración de un efecto tóxico de adiciones que durante lustros se han tenido como inofensivas. Un ejemplo es la relación del amarillo manteca con el cáncer del hígado y su frecuencia en ciertos países. Un producto artificial edulcorante, de nombre enrevesado, que es cuatro mil veces más dulce que el azúcar, es capaz de originar cambios en la glándula tiroidea y en el aparato urinario.

Como dice el doctor Martínez, los grandes adelantos logrados durante los últimos años en las industrias de productos alimenticios son armas de dos filos. Estas industrias, en su afán de ofrecernos el mejor alimento, el que reúna no sólo todos los principios nutritivos del producto natural, sino que posea a la vez el aspecto más atractivo a los sentidos, no vacilan en recurrir a toda clase de sustancias, en su mayoría sintéticas. Es cierto que en muchas ocasiones se ha conseguido obtener productos que aventajan notablemente a los naturales; pero se ha ido tan aprisa, que muchos de ellos se han utilizado sin tomar las debidas precauciones con el fin de averiguar antes de su uso si son nocivos para nuestro organismo.

Ya en 1904 se celebró una primera Reunión Internacional para evitar la transformación arbitraria, aunque inocente, de los alimentos. El profesor Comenge nos explica que en ella se trataron de los justos intereses de los industriales, buscando la manera de conciliarlos con los de la higiene. De esta Reunión derivaron las legislaciones nacionales que el progreso de los conocimientos científicos ha dejado anticuadas. Por eso, en la actualidad, se impone un código de la alimentación, que los bromatólogos españoles presentarán en la II Reunión de San Sebastián.

Se vigila a los medicamentos, pero no se atiende como es debido a los alimentos, que a veces llevan sustancias químicas aún más activas y peligrosas. Son los bromatólogos los que se esfuerzan por descubrir qué productos de los que se añaden a los alimentos son nocivos y deben prohibirse. Según Jiménez Díaz, el Comité Delaney, en Estados Unidos, señaló más de mil sustancias que se añaden habitualmente a los alimentos, de las cuales solamente ofrecen segura inocuidad 428. Una cosa, como ha resaltado Druckrey, es el tóxico inmediato; y otra el tóxico sumado a la larga de su ingestión, por decaerse en el organismo y no destruirse. Ejemplo principal de esto último lo constituyen los carcinógenos. En San Sebastián, los bromatólogos españoles están decididos a poner orden en este confusional mundo que reina en el mundo de los alimentos, lo cual nos interesa muchísimo a todos, sin distinción de edades, de sexos o de profesiones. El Código de



Las frutas y verduras juegan un importante papel en la alimentación de hoy

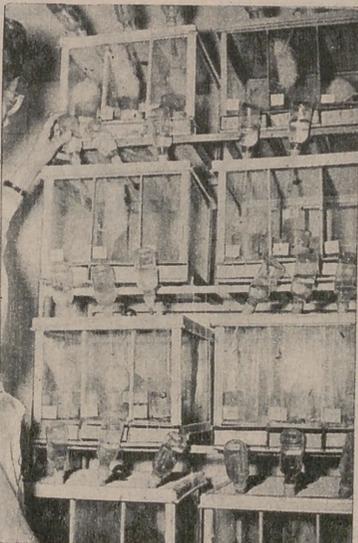
la Alimentación que se propondrá en la II Reunión de Bromatólogos Españoles, garantizará el valor nutritivo, la higiene y la inocuidad de los alimentos españoles.

LAS COMIDAS DE CADA DIA

La alimentación del hombre moderno está cargada de otros defectos. Uno de ellos es el sistema de las tres comidas, al que los fisiólogos han encontrado múltiples inconvenientes. Los grandes intervalos entre las comidas determinan una pérdida de la eficacia muscular de los trabajadores. Al distribuir los alimentos en

pocas comidas, necesariamente se hacen éstas más copiosas para cubrir así las necesidades del organismo. Pero son las comidas abundantes y no las colaciones frecuentes las que agotan la capacidad funcional del estómago. Los menús excesivos provocan modificaciones en el corazón que hacen más fácil a la larga la producción de la angina de pecho. Por lo demás, tras una comida abundante, aparecen ciertos fenómenos que reducen la capacidad de las personas. Todos hemos soportado después de una comida más o menos copiosa una irresistible somnolencia y una falta de ganas de hacer cualquier cosa. Todos estos fenómenos dan motivo a los fisiólogos para afirmar que se hace necesaria la reforma de los hábitos dietéticos de la Humanidad.

En los últimos años se ha extendido en los pueblos anglosajones la costumbre de intercalar algún tentempié entre las comidas principales. Este mejor reparto de los alimentos a lo largo del día puede repercutir beneficiosamente sobre el aparato digestivo, sobre el rendimiento físico y mental de cada persona. A media mañana y media tarde es aconsejable tomar algún bocadillo compuesto por leche, fruta, jugos de fruta o de verduras o simplemente por azúcar. Stanley, que ha estudiado la elección de alimentos de la cena, en busca de un sueño tranquilo y reparador, dice que el café, la carne, los huevos y el alcohol producen una particular agitación cerebral, mientras que la leche y las papillas de harinas de cereales contribuyen al mantenimiento de un sueño normal y profundo.



Unas jaulas de ratones en la Escuela de Bromatología, destinados a experiencias alimenticias

Doctor OCTAVIO APARICIO
(Fotos Cortina)

TESTIMONIO IRREFUTABLE

A agricultura y la industria son el objeto de nuestros ajetos y los pilares en que ha de asentarse la transformación económica de nuestra sociedad. Hace diez años que Franco hablaba en estos términos en su discurso de inauguración a las Cortes españolas.

Aquellas ajetos y aquellas esperanzas hoy se han convertido en una sorprendente realidad. Los campos de España, nuestra agricultura y nuestras tierras, los complejos industriales que hoy pueblan la geografía variadísima de la Nación, son hoy los pilares más fuertes, los cimientos más sólidos y firmes en los que se apoya y se cimenta toda la riqueza de una economía transformada, configurada y orientada hacia un porvenir seguro, sin límites en sus anchas posibilidades de engrandecimiento, de fortaleza y de abundancia. Los campos de España se han transfigurado. Y de esta transfiguración, de este cambio de ajetos y promesas en auténticas realidades, hoy tenemos una prueba irrefutable, una prueba y un argumento que sólo nos exige abrir los ojos para convencernos. Este argumento se llama la III Feria Internacional del Campo, recientemente inaugurada en Madrid.

Es la Feria como un mensaje que el Campo de España nos envía a todos los españoles. Un mensaje y una oferta. No es la Feria una fría organización expositiva de fuerzas económicas transformadas en sistema impersonal. En los diez kilómetros por donde se extiende el recinto de esta III Feria Internacional del Campo, como en una vitrina de cristal diáfano y limpio, se encierran todas las regiones, todas las comarcas y todas las tierras de España, que, en un pugilato de la mejor nobleza, han venido a Madrid para ofrecernos algo más que un símbolo de sus ilusiones convertidas en realidades, para ofrecer lo que tienen y lo que han recibido de la generosidad de un Régimen que en el campo y en la industria cifra hace muchos años sus ajetos y sus esperanzas.

Si la riqueza básica de España se deriva del campo, de la agricultura y ganadería, con sus indus-

trias derivadas y complementarias, como uno de los máximos exponentes de la economía nacional, si un 45 por 100 de la producción total española, con un valor superior a los 60.000 millones de pesetas anuales, hacen de nuestra agricultura y de nuestra ganadería en la actualidad la fuente principal de la riqueza española, hemos de pensar que esta Feria simboliza en este orden, fuera de toda hipérbole, el exponente más sincero, más real y más verídico de la España de hoy.

«Jamás ha habido un Estado que se preocupase más por los campesinos y por el agro español ni un Estado que heredase más dificultades, más devastaciones que las que el actual Estado hereda». Así hablaba el Caudillo en uno de sus recientes discursos por las tierras de Andalucía. Los campesinos de España y el agro español vienen hoy a Madrid a decir, con la sincera elocuencia de sus realidades, de sus adelantos, de sus modernas técnicas, de sus campos mecanizados, con la elocuencia de sus gráficos y estadísticas señalando índices de una producción nunca conseguida en España por su volumen y su calidad, que aquellas preocupaciones del Estado se han traducido en mejoras incalculables, en el bienestar y en la felicidad de todos los hombres del campo, de todos los campesinos de las tierras de España.

La tercera Feria Internacional del Campo es el mayor certamen agrícola de Europa. El certamen es una realidad sindical. La Organización Sindical española demuestra una vez más que está en la vanguardia de los esfuerzos nacionales para elevar el nivel técnico, económico y social del agro español. Nuestro sindicalismo agrario puede ver hoy, ante todas las provincias y todas las regiones de España venidas a Madrid, que su política esencialmente representativa es una realidad tangible, una realidad que recoge, traducida en frutos, la ilusión y la esperanza bien fundadas de todos los españoles.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, da la bienvenida a S. M. el Rey Faisal II del Irak, a su llegada a Madrid



FAISAL II DEL IRAK, AMIGO DE ESPAÑA

EL REY DEL PAIS DONDE EXISTIO EL PARAISO TERRENAL

UNA VISITA QUE SE RECORDARA SIEMPRE EN BAGDAD

«HOY ha sido un día completo», declaraba Faisal II al tiempo que subía al coche para trasladarse desde el bosque de Ríofrío al palacio de la Moncloa. Esa jornada del domingo, 20 de mayo es una de las más felices de su viaje a España, porque en esa fecha ha tenido ocasión de satisfacer dos de sus principales aficiones: el ejercicio al aire libre, la caza, y su interés por las colecciones de arte. Propia la primera de un hombre joven y dinámico como es el Monarca iraquí, y propia la segunda de un espíritu cultivado, de gustos artísticos, de una educación completa y esmerada, a pesar de sus pocos años. Pues el día último de la fiesta de la Independencia española, cuando el pueblo español conmemoraba a los héroes del Dos de Mayo, Su Majestad Faisal II del Irak ha cumplido exactamente los veintidós años.

Sobre la figura menuda y robusta de este Rey adolescente recaen las difíciles tareas de regir

un país cuya historia se remonta a cinco mil años antes de Jesucristo, de ser Soberano de la antigua Mesopotamia, bañada por esos dos ríos legendarios que son el Tigris y el Eufrates. Es el Rey Faisal II de la tierra donde estuvo el Paraíso Terrenal, la cuna del patriarca Abraham y de las ciudades de Nínive, Babilonia,

Ur. Sobre este suelo se ha erigido el moderno Estado del Irak, que es entre los pueblos árabes el que tiene sus fronteras más próximas a las de Rusia, factor éste muy importante en la política exterior iraquí. Porque para el apetito siempre alerta del Kremlin, la fantástica riqueza petrolífera de Kirkuk y Mosul,



El Rey Faisal, en el momento de despedirse del Generalísimo, momentos antes de tomar el avión para Granada

con 30 millones de toneladas de producción en 1955 es un bocado siempre apetecido y codiciado.

El Monarca del Irak y su Gobierno saben muy bien de qué lado asoma las orejas el lobo, y mantienen una firme política de salvaguardia de los intereses nacionales, con alianzas con las potencias occidentales y con amistad estrecha con otros países del mundo libre. Entre estos países se cuenta España, y a España ha venido Faisal II, como representante de la amistad de sus cinco millones de súbditos hacia la nación española.

A LA MONCLOA LLEGA UN REY AMIGO

Cuando en la tarde del 18 de mayo, a las cuatro y dieciséis minutos, aparece el tetramotor de turbo-hélice de Faisal II tras las colinas peladas que circundan Barajas, Franco se adelanta unos pasos en la pista de aterrizaje. La portezuela se abre y pisa la escalerilla el Soberano iraquí.

—¡Qué bonito espectáculo!..

El aeropuerto está adornado con infinidad de banderas de España y del Irak; sobre la terraza del edificio de recepción de viajeros, exterioriza su entusiasmo la colonia musulmana; todos los lugares abiertos al público se hallan ocupados por una gran multitud. Faisal II observa unos momentos, y sus ojos negros, de mirada despierta, se detienen en la figura del Caudillo.

Es entonces cuando baja aprisa la escalerilla para estrechar cordialmente las manos del Jefe del Estado español. Son unos segundos que valen para reafirmar una amistad antigua entre dos personas que nunca se habían visto. Conversan los dos unos instantes, y el Rey sonríe complacido; son palabras de bienvenida que el intérprete Bustani no necesita traducir, porque están pronunciadas en el idioma universal del afecto y de la amistad.

Luego, la revista a las fuerzas que rinden honores, las presentaciones, los saludos. Entre los recién llegados hay uno que es bien conocido de los españoles: Su Alteza Real el Príncipe Abdul Ilah, tío del Rey Faisal II y huésped anteriormente del Gobierno español.

Madrid, engalanado, espera a la comitiva. En la plaza del Marqués del Duero descienden los dos Jefes de Estado del automóvil cerrado que los ha trasladado desde Barajas, y el Alcalde de la capital saluda. Y saludan el Capitán General de la región y el jefe del Alto Estado Mayor y las autoridades todas. Después, en coche descubierto, escoltado por la Guardia Mora, se dirigen Castellana abajo, acompañados por los aplausos del pueblo madrileño, a la tribuna desde la cual van a presenciar el desfile militar. Enfrente de ella hay una torreta metálica donde se han instalado los operadores de las cá-

maras de televisión, pues con la llegada del Monarca iraquí se inaugura una nueva emisora.

Una hora y quince minutos dura el desfile del Ejército, del moderno material, de las bien instruidas tropas. Todo lo observa el joven Rey atentamente y todo despierta su curiosidad. Es el paso de la Guardia Civil lo que más llama su atención, debido, sin duda, al tradicional tricordio que usan estas fuerzas.

Cuando Faisal II y Franco llegan al palacio de la Moncloa, los dos están materialmente empaquetados, ya que durante el desfile ha llovido a ratos, y en el trayecto a la residencia del Monarca, realizado en parte en coche descubierto, ha caído una buena manga de agua. Pero en sus rostros hay una sonrisa de satisfacción por la calurosa acogida de los madrileños y por la brillantez del desfile. Franco acompaña a su huésped hasta el vestíbulo del palacio y se despiden allí de él. Luego será un jefe de la Casa Civil del Generalísimo quien dirija al Rey hasta sus habitaciones particulares.

EN EL PALACIO DE LAS ROSAS SE EDUCA A UN SOBERANO

Poco tiempo dispone Faisal II para vestirse de frac, con el fin de asistir a la comedia de gala que va a tener lugar, a las diez de esa noche, en el Palacio Real, ofrecida por el Jefe del Estado español.

El Rey, al llegar a sus habitaciones, encuentra allí su equipaje, que fué descargado del avión y trasladado urgentemente en una camioneta hasta la Moncloa, mientras tenía lugar la recepción y el desfile.

Poco antes de las diez de la noche Faisal sale al vestíbulo del palacio; el frac realza su figura y le da un elegante aspecto. El encargado de los servicios de la Moncloa se acerca respetuosamente al Monarca para preguntarle si ha encontrado alguna deficiencia que se pueda subsanar. Faisal sonríe agradecido.

—Me encuentro como en mi propia casa.

Siempre tiene una sonrisa sincera el Rey del Irak; su carácter es de una extremada simpatía y en su persona se revela una bondad natural y una expresión dulce. Es de trato delicado y extraordinariamente considerado con los que le rodean. Todas estas cualidades ganan el aprecio y el respeto de cuantos trata, aunque sea por breves instantes el contacto que se mantenga con él. Así es el Soberano del Irak, y así quisieron que fuese los dos familiares encargados de orientar su educación: su madre, la Reina Aliyah, y su tío, Abdul Ilah.

Cuando el anterior Monarca, el Rey Ghazi, muere el 4 de abril de 1939 víctima de un accidente de automóvil, deja un solo hijo, el pequeño Faisal, que no ha cumplido aún los cuatro años. Este niño, nacido en Qasr al-Zahur, en el poético Palacio de las Rosas, es proclamado entonces Rey del Irak, y su tío, Ab-



Faisal II, acompañado por el príncipe Abdul-Ilah, abriendo la conducción de un oleoducto en noviembre de 1952



Su Excelencia el Jefe del Estado y su esposa, acompañados del Rey del Irak, a su llegada al palacio de la Moncloa, donde el Monarca ofreció una recepción en honor del Caudillo y miembros del Gobierno español

duj Ilah, se encarga de la Regencia.

Crece el pequeño Rey bajo la vigilancia de su madre, que no abandona un solo detalle de la educación del niño para que pueda éste en su día asumir las responsabilidades de la Jefatura del Estado iraquí. Cuando cumple los cinco años, la Reina escoge una institutriz de nacionalidad inglesa para que se encargue de las primeras enseñanzas.

La vida en el Palacio de las Rosas es metódica y tranquila. Se marca como un acontecimiento el día que Faisal se da el primer baño en la piscina de los jardines de Palacio. Otro acontecimiento es cuando llegan los veranos y la familia se traslada al norte del país, al lugar de Salanahudín, próximo a la antigua ciudad de Erbil. Pero la vida sigue siendo metódica, supeditada siempre a la educación del infante.

UN NIÑO DE AZUL MARINO, ENTRE EL PUEBLO DE LONDRES

Pronto da comienzo un régimen de estudios más severo que el establecido por la rubia institutriz inglesa. Se nombra un profesor iraquí y se obliga al niño a asistir a clase en el Palacio oficial de la Corte, el Real Bilal, para inculcarle una disciplina de horario y una experiencia semejante a la de acudir diariamente a una escuela. Y como el niño está siempre rodeado de personas mayores en el Palacio de las Rosas, recibe las clases al mismo tiempo que cinco o seis alumnos de su misma edad. Y por las tardes van otros niños a jugar con el Rey en los jardines de la regia mansión.

En el año 1944 la guerra está lejos ya del Irak y de los países

árabes. La Reina decide entonces pasar los veranos en Alejandria para que el Rey pueda bañarse en las aguas del Mediterráneo, en lugar de hacerlo en la pequeña piscina del Palacio de las Rosas. Con sus cabellos revueltos por la brisa, jugando con el cubo y la pala, de cara al mar azul, Faisal tiene por vez primera pleno conocimiento de la existencia de un mundo más allá de las fronteras de su Reino. Tal vez piensa también en un país que se extiende en los confines de ese mar; tal vez pretende descubrir las costas de España, que un día fueron tierras en las que sus antepasados crearon brillantes focos de cultura...

Tiene Faisal once años cuando hace su primer viaje a Gran Bre-

taña, con ocasión de la boda de Isabel II. Presencia con curiosidad la ceremonia de la abadía de Westminster, y al salir del templo, distraído, se mezcla entre los miles de espectadores que esperan ver el paso de la comitiva real. Un guardia se fija entonces en ese niño, vestido con un traje azul marino, y le ordena bruscamente que deje libre la acera frente a la abadía. El muchacho obedece calladamente y ante el asombro del guardia se sitúa en las filas de las personas reales que estaban esperando su coche. Esta anécdota retrata el carácter de Faisal, capaz de obedecer dócilmente, sin arrogancia y con respeto.

El año 1947 el Rey es enviado a Inglaterra nuevamente para



El Rey del Irak, cuando volvió de Harrow, donde completo su educación universitaria

cursar estudios en Sandroyd Preparatory School, y se aloja en la Embajada de su país en Londres, en un edificio de la melancólica calle de Kensington Palace Gardens. Allí si que se acuerda del cielo luminoso de Bagdad, de la tierra seca y caliente del Irak, de los alegres jardines del Palacio de las Rosas. Conoce también que el ser Rey impone sacrificios y tristezas. Echa de menos a su madre, la buena Reina Aliyah, y los consejos de su tío, Abdul Ilah; piensa en sus amigos de juegos y en el amor que le manifiestan los iraquíes. Es triste para Faisal encerrarse durante las tardes sin luz inglesa en el edificio de la sombría calle de Kensington Palace Gardens.

BAGDAD CIUDAD DE LA FANTASIA

En Harrow School ingresa Faisal el año 1949. Se aficiona a los deportes y se interesa por el arte. Juega con mucha pericia al tenis, monta a caballo y toma en sus manos los pinceles para pintar al óleo con gusto y acierto. En palabra inglesa esas aficiones son «hobby» del Monarca; son sus distracciones cuando puede dejar los libros. Hasta el verano de 1952, en que sale del Colegio con el certificado general de Educación, estudia con constancia e inteligencia, con una voluntad poderosa.

Desde los tiempos de Harrow se interesa Faisal por los acontecimientos diarios del mundo y por los adelantos científicos de la época. Buenas cualidades son éstas para un Rey, y más estimables aún cuando concurren en una persona como él, que posee el secreto de ganar la amistad y el afecto de todos sus compañeros por sus modales sencillos y su carácter bondadoso.

—Mi obligación es trabajar para todo mi pueblo, para proporcionarle grandeza y prosperidad. El Monarca debe ser el primer servidor de la comunidad —acostumbraba a decir Faisal durante los años de Harrow.

Este ideal va a tener oportunidad de ponerlo en práctica muy pronto. El sábado 2 de mayo de 1953, a los dieciocho años de edad, es coronado Rey del Irak y entra a ejercer las prerrogativas de Soberano de los iraquíes. Todo el Reino es un estallido de júbilo. Bagdad parece transformada en una ciudad de fantasía, con miles de bombillas luciendo en la noche transparente, instaladas en las calles, parques y jardines; los edificios suntuosamente engalanados; fuegos artificiales a orillas del Tigris; miles de iraquíes venidos de las más apartadas regiones del Reino; la comida de gala en los jardines del Palacio de Abdul Ilah, con un millar de invitados, entre flores y árboles iluminados por lámparas de colores. Y el desfile de las formaciones militares, que ocupaban quince largos kilómetros en la carretera. Y el paso de las carrozas de los niños de las escuelas, adornadas con flores que reproducen los cuadros más importantes de la historia del Irak, que arranca de

cinco mil años antes de Jesucristo...

UNA ENTREVISTA EN EL PROGRAMA OFICIAL DE ACTOS

No oculta Faisal II la admiración que le produce el comedor de gala del Palacio de Oriente cuando tiene lugar en él la comida ofrecida por el Jefe del Estado español. Pasea su mirada por las bóvedas donde están los frescos de Mengs que representan «La Aurora», y por los muros decorados con tapices de Bruselas, y por los ventanales, con coqueaduras que reproducen temas del «Quijote».

Como por los preceptos de su religión, ni el Rey ni su séquito pueden injerir bebidas alcohólicas, los criados que les sirven únicamente llenan las copas con jugos de frutas e infusiones. El Rey está sonriente siempre, luciendo sobre su pecho la Gran Cruz del Yugo y las Flechas, que le ha impuesto el Caudillo momentos antes de la comida, en el Salón de Tapices del Palacio de Oriente. Franco, a su vez, lleva prendida la Gran Cruz de la Orden Hachemita.

A continuación de la comida, y en otro salón, se celebra un concierto de música selecta, a cargo de los profesores Ruiz Casaux, Kriales, Franco, Martín y Tordillas, cuya interpretación se hace con los stradivarius del Patrimonio Nacional.

El segundo día de su estancia en España es una jornada agitada. A media mañana, Faisal II se dirige a El Pardo para visitar al Caudillo. Hora y media dura la entrevista, a la que asisten el príncipe Abdul Ilah, el viceministro iraquí, Ahmad Mukhtar Beban, y el Ministro español de Asuntos Exteriores. Oficialmente no se dan a conocer los temas tratados, pero cabe pensar que fueron examinados los asuntos de política internacional comunes a ambos países, y más especialmente los relativos a la seguridad del Oriente Medio, a la situación en el Norte de Africa, al conflicto árabe-israelí y a la penetración comunista en los países árabes. Todos los problemas, en resumen que preocupan a los dos Gobiernos, al del Irak y al de España. En los tiempos actuales, en que se han cometido no pocas ingratitudes e incomprensiones con los pueblos árabes, España brinda y pone de relieve con estas conversaciones su amistad desinteresada y su leal proceder.

VEINTIUN AÑOS CON LA EXPERIENCIA DE UN VIEJO POLITICO

El tiempo no quiere colaborar a la brillantez de la corrida a la que asiste Faisal II en Madrid. No luce el sol, y el cielo aparece encapotado con feos nubarrones. Pero Faisal se muestra impresionado con el espectáculo. La Diputación Provincial ha tenido la previsión de editar unos folletos en inglés, que se entregan al Monarca y a las personalidades de su séquito, en los que se explican los pormenores de la lidia. La Diputación, además,

regala unos programas confeccionados en tela de seda; para que los viajeros se lleven este recuerdo de la Fiesta Nacional.

Al subir los matadores al palco presidencial para saludar a los dos Jefes de Estado, el Soberano iraquí estrecha emocionadamente las manos de los diestros y les obsequia con pitilleras para corresponder a los brindis que le han hecho. Seguro es que de la estancia en España, la corrida de toros de la Plaza Monumental de las Ventas es uno de los actos que más huella dejará en su memoria.

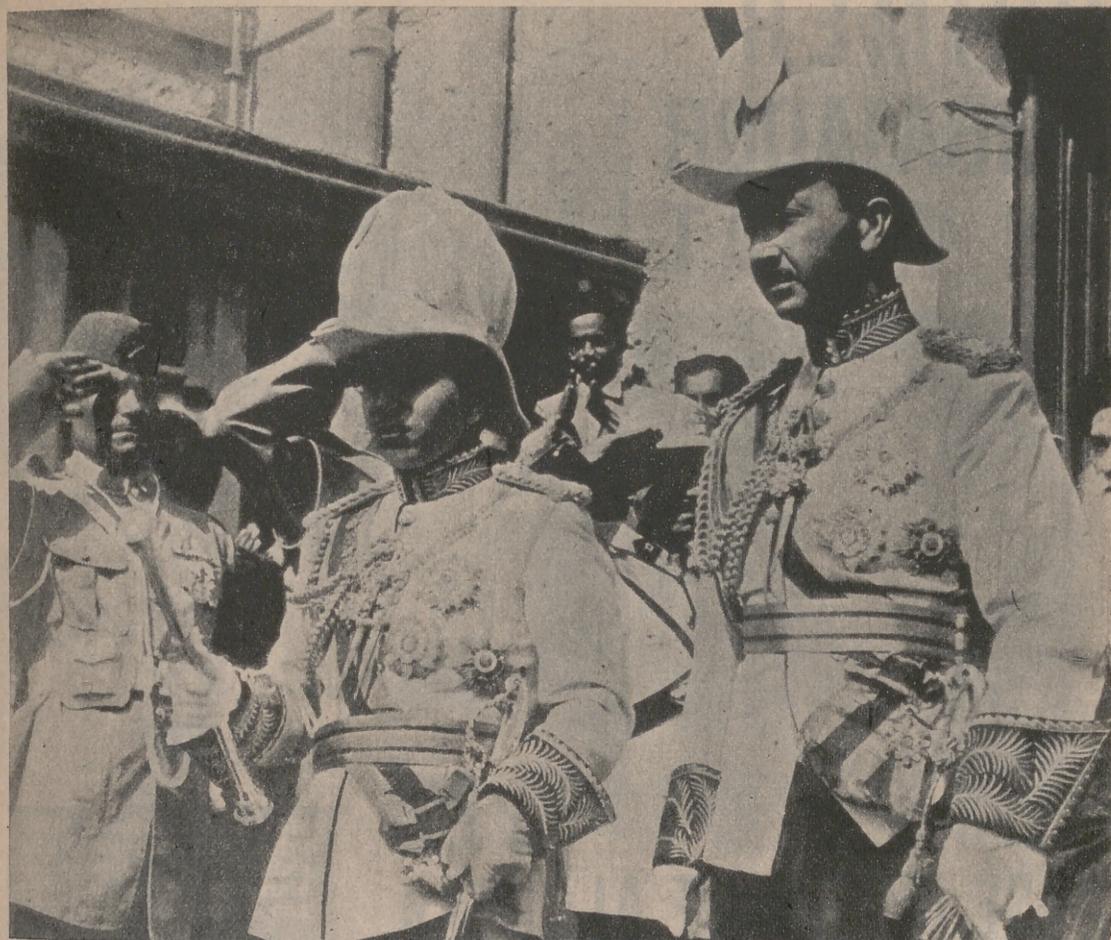
Después de este espectáculo, el Rey vuelve al Palacio de la Moncloa. A las ocho y media de esta tarde ofrece una recepción a las autoridades y al Cuerpo diplomático. Media hora antes se hallan en los salones los invitados, esperando al Soberano. Aparece puntual en la escalera, vestido de uniforme. Inmediatamente da comienzo el besamanos, al tiempo que le van presentando a los asistentes. Pero Faisal II, si alguna vez se omite algún nombre y apellido, se adelanta a saludar, y para todos tiene frases amistosas. Sigue siendo sencillo y cordial, como en los tiempos en que salía de Westminster y acataba dócilmente las órdenes del guardia inglés.

A pesar de la jornada de actividad que ha tenido no hay señales de cansancio en su semblante al retirarse a descansar a sus habitaciones. Posee el vigor de los veintidós años y el hábito de un viejo político para desenvolverse en las solemnidades oficiales. Faisal es el Rey como querían que fuese la Reina Madre y el príncipe Abdul Ilah, cuando ambos se preocupaban en el Palacio de las Rosas de la educación del Monarca niño.

«HOY HA SIDO UN DIA COMPLETO»

El domingo día 20 ha sido un día completo para Faisal, según manifiesta él mismo. Al mediodía, exactamente, ha ido Franco a la Moncloa a recogerle. El Rey viste de paisano, con un traje claro de corte deportivo. La comitiva, en una docena de automóviles, se dirige por la carretera de Navacerrada en dirección a La Granja. Abren marcha los coches-piloto, con sus ocupantes cubiertos con boinas rojas. Al dejar atrás el casco urbano cambian las boinas por unos pastas montañas blancas.

Las fuentes de La Granja están corriendo cuando llegan los viajeros, una hora después. Faisal da un pequeño paseo por los jardines, y luego el Caudillo le invita a entrar en el Palacio. Una vez en el interior, Franco le enseña la magnífica colección de tapices flamencos, y es el Generalísimo quien le da explicaciones sobre la época en que fueron fabricados, la técnica para hacerlos, lo que representan, los méritos de cada pieza. Un técnico especializado no hubiera logrado dar una información más detallada y completa de la colección. El Rey está pasando unos mo-



Su Majestad el Rey del Irak, y el príncipe Abdul Illah, el día 2 de mayo de 1953, sale del Parlamento, después de su coronación

mentos felices ante esas obras de arte y hubiera deseado disponer de horas y horas para no apartarse de los tapices.

Después del almuerzo en el Palacio de La Granja, la comitiva se dirige al bosque de Riofrío. La tarde es deliciosa y por el cielo desfilan nubes que parecen de algodón. Se va a cazar gamos, y Faisal lleva escopetas de su propiedad. Tres horas largas se invierten en Riofrío, y el Rey tiene repetidas ocasiones de probar su habilidad y su excelente puntería.

Es al llegar al momento de regresar a Madrid cuando Faisal del Irak dice:

—Hoy ha sido un día completo.

Lo ha sido por esa colección de tapices flamencos y por esa tarde en el bosque de Riofrío, con una temperatura suave, viendo correr los gamos a lo lejos.

EN EL ALCAZAR DE TOLEDO NO RIGE EL PROTOCOLO

En el Alcázar de Toledo, después de la visita al recinto, conmovido el Monarca ante aquellos testimonios del templo de los españoles, va a tener un acto no previsto por el protocolo, pero que pondrá de relieve la impresión que le ha producido la gesta

En el patio del Alcázar, y esperando la salida del Rey, al pie

de la estatua de Carlos V, hay una representación de los defensores de la fortaleza. Entre ellos se encuentra el general Bermúdez de Castro, erguido y bien plantado, a pesar de sus noventa y dos años. Faisal se acerca a ellos y va estrechando sus manos. Al llegar a la altura del general, éste le dice por intermedio del intérprete:

—Dígale a Su Majestad que es muy simpático... muy, muy simpático...

Y hace intento de besar las manos del Rey. El Soberano no quiere aceptar esta prueba de respeto del anciano soldado, y entonces le abraza y le besa en las mejillas, según costumbre tradicional entre los árabes.

En la Academia de Infantería presencia los ejercicios de los cadetes, el paso de la piscina por equipos dotados con todo el armamento, el asalto a unos fortines, el ataque y destrucción de un carro de combate... Después, le regalan un estuche de piel con esta leyenda: «A. S. M. el Rey Faisal II del Irak». Dentro hay una pistola fabricada en Eibar, artísticamente trabajada, con la culata de nácar, en la que va grabado el escudo del Irak. A los demás miembros del séquito se les regalan asimismo otras pistolas más sencillas. También le ofrecen la Memoria del último curso de enseñanza de la Academia y una bandera bordada con los escudos de España y del

Irak entrelazados, izada con un pequeño mástil enriquecido con la filigrana artesana típica de Toledo.

Viva aún la impresión que le ha producido la visita al Alcázar y a la Academia de Infantería, va por la tarde al Museo del Prado. Recorre las salas del Greco, de Goya, de Rubens, del Tiziano, de la Dama de Elche... Al ver los cuadros de Velázquez, Faisal permanece silencioso. Al fin dice:

—El cielo de esos cuadros es exactamente igual al que veo desde las ventanas del Palacio de la Moncloa.

Cuando le entregan publicaciones del Museo, el Rey busca las reproducciones de las obras de Velázquez, para llevarse con ellas la misma luz y las mismas tonalidades del cielo que contempla desde su residencia madrileña.

Al dejar Madrid, rumbo a Granada, después de visitar Sevilla, luego de perderse por las callejuelas morunas de Córdoba, cuando el avión lo aleja de España, Faisal II del Irak busca a través del cristal de la ventanilla la luz azulada de los cuadros velazqueños. En su Palacio de las Rosas, recordando los felices días de España, el Rey sentirá nostalgia de nuestro país, que en tiempo lejano fué cuna de una brillante cultura islámica y no olvidará nunca la hidalguía de sus amigos españoles.

PRIMER EMBAJADOR EN RABAT



Mohamed V felicita a don Felipe Alcover como primer embajador de España en Marruecos. A la izquierda, una reciente fotografía del señor Alcover

JOSE FELIPE DE ALCOVER, REPRESENTANTE DE ESPAÑA ANTE MOHAMED V DE NUEVA YORK A BUCAREST Y DE ROMA A MARRUECOS

Don José Felipe de Alcover y Sureda ha sido designado embajador del Gobierno español ante Su Majestad el Sultán de Marruecos. Fué el 18 de mayo de 1956, viernes. En Consejo de Ministros se acordó que, por primera vez en la historia de las relaciones hispanomarroquíes, España estuviese representada ante el Soberano del Imperio, Mohamed V.

Ha sido un mallorquín extraordinariamente inteligente el hombre en quien cae el honor de iniciar la serie de los embajadores españoles en Rabat. El señor Alcover, hasta hace pocos días cónsul general de España en la capital del Imperio, ha sido una de las figuras que más han laborado por una solución adecuada en el problema de Marruecos.

El año 1903 se ha quedado bastante lejos. Alfonso XIII no llevaba en el Trono un año completo. Cuando se inicia enero presidía el Gabinete don Francisco Silvela; en Gobernación, don Antonio Maura; Abarzuza, Estado; Fernández Villaverde, Hacienda; don Eduardo Dato, Gracia y Justicia; el general Linares Guerra; don Joaquín Sánchez de Toca, Marina; Allende-

saizsar, Instrucción Pública, y el marqués de Vadillo, Agricultura. Un Ministerio en el que cinco de sus componentes—Maura, Dato, Fernández Villaverde, Sánchez de Toca y Allendesalazar—llegaron a ocupar, con el transcurso del tiempo, la Presidencia del Consejo de Ministros.

Y allá, tal vez alejados, en cierto modo, de los problemas políticos más superficiales, vivían los mallorquines. En muchos círculos, la mayor preocupación era ver cómo ascendía aquel compatriota de limpia y bien cortada barba blanca, llamado Antonio Maura.

En el mes de mayo el sol refulmbraba las casas de Palma de Mallorca con una intensidad agradable. Por el Borne, las chicas contaban apaciblemente los adoquines; para arriba, para abajo, alguna parada con un grupo de amigas y vuelta al paseo y a mirar con el raballo del ojo a los jovencitos. Detrás del paseo hay una calle estrecha, adoquinada con altibajos: la de Puigdorçila. En el número 22 vivía el notario don Guillermo Alcover, que el día 27 de mayo se encontró con que su familia había aumentado. Un hombre más: su último hijo. La familia se ce-

rró con el que hizo el número seis.

PRIMEROS AÑOS

El niño nacido el 27 de mayo de 1903 fué inscrito con el nombre de José Felipe Alcover y Sureda. Las costumbres de la familia apenas se vieron alteradas por la llegada de aquel nuevo miembro. Únicamente los primeros días hubo nutrido desfile de señoras y señores conocidos de los Alcover.

Los Alcover son una familia muy antigua. Siempre se ha mantenido en un tono correcto de alta burguesía. Por aquellos años el apellido era muy traído y llevado en las reuniones literarias. Un hermano de don Guillermo era el gran poeta, en lengua catalana, Joan Alcover.

La infancia del futuro diplomático se desarrolló en un ambiente grato. La vitalidad y la alegría eran las características más notables de los primeros años. Siempre que podía se lanzaba al campo, y en unión de algunos amigos realizaba excursiones a las montañas próximas.

Los primeros estudios y el Bachillerato los realizó en Palma. Terminada la Segunda Enseñanza se decidió por el Derecho, si-

guiendo la tendencia más arraigada en la familia.

Se traslada a Barcelona, y en la Universidad inicia los estudios de Leyes. Durante su estancia en la Ciudad Condal se aloja en la casa que posee allí el hermano mayor, don Guillermo Alcover y Sureda, actualmente notario en la ciudad catalana.

El año 1917 señala una fecha triste en la familia. Don Guillermo, el notario de Palma, deja de existir. Al frente de la familia queda la madre, doña Dolores Sureda. En el ánimo de José Felipe, el benjamín, la desaparición del padre deja una huella muy profunda. Su afición al estudio y sus ansias de enriquecer continuamente el espíritu, hacen más marcadas.

En la Universidad es un típico alumno destacado. Casi podría considerarse un coleccionista de matriculas. Los hermanos mayores ya están colocados: notario, uno, y el segundo, don Pedro Alcover, hoy decano del Colegio Médico de Palma, también ha abandonado hace tiempo las aulas. Las mujeres de la familia han bifurcado sus inclinaciones: una profesa de monja en el Sagrado Corazón, y las otras dos se deciden por el matrimonio.

A LA DIPLOMACIA

Por fin, llega el año 1924. En el mes de junio don José Felipe Alcover consigue la licenciatura de Derecho. Desde 1903 han pasado multitud de acontecimientos. Una guerra mundial. La muerte del padre. Numerosos altibajos en la política española. Marruecos ha sido una sangría

continua: el desastre de 1921 todavía está reciente. En el mismo mes de junio se ven algunas causas por responsabilidades contraídas en Africa: el general Benguer es condenado a separación del servicio; pero a los pocos días se le concede el indulto. Primo de Rivera estaba en pleno gobierno paternal.

Concluida la carrera, la decisión, hasta entonces no muy clara, de su dedicación a la carrera diplomática, se hace firme. Prepara el doctorado, que obtiene al año siguiente en la Universidad Central. El mismo año 1925 consigue una beca de la Universidad de Barcelona para ampliar estudios de Derecho Internacional en la Universidad de La Sorbona. En París se dedica con vehemencia al estudio de las relaciones internacionales; su diletantismo artístico le lleva con mucha frecuencia a las salas del Louvre.

En 1927, la etapa de París ha quedado atrás. Ahora le toca el turno a Londres. Sigue unos cursos como alumno en la Escuela de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad londinense. Poco a poco, las materias que forman parte del programa de ingreso en la carrera diplomática adquieren gran solidez en la inteligencia del futuro diplomático.

El sistema de oposición era distinto del actual. Una vez aprobados los ejercicios se ingresaba directamente en el escalafón, sin previo paso por una Escuela Diplomática. La generalidad de los aspirantes seguían cursos que se daban en la Real

Academia de Legislación a base de las materias que integraban la oposición. Alcover, sin embargo, no realizó los cursillos.

Poco después de su regreso de Londres, en septiembre de 1929, ingresa en la carrera. La promoción de 1929 es bastante numerosa, y de ella forman parte figuras muy destacadas de la diplomacia: Don Emilio de Navasqués y Ruiz de Velasco, actual inspector general de Servicios del Exterior; don José Núñez Iglesias, Subsecretario de Economía Exterior; don Juan de las Bárcenas, director general de Política Exterior; don Jorge Spotorno, director del Servicio Técnico de la Dirección General de Relaciones Culturales; don Juan Serrat y Valera, director de Asuntos Políticos de Centro y Suramérica, y los actuales embajadores en Dublín, Montevideo, Bonn, Ciudad Trujillo y Tegucigalpa, además de otros compañeros de promoción que desempeñan diversas misiones al servicio del Ministerio.

DE NUEVA YORK A BUCAREST

El primer destino de don José Felipe Alcover es Norteamérica. En el mismo año 1929 es destinado como secretario de tercera clase a Nueva York. Son los umbrales de la gran crisis de los Estados Unidos. Alcover no tiene tiempo para calar en el ambiente neoyorquino. Al poco tiempo, en 1930, es trasladado, como secretario de Embajada de segunda clase, a Bogotá.

En la capital de Colombia transcurre cerca de cuatro años.



Don Felipe Alcover, con el Sultán, en una recepción al Cuerpo Diplomático, en noviembre de 1935

Su dinamismo se expande, desarrollando una gran actividad. La gran voluntad y capacidad de trabajo, y su viveza, como buen hijo del Mediterráneo, le ayudan en el desempeño brillante e inteligente de su misión. Por otra parte, juventud y empatía son cualidades que le favorecen entre la alta sociedad colombiana y en el mundillo diplomático de Bogotá. La vida en Colombia es tranquila; durante los años en que Alcover permanece en la Embajada no se producen grandes acontecimientos.

La representación española en Bucarest, hacia el 34 hallábase falta de personal; por ello, al ser destinado Alcover como cónsul en Constanza, se le adscribe a la Embajada de la capital rumana, desempeñada por el marqués de Prat de Nanthouillet.

Son años tranquilos para Rumania. La gente acomodada vive felizmente dentro del refinamiento adquirido por una educación generalmente francesa. La campanada de mayor calibre había sido el asesinato de Duce, el jefe del partido liberal, en la estación de Sinania, al parecer, por elementos pertenecientes a la Guardia de Hierro.

Madame Lupescu comenzaba a hacer sonar con frecuencia su nombre. El partido liberal estaba en el Poder, y la vida se deslizaba suave. Nuestro cónsul en Constanza, radicado en Bucarest, con frecuencia se trasladaba al puerto situado a tres horas de la capital en tren pulman. El trabajo del Consulado solía referirse a las actividades petrolíferas. En aquellas fechas existía un tratado comercial con el Gobierno del Rey Carol y eran frecuentes los envíos de petróleo con destino a España.

UN ALTO EN BIARRITZ

Es sabido lo que se venía tramando en España desde el año 1931. Cuando en el verano de 1936 llegan a Bucarest las noticias de lo sucedido el 18 de julio, la elección no es dudosa. En principio, las informaciones pecan de oscuras. Pero, aclarada la situación, a los pocos días del Afirmamiento, la Embajada de España se solidariza con el Gobierno de Burgos y rompe con Madrid.

La actividad de nuestra representación en la capital rumana es de gran intensidad. Alcover es adscrito a la representación oficiosa del Gobierno nacional en Rumania, Yugoslavia y Turquía. La actuación del actual embajador en aquellos días difíciles es una de las páginas más brillantes de su carrera.

Consolidada la situación en la Zona Nacional, Alcover viaja con alguna frecuencia a Burgos. En 1938, casualmente, se detiene unos días en Biarritz. Es la época veraniega: el diplomático español, con algunos amigos, pasea por la hermosa playa francesa. Se cruzan con un grupo de chicas españolas y hay presentaciones y cambio de saludos. El diplomático queda sorprendido por la extraordinaria belleza de una de las chicas: Alicia García Calamarte. Ha sido un encuentro breve; pero desde entonces, la pertinaz soltería del diplomático

mallorquín puede considerarse perdida.

Finaliza la guerra de Liberación. El secretario de segunda don José Felipe de Alcover es trasladado a la Embajada de España en Roma. Mussolini está en pleno apogeo. El Eje: Roma-Berlin es una realización de última hora. El ambiente de la capital italiana rebosa optimismo.

En septiembre Alemania inicia el aniquilamiento relámpago de Polonia. La guerra en la frontera francesa, de momento, es estacionaria: guerra de posiciones. El panorama internacional se halla poco diáfano.

Llegado 1940, el secretario de segunda clase en Roma, señor Alcover, pasa al Ministerio en Madrid. La situación política internacional se complica y enmaraña constantemente. El paso de Alcover por el avispero balcánico le ha proporcionado un profundo conocimiento de la situación en Centroeuropa, de gran valor para las actuales circunstancias.

RABAT

Es el momento en que aquella amistad iniciada en Biarritz con una de las hijas del banquero García Calamarte culmina con la boda, celebrada en la iglesia de Santa Bárbara a primeros de abril de 1941.

Todavía permanece en el Ministerio hasta el año 1943, en que es nombrado cónsul en Casablanca, en uno de los momentos más delicados en Africa del Norte. Pero su sagacidad y profundo conocimiento de los asuntos árabes le ha permitido resolver la embarazosa coyuntura por que pasó el Consulado de Casablanca durante el año 1943.

Asciende a secretario de Embajada de primera clase en 1944. Y al siguiente es destinado a Roma, donde permanece hasta el año 1949, en que pasa a consejero de Embajada, abandonando Italia en 1951.

De Roma a París, donde permanece con la misma categoría de consejero hasta su nombramiento, en 1953, de ministro plenipotenciario de tercera clase, destinándosele a Madrid como director de Asuntos Políticos del Mundo Árabe.



El embajador de España en Marruecos

La perspicacia y profundidad en el conocimiento de los problemas diversos de los pueblos árabes tal vez no sea ajena a la sangre mallorquina. Su sutil inteligencia intuye con extraordinaria lucidez los deseos e intenciones del pueblo árabe. Por ello, planteada la crisis de los últimos años en el Imperio marroquí, su nombramiento de cónsul general en Rabat el 30 de diciembre de 1953, ha sido un acierto indudable.

Después de dos años y medio de permanencia en Rabat, don José Felipe Alcover ha contado sus actuaciones por triunfos.

LA FAMILIA

Este hombre dinámico, extraordinariamente inteligente y muy trabajador, es un buen padre de familia. Su condición humana no se ve comprometida por la oficial. Embajador del Gobierno, comendador de la Orden de Carlos III, comendador, con placa, de Isabel la Católica; Cruz del Mérito Naval de segunda clase; comendador, con placa, del Cristo de Portugal; comendador de la Corona de Rumania, comendador de la Corona de Italia, comendador del Águila de Alemania, Medalla de Campaña, Gran Cordón del Uisan Alauita, Gran Cruz del Mérito Civil, etc.

La familia Alcover García Calamarte está constituida por el matrimonio y cuatro hijos: Alicia, de catorce años, nacida en Madrid; José Felipe, de doce, igualmente madrileño; Cristina, de nueve, nacida en Roma, y Juan, de cinco, que, como Cristina, es romano.

El mayor de los hijos, José Felipe, se encuentra en Madrid, en el colegio Rosales, cursando segundo curso de bachillerato. Muy inteligente y despierto, tiene una facilidad extraordinaria para las Matemáticas. Su preparación en todas las materias es excelente, hasta el punto de que en el presente año intentará examinarse de su curso normal, el segundo, y es casi seguro que pueda examinarse igualmente de tercero.

Los restantes miembros de la familia se hallan en Rabat, donde, a pesar del normal género de vida de los representantes diplomáticos, la vida familiar no desaparece en ningún momento.

Don José Felipe Alcover y su señora gozan de una popularidad extraordinaria, no sólo entre la colonia española, que recientemente les han ofrecido un homenaje, sino también entre los marroquíes y la población extranjera.

Una de las pasiones del nuevo embajador es el arte. Gran conocedor de la música y la pintura, pasa gran parte de los momentos que le dejan libre sus ocupaciones entregado a la lectura. No puede decirse que sea ferviente deportista, ya que, excepto el golf, no siente gran inclinación por un deporte determinado.

Pronto vendrá a Madrid este infatigable trabajador que, desde su puesto en Rabat, ha sabido situar en un ambiente favorable las constantes históricas de España.

Luis LOSADA

PERE DOT, CREADOR DE ROSAS

DE LA CAMPINA CATALANA
HA SURGIDO UN MARAVILLOSO
MUNDO DE COLOR Y PERFUME



LAS FLORES DEL JARDINERO CATALAN DAN LA VUELTA AL MUNDO

CIENCIA Y POESIA DE LAS ROSAS

HIBRIDACION se llama a la fecundación de una rosa de cultivo, con polen de una rosa salvaje y «polenización» a la fecundación de una rosa hortícola con polen de otra rosa también de jardín.

Esta definición genésica sobre las rosas fué para nosotros, ajenos a la ciencia botánica, como un «Sésamo, ábrete» mágico y nos la dijo un hombre que ha su-

bido convertir esta ciencia en poesía, si por poesía entendemos todo lo que es creación o superación.

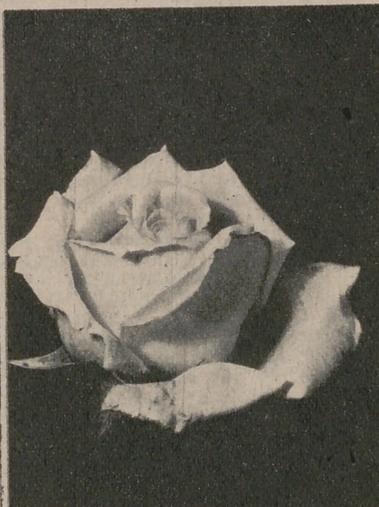
Este hombre, que es un arquetipo magnífico de la campiña catalana, se llama Pere Dot, y su nombre ha traspasado las fronteras prestigiando a España con la gloria de perfumes y color de «sus» rosas.

Con palabras admirables de precisión y sencillez, este jardinero-poeta nos habla—al fotógrafo

Carlos Badia Moret que me acompaña, y a mí—de sus inquietudes, en el esplendor tierno de una mañana primaveral, y a su conjuro, la policromía de las rosas contagia de aroma la brisa que parece venir de la lejana montaña de San Pedro Mártir prodigiosamente ribeteada de azul.

EL PINCEL, SUSTITUTO DEL INSECTO

Lo mismo para la «hibridación» que para la «polenización» —sigue Dot—son necesarias cir-



He aquí tres ejemplares de rosas creadas por Pere Dot. La primera, de 60 pétalos y un exquisito perfume, le aseguran una larga vida. La segunda, conocida por «Elioor Le Grice», es una rosa amarilla de gran floración, delicado perfume y tallos largos. «Susana Marchal» es el nombre de la tercera, que de un rojo coral se convierte en rosa salmón.

cunstanancias especiales; cuando éstas se reúnen, hay que arrancar los estambres de la rosa fecundadora haciendo que desprendan todo su polen y dejar los pistilos de la rosa que ha de ser fecundada en disposición de recibir este polen.

Para evitar una posible fecundación espontánea, es necesario cubrir estos pistilos con un currucho de papel.

Al cabo de unas horas, cuando los estambres de la rosa «macho» ha desprendido todo el polen, se recoge éste con un fino pincel y se aplica sobre los pistilos de la rosa «hembra».

El pincel hace en esta fecundación artificial el papel que normalmente realiza la Naturaleza y alguna vez el insecto.

UN PELIGRO MAS APARENTE QUE REAL

Entre los profanos, los «borinots» —moscardones— gozan de muy mala fama. Son considerados como agentes perturbadores y elementos peligrosísimos en los procesos selectivos, en las tareas preparatorias de los creadores y cultivadores de rosas. Son muy mal vistos y temidos como una verdadera plaga. Se llega a hacerles responsables de todos los desaguisados técnicos y de todos los fracasos e irregularidades observadas en el lento y difícil proceso de la procreación floral.

En realidad, los presumidos y legendarios «borinots» son un poco lo que en catalán llamamos unos «esgarria-ories», unos simples «estripa-quentos», y en resumen unos simpáticos «toca-carpas».

Parece que en este caso la fuerza de los hechos, la marca real de su paso, es superada en gran parte por la fuerza publicitaria de la fantasía y de la leyenda.

Los famosos e inconscientes «borinots» —y es cosa comprobada reiteradamente por los elementos más solventes que escrutan sus actividades— tienen una vehemencia práctica «amorosa» bastante limitada y sus fuerzas eróticas gozan de un alcance muy reducido y de una intensidad y ritmo forzosamente precarios. Mucho ruido y pocas nueces. Mucho presumir y poco fecundar es lo que hacen, en realidad, estos insectos paseantes. Son una especie de «farojeros» o conquistadores de café en la vida erótica de las rosas. Unos «donjuanes» un poco trasnochados y pueriles que evolucionan por los cultivos dedicando simples requiebros a las flores y que dentro de sus pequeñas americanas, cortadas de acuerdo con los modelos «fin de siglo», intertan fáciles y epidérmicos idilios primaverales en el mundo maravilloso, todo color y perfume, de la floricultura.

LA LENTA OBTENCION DE LAS ROSAS CREADAS

—El proceso de obtención de una rosa nueva, que exige ya de por sí una larga espera, es a veces más lento, por malograrse algunas etapas de cultivo, víctimas de los vendavales o de los insectos, especialmente estos malditos «Abegots de Maig» —nos dice Pere Dot, mostrándonos uno de estos

enemigos de las rosas que estaba devorando una corola blanca.

Esta lentitud y estas dificultades hacen, naturalmente, que la satisfacción de obtener una rosa inédita sea aún mayor...

—Miren esta rosa granate. Se llama «Angeles Matéu». Siete años tardé en obtenerla tal como ahora la ven ustedes...—afirma satisfecho—. Durante algunos años he trabajado en la obtención de otra rosa a la que he puesto el nombre de «Rosa S'Agaró». Muchos esfuerzos me ha costado, pero he conseguido un espécimen que considero digno de aquel maravilloso ambiente. Y conste que hubo momentos en que temí fracasar en mi empeño.

UNA ROSA CUYO NOMBRE DIFICULTA SU FAMA

Al mostrarnos una rosa de un color rosado cálido, Pere Dot pronuncia con vaguedad el nombre de una dama; «Madame Gregoire Staechelin». Notando nuestra sorpresa por la fonética de este nombre extraño para los oídos latinos, nos dice:

—Ya ven, una rosa tan magnífica y, sin embargo, no tiene la fama que merece, por culpa de lo raro de su nombre. La bautizó Forestier, pues yo la había enviado al concurso de Bagatelles sin nombre alguno para que se lo pusiera el Jurado si salía premiada; como obtuvo el primer premio, fué necesario bautizarla, y el famoso jardinero francés, a quien yo había otorgado amplios poderes para ello, le puso el nombre de una dama suiza muy amante de las rosas.

EVOCACION PUCCINIANA

El cruce fecundador de las rosas adquiere al ser comentado por Dot, una trascendencia pintoresca, que suscita cómicos regocijos; así, por ejemplo, al explicarnos:

—«Madame Gregoire Staechelin» es hija de «Chateau de Close Bougeot» y de «Frau Karl Drushky» la «Reina de las Nieves», y «Olegario Junyent» y «Giraldal», han nacido del cruce de «Madame Edouard Herriot» y de la antes mencionada «Reina de las Nieves»; luego, al hablar de un posible matrimonio del «Mariscal Lyautey» con «Madame Butterfly», la música de Puccini ha llegado pegajosa a nuestros oídos saliendo como una abeja del corazón de una rosa de té.

COMO PUNTUAN LAS ROSAS EN ALGUNOS CONCURSOS

Por vigor: 10 puntos.
Por follaje: 10 puntos.
Por resistencia a las enfermedades: 10 puntos.
Por la forma: 15 puntos.
Por el color: 15 puntos.
Por el perfume: 15 puntos.
Por la floración de otoño: 15 puntos.
Por el conjunto de la planta: 10 puntos.

ALGUNAS ROSAS CELEBRES DE PERE DOT

«Angeles Matéu», color flor de granado muy encendido.

«Luis de Briñas», color anaranjado cobrizo, exhalando un fuerte perfume como de fruta.

«Señora Gari», amarillo cadmio («el color de Mir», nos dice Dot).

«Viuda Verdaguera», rojo, pasando al rosa zafraán silvestre.

«Lucía Zuloaga», de un vivo color sangre.

«Golden Moss», color amarillo, de muy difícil obtención.

«Francesc Cambó», rojo sangre, con el reverso ligeramente difuminado de amarillo.

«Mari Dot», amarillo cadmio al Nankin, pasando al salmón con el fondo oro viejo y rosa.

«Pere Beyrat», amarillo albaricoque.

«Majoria», «Angel Guimerà», «Ignaci Iglesias», «Apeles Mestres», «Li Burés», «Catalonia», «Frederic Casas», etc.

EN BICICLETA AL JARDIN DE LAS ROSAS

Pere Dot va (?) todos los días en bicicleta desde su casa de San Feliú de Llobregat, al criadero o vivero donde, a pleno sol, se cultivan sus rosas.

—Son dos kilómetros en gran cuesta, que recorro normalmente en un cuarto de hora—nos decía con ingenua vanidad al gran jardinero.

Un buen record pensamos nosotros recordando la pendiente del camino que un día recorrimos a pie en su compañía...

Esta confidencia nos la hizo Pedro Dot en 1936... Han pasado veinte años desde entonces. En nuestra última entrevista —la de hoy, abril de 1956— a pesar de haberle encontrado prodigiosamente joven, hemos preferido no hacer indagaciones sobre la posible actividad de esta anécdota, aunque consideramos lógico que el promedio —la antigua marca horaria— haya bajado un poco... porque los años pasan aunque sea «sobre ruedas»...

APELES MESTRES, «ENFILANER»

—Hace unos años—explica Dot—estaba conmigo en casa Apeles Mestres, que además de poeta, dibujante, músico y humorista, era también, como ustedes deben saber, un gran cultivador de hortensias, sus flores predilectas. Apeles Mestres se entusiasmaba hablando de jardinería. En aquel momento entraron dos muchachas a comprar algunos rosales y una de ellas dijo:

—«A mi posim un «Apeles Mestres» «enfilaner»...

—El ilustre artista al oírlo, se rió de buena gana, diciéndome:

—Ja veu, Dot, als meus anys «enfilaner» i tot!

Lo que tradujo al castellano viene a decir poco más o menos:

—Ya ve usted, a mis años «enfilador» y todo...

«LA FLOR ES BELLA, PERO LA NIÑA ES UN ENCANTO»

Ante nuestro interés informativo, Pere Dot, a quien las rosas han dado un espíritu alegre y franco, nos cuenta una anécdota referente a la fantasía un poco inconsciente de un compañero periodista que hace muchos años le hizo un interviú.

—Me preguntó, como ustedes, el nombre de algunas de mis rosas, y al decirle el de «Mari Dot», después de mostrarle la flor, el hombre se quedó entusiasmado; tanto, que luego, creyendo que este nombre era el de una hija mía, terminó su artículo, seguramente deseoso de halagarme, con estas palabras:

«La flor es bella, pero la niña es un encanto.»

Y la verdad es que yo no tengo niña ninguna, y que la flor lleva el nombre de mi hijo que se llama «Mari» (Marino), y aunque es muy fuerte y sano, no pretendo que se le compare con una rosa.

CORRESPONDENCIA ORIGINAL

En el vastísimo mundo de los aficionados a las rosas—fuera de España y en los países de alto nivel cultural su cultivo llega a adquirir caracteres de verdadera devoción—, los grandes floricultores especializados—los grandes valores creadores internacionales—gozan de una admiración sin límites. Sus nombres son venerados y sus consejos e indicaciones seguidos ciegamente al pie de la letra. Sin la menor objeción.

Ello suscita el envío constante de un número infinito de comunicaciones escritas. Pero la nota más curiosa en el terreno epistolar la ofrece la aportación de los propios técnicos. De los grandes y singulares orfebres capaces de inventar nuevas rosas.

Entre ellos se cartean muy a menudo, casi incesantemente, y sienten la ineludible necesidad de confiarse sus descubrimientos, sus proyectos, sus dudas y sus inquietudes, siempre más abundantes las últimas que las primeras.

Pere Dot recibe correspondencia de los países más alejados de su San Feliú de Llobregat natal, y es consultado tan asiduamente, que con los sellos de Correo que franquean y decoran los sobres de las cartas recibidas podría formar una colección de «Timbres-Poste» realmente importante.

Una de las fórmulas más prodigadas de la práctica de la corteja entre los grandes del mundo de las rosas consiste en el intercambio, dentro de los sobres que contienen el papel mecanografiado o manuscrito de polen de rosas de gran interés para una posible aplicación en la búsqueda de flores inéditas. Es una costumbre muy prodigada entre ellos.

El polen de las rosas, que dentro del sobre de una carta conserva durante ocho o diez días su total eficiencia, es brindado al amigo lejano con el mismo rito amistoso con que los fumadores empedernidos y sibaritas hacen intercambios con el tabaco de sus petacas.

Gracias a este mutuo homenaje a la amistad, a estas delicadas y mutuas ofrendas ha sido posible muchas veces el nacimiento de nuevos y rarísimos espécimen de la flora más poética que existe y la concreción en belleza de la más alta idea de la amistad entre personas situadas geográficamente en los antipodas una de otra, pero cercanas y unidas por un vínculo fraternal, por un mismo ideal compartido. Algo realmente emocionante...



«Danse du feu». Así se conoce en el extranjero a esta creación de Pere Dot, de un rojo ascuá—o rojo de Andrinópolis—, que posee 25 pétalos persistentes y de larga duración

LA GLORIA DE LAS ROSAS

Pere Dot, que es considerado entre los jardineros internacionales como el «mejor colorista», ha sabido aprovecharse de la enorme suerte de vivir junto al Mediterráneo bajo el más espléndido sol en un clima como el nuestro que fomenta las facilidades materiales para las operaciones de fecundación, siembra y multiplicación de las flores.

Su logro es una maravillosa apoteosis de colores y aromas, una gloria de rosas.

De todos los concursos universales llegan al grácil «cottage» de San Feliú de Llobregat revistas de jardinería en las que el nombre de Dot figura como ganador reiterado de los primeros premios.

La lista de las recompensas obtenidas por el famoso rosalista desde que en el año 1924 fué premiada en el concurso de Bagatelles su rosa «Margarita Riera», ocuparía un espacio mucho más extenso que el destinado a nuestro comentario entusiasta.

Pere Dot ha obtenido cuatro veces la Medalla de Oro de Bagatelles, consiguiendo las primeras clasificaciones en Roma, París, Londres, Portland, etc., y asimismo le ha sido otorgada la distinción máxima, el premio de más alto valor para él, tan amante de su tierra: La «Rosa de Honor de Cataluña», que es una bella flor cincelada en oro.

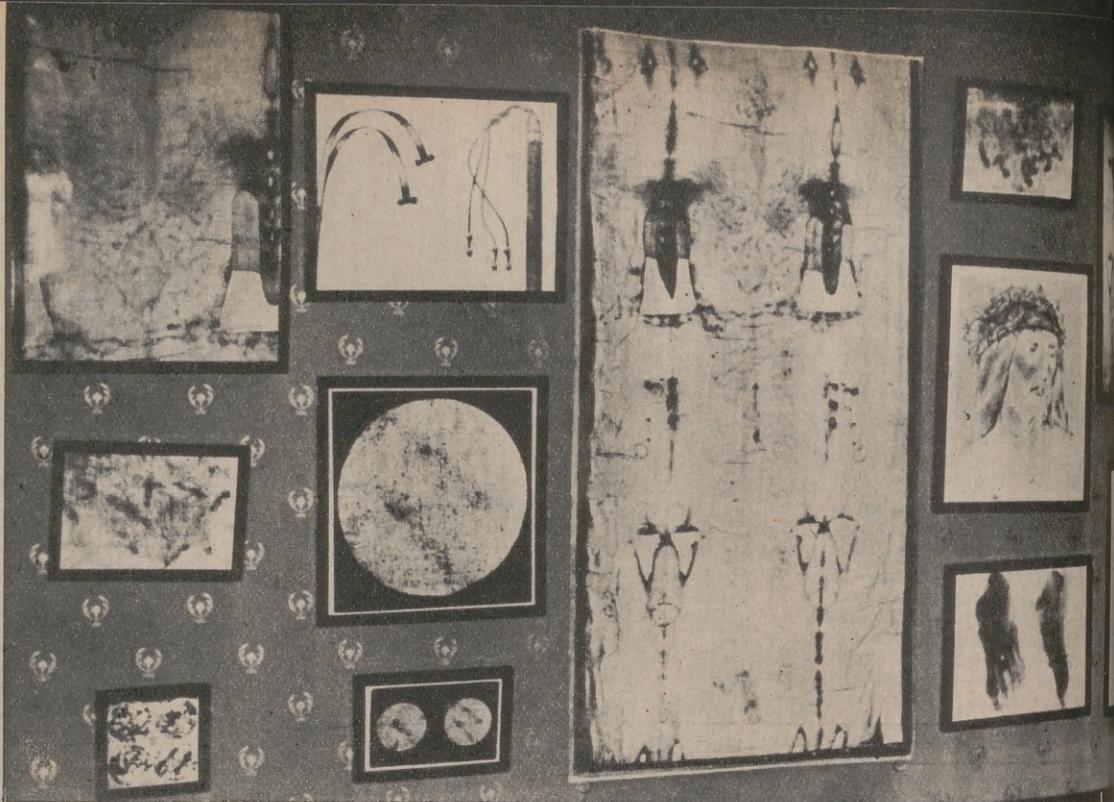
Estos premios y la satisfacción de aportar su entusiasta esfuerzo a que el nombre de España trascienda al mundo aureolado de flores, son las causas de la alegría, franca, tierna y elemental



Rodeado de sus colaboradores más íntimos, Pere Dot contempla la campiña donde ha logrado el sueño de ese misterioso mundo de la floricultura

de Pere Dot, este hombre admirable que cuando nos da la mano curtida por el sol y el viento, deja en la nuestra un aroma de rosas silvestres unido al perfume de una amistad inmarcesible...

Carlos SINDREU
(Fotos: Carlos Badía Moret.)



En la capital del Piamonte (Turín) se conserva la Sábana Santa. En esta fotografía se recogen varios aspectos que sirven como documento a los estudios que se realizaron para determinar la autenticidad de la «Santa Sindone»

¿MAS DATOS HISTORICOS SOBRE LA PASION DE CRISTO?

Por LAUREANO, Obispo Auxiliar de Tarragona

A CASO el título presente producirá en algún lector una reacción rayana en el escándalo. ¿Más datos históricos sobre la Pasión de Cristo? ¿Es que ha nacido un nuevo Evangelista? ¿Es que al cabo de veinte siglos ha resucitado algún testigo del drama sangriento del Hombre-Dios?

Y, no obstante, es posible que realmente al cabo de veinte siglos los conocimientos que hasta ahora teníamos sobre la Pasión del Nazareno queden enriquecidos con datos y aportaciones nuevos. De momento, mientras la crítica histórica va reuniendo elementos para dar el juicio definitivo, ya es bastante el formular esta afirmación con interrogante, aunque también añadiendo que las razones en que se fundan estas nuevas aportaciones a la historia de Jesús, son de gran solidez y firmeza.

Dos fuentes de nuevos datos sobre la Pasión tenemos actualmente. La primera que vamos a considerar es

LA «SANTA SINDONE», DE TURIN

Sabido es que en la capital del Piamonte se conserva un lienzo que una antigua tradición aseguraba ser la sábana con que fué envuelto el cuerpo de nuestro Señor al ser puesto en el sepulcro.

Dicho lienzo muestra, en color rojizo, unas como huellas que en su conjunto se parecen a un gran negativo fotográfico de una doble imagen, frontal y dorsal. Por eso, al ser fotografiado, la placa negativa da una imagen positiva, y por cierto de una perfección y majestad impresionantes.

Desde que en 1898 el fotógrafo Secondo Pia obtuvo la primera fotografía, una legión de hombres de ciencia físicos, médicos, historiadores ingenieros textiles y fotógrafos han hecho largos estudios

sobre este maravilloso lienzo. Se han celebrado algunos congresos científicos para profundizar más en dichas investigaciones y, hoy por hoy, parece una verdad definitivamente conquistada para la ciencia la

AUTENTICIDAD DE ESTA RELIQUIA-DOCUMENTO

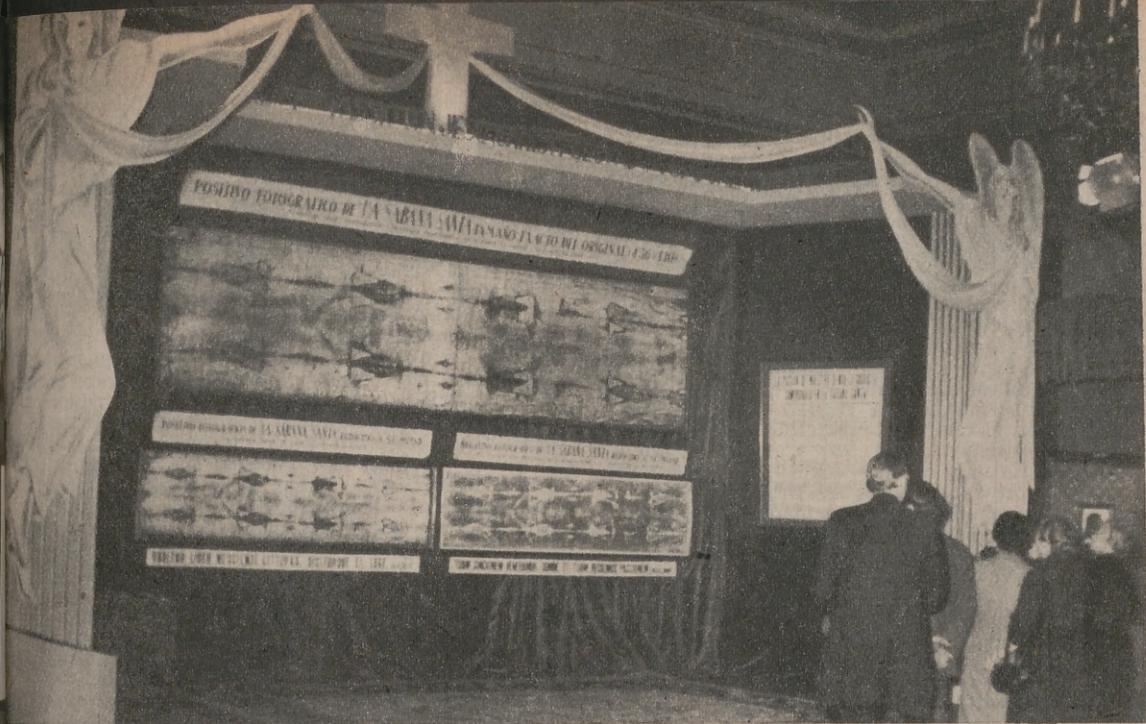
Por una parte los técnicos textiles y los arqueólogos afirman que tanto por la materia como por la técnica del tejido, el lienzo de la «Santa Sindone» puede remontarse al siglo I. Por otra, el doctor Cordiglia, profesor de Medicina Legal de la Universidad de Milán, presentó al Congreso Sindónico celebrado en 1939 estas conclusiones que fueron aprobadas por unanimidad, a pesar de que entre los congresistas no faltaban ni protestantes ni racionalistas:

1.ª Es cierto, con la máxima certidumbre posible en el actual estado de las ciencias, que la imagen de la «Santa Sindone», es de un hombre crucificado y envuelto en una sábana exactamente en el estado y con los perfumes que los Evangelios nos refieren fué amortajado Cristo

2.ª Que de no ser Jesucristo, los falsarios hubieron de acudir a los mismos procedimientos empleados por «piadosos» sepultureros de Cristo

3.ª Que son completamente desconocidos en el siglo XIV (en el que empieza a tenerse noticias históricas de la Sindone) semejantes procesos de pinturas, que no se han descubierto hasta nuestros días gracias a la fotografía.

4.ª Que es humanamente incomprensible que se haya sometido a nadie exurosamente a la flagelación, coronación de espinas, magullamientos bajo el peso de la Cruz crucifixión con clavos y lanza



En esta otra fotografía, que reproduce los positivos fotográficos de la Sábana Santa a su tamaño original, con que fué enterrado Jesús, se muestra todo el proceso de flagelación y crucifixión a que fué sometido Cristo, y que fué descubierto por el fotógrafo Secondo Pia en 1898

al costado, que muestra la Síndone para dibujar una imagen que sólo ha podido ser comprobada en el siglo XX gracias a la fotografía.

El Papa Pío XI afirmó en un discurso publicado en «L'Osservatore Romano», que podía darse ya como demostrado que la Santa Síndone no era obra de un falsario humano.

Pero lo más interesante es que las huellas de la santa sábana estudiadas con luz intensa por medio de lupas y cámaras fotográficas nos llevan a un conocimiento más completo de la Pasión de Cristo. El doctor Leopoldo López, catedrático de Medicina Legal de la Universidad de Valencia, dice que: «Como el objetivo de la cámara fotográfica no puede equivocarse en las impresiones, las huellas y los vestigios que en la «Síndone» ha revelado la fotografía... tenemos gráficamente dibujada toda la verdad histórica de la Pasión de Cristo.» Y otra destacadísima figura de la Medicina española contemporánea no vacila en afirmar que la Santa Síndone es una verdadera radiografía de Cristo paciente, y que, para conocer a fondo la Pasión, basta saber leer dicha radiografía.

Y al hablar así estos médicos españoles no hacen sino seguir las huellas de una legión de médicos de toda nacionalidad y religión, entre los que destacan el francés Barbet, el checo Hynek y los italianos Cordiglia y Gedda, etc. etc.

DATOS QUE SE DEDUCEN

Los datos que pueden deducirse con plena certeza médica e histórica, como confirmación o ampliación de los que nos dan los Evangelios, son los siguientes:

Flagelación.—Como instrumento de suplicio se empleó el «flagrum romanum» de dos correas que llevan en su extremo dos bolas de plomo o un huesecillo astrágalo de cordero. La mayor parte de las huellas sangrientas están en la parte posterior de donde se deduce que el Divino Paciente estaba atado de cara a la columna. Además de los golpes que no produjeron excoriación o heridas contusas, sino sólo equimosis, se pueden contar unas cien huellas. Como el «flagrum» tenía dos correas (en la «Síndone» aparecen las huellas de dos en dos), los golpes serían unos cincuenta. Los verdugos serían dos y no de la misma estatura, pues la dirección oblicua de los golpes no es igual en los dos lados.

Coronación de espinas.—La corona fué a modo de capacete que cubrió totalmente la cabeza. Así lo demuestra el hecho de que en toda ella se observan regueros de sangre. Llama poderosamente la atención un rasguño muy alto en el límite de la cabellera, del que desciende la sangre hacia la

parte interna del arco de la ceja izquierda, por un trayecto sinuoso.

Crucifixión.—Contrariamente a lo que suelen representar los artistas, los clavos atravesaron la mano no por la palma sino por carpo, más concretamente, por el llamado espacio libre de Destot.

Lanza.—Abrió una profunda herida de 4 centímetros de diámetro horizontal y 1.5 vertical, en el lado derecho del costado. La lanza penetró por quinto espacio intercostal, rozando el borde de la costilla sexta superior, y llegó al corazón alojándose su punta en la aurícula derecha.

Estatura de Cristo.—Es difícil llegar a determinarla hasta el milímetro, pero ciertamente era prócer. Cordiglia la calcula en unos 181 centímetros. Barbet en 178. Vignon en 180.

Rostro de Cristo.—Era de singular majestad y hermosura, a juzgar por la impronta que quedó en la Santa Síndome.

Conjunto de características somáticas de Cristo.—A través de esta misteriosa reliquia se puede llegar a la conclusión de que éstas son «del todo peculiares y casi especiales y excepcionales, por su alto grado de perfección corpórea, tanto que podría ser clasificado por encima y al margen de todo tipo étnico», según frase de un conspicuo médico.

A través de todos estos datos que se deducen con claridad meridiana del estudio de la Santa Síndone, se ve claro que no es exagerada la frase de los que, comparando esta reliquia con los cuatro Evangelios, han hablado de la «Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según la Santa Síndome». En efecto. Los datos que nos revela son tales que no sólo comprueban lo que nos dicen los Evangelios, sino que añaden otros detalles preciosos.

Tenemos, pues, un nuevo «evangelista» que ha resucitado; o, acaso mejor, un testigo coetáneo de la Pasión que estaba mudo, pero que, gracias a la fotografía, ha podido hablar.

OTRA FUENTE DE DATOS

Pero, además de la Santa Sábana, hay otra fuente de datos sobre la Pasión del Redentor. Es un nuevo estudio sobre la cronología de la Pasión que se ha realizado recientemente.

Hay que empezar por advertir que si bien es cierto que los Evangelistas nos cuentan con bastante detalle los acontecimientos que ocurrieron desde el Domingo de Ramos hasta la Muerte de Cristo en Viernes Santo, también lo es que no distribuyen cronológicamente estos sucesos, diciendo claramente qué hechos corresponden a cada día.

Las reconstrucciones cronológicas que suelen hacer los autores no son sino hipótesis más o menos aceptables. Uno de los más conocidos traductores modernos, Ricciotti, confiesa claramente que «el repartir entre cada uno de estos días las cosas relatadas por los cuatro Evangelistas, no conduce a resultado seguro». Y aunque es cierto que San Marcos parece dar fundamento para una base cronológica, este mismo autor añade que «incluso siguiendo la distribución cronológica de Marcos, los hechos y discursos de Jesús anteriores a la última Cena corresponderían en su mayor parte al martes, mientras al lunas y al miércoles corresponderían muy pocos».

La distribución que más ordinariamente hacían los autores es la siguiente: Domingo de Ramos; entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; Lunes Santo: Jesús maldice la higuera; Martes: controversias en el templo y predicción de la destrucción de Jerusalén; Miércoles: traición de Judas. Jueves: la última Cena y oración en el huerto. Viernes: procesos y Muerte de Cristo.

A esta distribución ha acomodado la Iglesia las conmemoraciones litúrgicas.

Pero nunca la Iglesia ha impuesto esta distribución cronológica como cosa dogmática y definitivamente establecida.

Y últimamente ha habido autores que, no sin fundamento sólido, han intentado un estudio más a fondo de la cuestión y un reajuste de estos hechos que lleva a conclusiones muy dignas de ser tenidas en cuenta.

Inició últimamente esta revisión mademoiselle A. Jaubert en un artículo que publicó hace año y medio en la «Revue de L'Histoire des Religions», y halló pronto eco en la revista de pastoral y liturgia «La maison-Dieu» y en la importante revista romana «Biblica»

LA NUEVA HIPOTESIS CRONOLOGICA

La nueva cronología que proponen ahora para distribuir mejor los hechos de las postrimerías de la vida mortal de Cristo es la siguiente:

Domingo de Ramos por la mañana: entrada triunfal en Jerusalén y llanto de Jesús. A la noche va a dormir a Betania.

Lunes Santo: sale de Betania y maldice la higuera.

Martes Santo: Los discípulos, al entrar en Jerusalén, reparan en que la higuera maldita se había secado, y preguntan a Jesús dónde habían de preparar la Pascua. Controversias de Jesús con los judíos en el templo. El Sanedrín determina matar a Jesús: faltan dos días para la Pascua «oficial».

Por la tarde del mismo Martes Santo: es el primer día de los ázimos, según el calendario «tradicional». Jesús celebra la última Cena con los apóstoles e instituye la Eucaristía. Luego va al huerto de Getsemaní a orar. En la noche del martes al miércoles tiene lugar el prendimiento de Jesús, su presentación ante Anás y las negaciones de San Pedro y su conversión al canto del gallo, cuando Jesús es conducido a Caifás (Mc., 14, 53).

Miércoles Santo: Se celebra la solemne sesión del Sanedrín (Mc. 14.55). Por la tarde y noche tienen lugar las escenas de burlas, golpes y escarnios a Jesús, que nos cuentan los Evangelistas, antes de acabar el proceso religioso.

Jueves Santo: Sesión definitiva del Sanedrín que condena a muerte a Jesús, el cual es enviado a Pilato que a su vez lo remite a Herodes.

Viernes Santo: Jesús comparece de nuevo ante Pilato. Flagelación y coronación de espinas. Jesús es condenado y crucificado a la hora de tercia, las nueve de la mañana. A las tres de la tarde muere, después de haber estado seis horas en la cruz.

FUNDAMENTOS DE LA NUEVA CRONOLOGIA

Los fundamentos para esta nueva distribución cronológica son dignos de ser tenidos en cuenta.

Entre los de carácter documental sobresale el antiguo escrito conocido por el nombre de «Didascalia», que generalmente es atribuido a los primeros decenios del siglo III. Este documento afirma que Jesús celebró su última Cena el martes, que

los sacerdotes habían anticipado la Pascua, que en la noche del martes al miércoles le entregó Judas y que Jesús estuvo seis horas en la Cruz. Otros autores antiguos del siglo IV y V, Epifanio, Obispo de Salamina, y Victoriano, corroboran la doctrina de la «Didascalia».

También dan fundamento a esta doctrina muchos documentos Judíos, entre otros un antiguo calendario Judío recientemente descubierto y la misma legislación hebrea. El Misnah mandaba que a toda sentencia de muerte debían preceder dos sesiones judiciales celebradas en horas diurnas y en días diferentes.

Pero además de estas razones de orden documental, de un valor no despreciable, hay otras valiosísimas de carácter interno y psicológico. En la distribución que comúnmente solía admitirse hasta ahora, se acumulan tantos hechos en las pocas horas que van desde la media noche del jueves al mediodía del viernes, que resulta casi inverosímil pudieran todas tener lugar en aquellas doce horas: un traslado o conducción de Jesús de Getsemaní a la ciudad; una comparecencia ante Anás, con los correspondientes interrogatorios; traslado a la casa de Caifás, con sus interrogatorios a los testigos, discusión de las deposiciones, interrogatorio a Jesús y veredicto final, largas horas de impropiedades a Jesús; nueva comparecencia ante Caifás y el Sanedrín, interrogatorio y discusión y sentencia; conducción a Pilato; cuestiones previas de éste con los judíos; comparecencia de Jesús, interrogatorio y acusación de los judíos; conducción a Herodes; comparecencia ante el mismo, acusaciones de los judíos, preguntas del reyzeuelo, silencio de Jesús; nueva conducción ante Pilato; nuevo interrogatorio; escena con Barrabas ante el pueblo; otro interrogatorio; flagelación y coronación de espinas; «ecce homo»; nuevo interrogatorio; condenación definitiva e ida al Calvario. Aunque Pilato y Herodes hubieran estado esperando y sin ningún otro asunto que les impidiera juzgar en seguida a Jesús parece casi imposible que todas estas cosas pudieran realizarse en tan breves horas.

Pero hay, además, otra razón de orden psicológico. Según la explicación tradicional, el pueblo, que tan decididamente se declaró por Jesús el Domingo de Ramos, continuó al lado de Jesús incondicionalmente después de las disputas del Martes Santo. Durante el miércoles y el jueves nada cambió. Ahora bien, es bastante inverosímil que ese pueblo, que el jueves por la noche estaba al lado de Cristo, en tan pocas horas pudiera volverse tan rápidamente contra él. En cambio, en la nueva explicación los sanedritas tuvieron todas las cuarenta y ocho horas del miércoles y del jueves, después de haber apresado al Nazareno por sorpresa, para trabajar la opinión pública y lograr un cambio a fuerza de agitadores y de oro.

Con esta nueva cronología todo se explica mejor y hasta la misma Pasión adquiere una nueva e impresionante dimensión temporal, que contrasta grandemente con aquel vertiginoso sucederse de los acontecimientos de la cronología hasta ahora común.

No me considero con competencia y autoridad para opinar definitivamente sobre esta materia. Pero sí que creo que están llenas de prudencia y sensatez estas palabras de uno de los más prestigiosos profesores del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, el P. Vogt, el cual hablando de este tema, en la más prestigiosa revista bíblica católica, dice tajantemente: «Esta (nueva) cronología no parece estar en contradicción con los Evangelios, sino más bien encuentra en ellos argumentos a favor; resuelve no pocas dificultades y arroja nueva luz sobre los acontecimientos de la Pasión...»

LEA TODOS LOS SABADOS
LA ESTAFETA LITERARIA
SEMENARIO NACIONAL DE
LAS ARTES Y LAS LETRAS

RICARDO MAJO

BIOGRAFO DE "LAS ESPAÑAS"

EL MUNDO EPICO Y GENIAL
DE NUESTRA RAZA SURGE
EN LAS PAGINAS DE SU
TRILOGIA HISTORICA

FIGURAS DE NAVEGANTES Y CONQUISTADORES BAJO UNA NUEVA LUZ

FMAR es para don Ricardo Majó algo solemne, ritual, que realiza con toda ceremonia. El proceso es el siguiente. Una y otra vez introduce la pipa en una pequeña orza morisca de reverberos dorados. Una y otra vez la llena, y una y otra vez extrae fósforos de una pequeña cerillera de piel y los raspa en su redonda tapa, no a lo largo, sino girándolos. Y otras tantas veces el tabaco se enciende en múltiples hebrillas. Una gran bocanada y los brazos de don Ricardo, pipa en ristre, como lanza de hidalgo o batuta de director, se mueven en ademanes extendidos y largos, a manera de aspas de molino. Estamos quizá ante la presencia de un mago que con conjuros y sahumeros hace bricar su fácil, su facilísima palabra, y, con ella, el gris de la mente, las empolilladas páginas de la Historia se transforman en algo vivido, en un mundo brillante de grandes hechos, de colosales hazañas. El mundo épico y genial de la raza, que surge en aménisima charla.

Don Ricardo Majó es quizá nuestro biógrafo más prolífico, hasta el punto que él mismo, cuando le preguntamos si prepara alguna obra nueva, nos dice:

—Biografías, ni una más.

—¿Por qué, don Ricardo?

—Porque ya está bien. Además, es un género que domino y quiero probar fortuna en otros.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—El ensayo, la filosofía y algo de teatro. Ahora preparo una comedia que titularé «Nosotras las

mujeres», de la que tengo ya dos actos... En realidad lo que verdaderamente me interesa es la filosofía de la Historia, de lo que en España se ha hecho hasta ahora muy poco... D'Ors hizo algo, pero no realmente lo que yo me propongo.

—¿Puede citar algunos títulos de las obras publicadas por usted?

Don Ricardo ante su retrato que preside su cuarto de trabajo

—De muy joven publiqué un libro titulado «Apólogos edonísticos»; desde entonces acá, qué sé yo: «El Japón», «Tanto montas», «La Condamine en la América austral», «Spengler en las fuentes del Nilo», «El capitán Koop», «Un discípulo de Gassendi en la corte del Gran Mogol», «Américo



Majó Francis es un viejo enamorado de su pipa. Para don Ricardo el tabaco es algo consustancial con su propio medio creacional e histórico

Vespucio»—quizá mi biografía más profesoral—. «Alvar Núñez Cabeza de Vaca», «Iradier»... He perdido la cuenta ya.

—¿Y cuál es su preferida?

—«El itinerario de Marco Polo».

—¿Qué opina de Marañón como biógrafo?

—De todos los españoles, es el único que tengo en estima.

—¿Y el duque de Maura?

—Realmente es más historiador que biógrafo. Mi «Américo Vespucio» está dedicado a él...

Don Ricardo Majó hace una pequeña pausa, traslada la pipa a la mano izquierda, mientras la derecha la pasa por la cabeza en ademán de aclarar pensamientos. Después añade:

—No obstante, en España ha habido muy buenos biógrafos en épocas pasadas. Ahí tenemos al padre Rivadeneyra y a Quevedo, por ejemplo.

—Y entre los extranjeros, ¿a quién prefiere?

—Sin duda, a Zweig.

—¿Su aportación personal al género?

—Creo que he terminado con la biografía novelada. Figúrese cómo comenzaba una biografía de Goya que leí hace unos años: «¡Gracias! ¡Gracias a la Virgen del Pilar, que ha nacido un niño!»—exclamó la comadrona.

Reímos de buena gana, no sabemos de qué más, si de la propia anécdota o de la socarronería andaluz de don Ricardo.

EL GENIO DE LA RAZA POR LAS RUTAS DEL MAR

Nos fijamos ahora en un montón de libros que se apilan encima de la mesa. Es una edición esmeradísima. Los lomos, blancos, cubiertos de papel celofán, tienen para nosotros, «dibromaniacos», el atractivo encanto de un ramo de flores o de una caja de bombones. Es la última publicación del señor Majó: la biografía de «Fray Junípero Serra». Mejor dicho, su edición separada, pues corresponde a la gran obra de don Ricardo: la trilogía histórica «Navegantes», «Conquistadores» y «Colonizadores y Fundadores españoles en Indias».

De aquí en adelante no podemos preguntar nada o casi nada. Don Ricardo, hombre de fácil memoria y agilísima palabra, que además se encuentra ahora con su tema preferido, charla y charla, sin que apenas nos dé tiempo a recoger tanta nota.

—¿Cuál de entre los navegantes tiene, a su juicio, cualidades más humanas?

—Elcano. Cuando comienza la ruta era tan sólo un piloto de segundo orden. Pigaffeta no le cita hasta después de la muerte de Magallanes, y Pigaffeta es un cronista fiel y uno de los dieciséis que consiguieron volver a España con él. Se hizo cargo de su empresa en circunstancias adversas. El no buscaba la gloria ni las riquezas, pero prácticamente fué el primero que demostró la esfericidad de la Tierra. Cuando regresa a España lo primero que hace es cabalgar hasta Guetaria a ver a su madre. Es un personaje muy patético. Representa las

virtudes de la raza: está lleno de heroicidad y de sentido tenaz. Tenía una voluntad de gigante. Era la «genialidad de la voluntad».

—¿Y Magallanes?

—Magallanes era un portugués engolado.

—¿Y Colón?

—Colón tenía un fondo místico y fantástico. Las lecturas de Marco Polo y de D'Aillay iluminaron su juventud. Este fondo místico y fantástico se mezclaba extrañamente con apetencias mercantiles. Entre los diez y los veinteaños partió de Génova para Portugal, posiblemente por asuntos comerciales de algún genovés. En Portugal hizo un «casamiento de fortuna» con Felipa Muñiz de Perestrello, cuyo padre era dueño del feudo de la isla de Madera. Vivió en Portosanto, donde tenía su casa señorial. Se dice que en ella murió Alonso Sánchez de Huelva, que llegó allí procedente de un naufragio y que fué el que le contó haber descubierto grandes selvas en las que vivían hombres desnudos de piel cobriza. Efectivamente, se ha comprobado lo del naufragio y la muerte en Portosanto de Alonso Sánchez de Huelva, aunque no lo que se refiere a sus revelaciones.

Lo cierto es que Colón era un gran navegante, que posiblemente en viajes comerciales había llegado a Guinea y hasta más al norte de Irlanda, y que cuando llega a España, viudo ya de Felipa Perestrello, venía huyendo de los acreedores. Más tarde el Rey de Portugal le mandó una licencia para que volviera, y no quiso hacerlo.

—¿Qué opina sobre el problema del origen de Colón?

—Es problema dudoso, aunque, a mi juicio, está suficientemente claro. El mismo lo declara en la institución de su mayorazgo; lo declara también el cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez (quien decía de Colón que era un hombre «de senectute bona»). Los documentos notariales reunidos en la Raccolta Italiana en 1892 con motivo de su centenario, no dejan lugar a dudas. Lo de la ascendencia galaica de Colón—si esto es raro—se funda en que en Pontevedra hay mucha gente que aparece llamándose Colón y otros Fontana Rosa, que precisamente era el apellido de su madre. En cuanto a los giros gallegos en su modo de hablar, hay que pensar que hablaba un castellano aporuguesado, ya que vivió treinta años en Portugal. Difirió también de Madariaga, que en su afán antiespañolista trata de demostrar que Colón era judío. Y pretende adjudicarle un sentido anticristiano, que Colón no poseía. Era cristiano hasta la mística. Hay un pasaje de Isaías que él creía que era una profecía directa para él. También el de la «Medea» de Séneca. Su gran proyecto era que con las riquezas que iban a proporcionar sus descubrimientos a los Reyes iba a dotar a los ejércitos cristianos de posibilidades para reconquistar los Santos Lugares organizando una nueva cruzada.

—¿Y sobre la prisión de Colón?

—Colón era un gobernante pé-

simo y muy quejumbroso en las cuestiones de dinero. Cuando vió que no encontraba en las Indias las riquezas que apetecía se dio a hacer esclavos, lo que indignó a la Reina Isabel, que en cuanto desembarcaban en España daba la orden de bautizarlos y ponerlos en libertad. Los Reyes enviaron a Bobadilla, que era un hombre de pasión judicial excesiva, y que sin respeto a lo que, a pesar de todo, significaba Colón, lo mandó prender. La orden de Bobadilla la suprimieron los Reyes en el acto.

—¿Qué otros navegantes ha biografiado usted?

—Los Pinzones, Rodrigo de Bastida, el explorador de Santa Marta y de Cartagena de Indias; Diego de Lepe—pariente de los Pinzones y natural de Lepe (Huelva)—, el primero que tuvo una concepción continental del Nuevo Mundo, anticipándose a Américo Vespucio, y que llegó a Brasil, antes que Cabral. Alonso de Ojeda, «el Caballero de la Virgen», llamado así porque tenía mucha fe mariana, y principalmente a Nuestra Señora de la Antigua o del Buen Aire, de Sevilla, a la que iban todos los navegantes antes de partir; fué el descubridor de Venezuela, a la que dió ese nombre porque en el lago de Maracaibo había una serie de bohíos indios sobre palafitos que daba a la población una semejanza con Venecia. Hombre de mala fortuna y paje de la Reina Católica de él fué la hazaña acrobática de andar sobre un madero colocado sobre el balaustrate de la Giralda, a presencia de aquélla. También de entre los navegantes he hecho biografías de Mendaña, de Orellana, que descubrió las islas de Santa Cruz y Las Marquesas. Su mujer, Isabel Barreto, fué proclamada por la marinería capitana cuando murió Orellana en las islas de Santa Cruz, y condujo la escuadra desde estas islas hasta Manila. Ella fué la primera almirante femenina.

... AQUELLOS GUERREROS QUE FUERON CENTAUROS...

El retrato de Ricardo Majó, negro y azul, preside la habitación. Don Ricardo está en él sentado sobre sillón frailuno; más que sillón, montura de extraña cabalgadura. Sombrero negro de anchas alas, entre bohemias y chambergas, y gafas aquevedadas; la mirada, perdida por entre las nubes grises, y el índice de la mano izquierda, entre las páginas de un grueso volumen. Debajo del retrato, una mesita pequeña y recoleta de torneadas patas. Sobre ella, tres dragones dorados y quietos sostienen la cera de estrias cilíndricas y pablio apagado, inmóvil, y un viejo velón de mecheros ausentes.

Sonó la hora de las caballerías. Majó Framis habla ahora de Cortés, de Pizarro, de Núñez de Balboa, de Hernando de Soto...

Escoge sin vacilar su personaje preferido.

—Vasco Núñez de Balboa. Es el conquistador de tipicidad más formidable; inclusive más que el propio Cortés. Cortés, cuando or-

ganiza la armada par ir a Meji-co, había hecho una importante fortuna y era ya un personaje. Pero Balboa empieza su labor sobre la nada. Es un criado del señor de Jerez de los Caballeros, que va como simple soldado a América. Era un hombre de unas dotes políticas y diplomáticas naturales, que fué captando las tribus del istmo del Panamá, tomando inclusive por esposa a la india Anayansi, hija del rey del país de Caseta. Fué éste un idilio muy semejante al de Cortés con doña Marina, que terminó trágicamente, pues cuando Pedrarias mandó degollar a Balboa y colgar su cabeza, la india Anayansi fué a rescatar su cabeza del poste en que se encontraba, y murió aseteada por los ballesteros encargados de guardarla.

De no haber muerto, como Adelantado del Mar del Sur que era, seguramente hubiera descubierto el Perú.

—¿Y Cortés?

—Cortés, con Pizarro y Napoleón, son los personajes más biografiados de la Historia. El poder de épica, de maravilla, de novelesco en la vida de Cortés es tan extraordinario que el asunto excede a la impericia de los autores y no hay una biografía de él que no sea atrayente.

No obstante hay quien culpa a Cortés de destruir una civilización que estaba en marcha. Baste decir, para los detractores de la obra de Cortés, que la religión azteca era la más bárbara que ha existido jamás. El culto de Huitzilipótlí, consistente en abrir el pecho a los mancebos de las tribus sometidas, arrancarles el corazón palpitante, que se quemaba, y despediar el resto del cuerpo por las laderas de un monte, bajo el cual los sacerdotes del templo los cogían para comérselos, no creo que fuera un sintoma de civilización.

Por otra parte, los aztecas no conocían ni el cereal panificable, ni la bestia de tiro, ni la rueda, ni la fusión de los metales. Solamente se puede admitir una civilización en el orden artístico. Famosas son las mantas de plumas de colibrí que usaban los sacerdotes.

Además hay que tener en cuenta el hecho político. Cortés se hizo el jefe de una coalición de indios contra el pueblo azteca. Su ejército estaba compuesto de quinientos españoles y sesenta mil indios. Era verdaderamente un ejército de indios, y esto es lo que no se sabe, o no se dice, o no se quiere decir.

—¿Cuál fué nuestra verdadera arma de conquista?

—La caballería más que las armas de fuego. Los indios creían que hombre y caballo eran un solo ser maravilloso. Su asombro, su pavor debió ser inmenso ante aquellos centauros.

LOS CABALLEROS DE LA AZADA

La tercera parte de la gran trilogía de Ricardo Majó es una "miscelánea", como él dice, de colonizadores y fundadores de ciudades, esto es, de la verdadera civilización. Parte del viaje de Cieza de León. Estudia la primitiva

población fundadora, el ambiente social los labriegos, los frailes evangelizadores, especialmente los de San Francisco...

—Es la historia de la llamada cultura colonial, y digo llamada porque el coloniaje es un concepto francés en vez de la obra de España en América. América fué siempre considerada por España como provincia. En las Leyes de Indias, ni una sola vez se habla de colonias.

Recojo también algunas biografías: la del príncipe de Esquilache, virrey del Perú; la de Sar-torio Toribio de Mogrovejo, la de fray Junipero Serra, la de Eustaquio de Pablo, jesuita que introdujo el café en Venezuela; la de Torres de Vera, fundador de la ganadería argentina.

—¿Qué considera usted como la principal obra de España en América?

—Como la de una madre con su hijo, el haberlo traído al mundo. En este caso, la creación de la América misma... La gran unificación es la lengua y la religión. Todavía más: un cierto sentido de vida, una manera de ver las cosas, un estilo de vivir, un sentido del hecho social derivado

El biógrafo aclara pensamientos y entonces la anécdota surge en toda su dimensión histórica

de las costumbres, que tiene su expresión en nuestra literatura del Siglo de Oro. El hidalgo el sentido estoico. Esto de que nuestros clásicos sean los clásicos de ellos es el lazo más fuerte. El idioma es la expresión de ese sentido, de ese espíritu. Además, nosotros hemos dado a América, con los virreyes de la ilustración, sus mejores gobernantes. La crisis española fué falsa y obra del resentimiento. La prueba es que nos reencontramos. Somos como una gran familia que tiene un disgusto y está sin hablarse una temporada.

Los minutos han ido cayendo lentos, graves. Llevamos ya cerca de tres horas hablando, mejor escuchando a don Ricardo Majó, que continúa sin dar muestras de cansancio. Hace ya rato que doña Rafaela, su mujer, ha entrado a encender las luces y se ha quedado aquí, cerca de la gavilla de mieses de la rinconera, prendida de nuestra charla. Presentimos ya que es la hora de despedirnos, y así lo hacemos..., pero de mala gana.

Margarita ROSEL



Dos expresiones características de don Ricardo. La manera de coger la pluma cuando escribe y el gesto preciso cuando en él la historia se convierte en amena charla

*Todo tiene
un símbolo*



EL TIEMPO

**EL SIMBOLO
DEL BEBEDOR**

**ES EL COÑAC
FUNDADOR**

*que está...
¡como nunca!*



FUNDADOR

Pedro Domecq





UN MUSEO UNICO EN EL MUNDO

EL RELOJ... TIC, TAC

LAS DIFERENTES MANERAS DE DAR LA HORA EN CINCO SIGLOS DE DISTANCIA

EN la avenida de José Antonio, núm. 1, en Madrid, en la relojería Grassy, acaba de inaugurarse un museo único en el mundo; un museo donde pueden admirarse las diferentes formas y maneras de dar la hora mas y maneras de dar la hora mas y maneras de dar la hora desde el siglo XV al XIX.

Medir el tiempo es tan antiguo como el tiempo mismo; pero la técnica mecánica de la medición ha ido variando no sólo en lo interno, sino en lo externo, y los relojes de los diferentes siglos son un poco muestra del afán y del sentir de aquellos hombres que vivían toda una vida para ver funcionar un reloj dedicados a ello para, al final, poner su firma debajo de la maquinaria.

La mejor hora para ir de visita al museo son las doce de la mañana. Si a las casas de fieras se va a la hora de la comida, a este museo ha de irse a mediodía, cuando dan las doce cuando todos los autómatas se ponen en movimiento, cuando todas las campanas suenan casi al unísono, cuando verdaderamente está funcionando toda la orquesta de la sonría de cinco fecundos siglos de la historia del reloj.

Desde los relojes minúsculos



En la Gran Vía madrileña acaba de inaugurarse una Exposición de relojería, única en el mundo. He aquí varios modelos de épocas distintas

hasta los grandes armatostes de caja enhiesta y empinada que pueden escoger a un hombre. dos coleccionistas—Alex Grassy y F. Pérez Olaguer-Feliú—han aunado su-esfuerzo, su interés y

su ilusión por instalar este museo que acaba de inaugurarse. Y han conseguido un éxito exacto, preciso, medido y vibrante, como precisas, exactas, medidas y vibrantes son las máquinas

relojeras que allí muestran sus maravillas.

UN CAÑON QUE DA LAS DOCE

Descubrir cuál fué el primer reloj que se hizo en el mundo es empresa de todo punto imposible. Un simple palo clavado en la arena sería el primer gnomon delante de la cueva de cualquier habitante clasificado en los límites de la Prehistoria; de aquí que el sol fué, esto sí que sin duda, el primer relojero.

Luego, los hombres fueron empleando los elementos: el agua, la arena. Surgió así la clepsidra. Aquí, en el museo, puede admirarse un valioso ejemplar de clepsidra, es decir, de reloj de agua. La clepsidra no es, ni más ni menos, que un flotador de corcho introducido en un tubo de agua que va dejando escapar gota a gota su líquido elemento. Cuando el flotador baja, un índice señala en una escala la hora, poco más, poco menos.

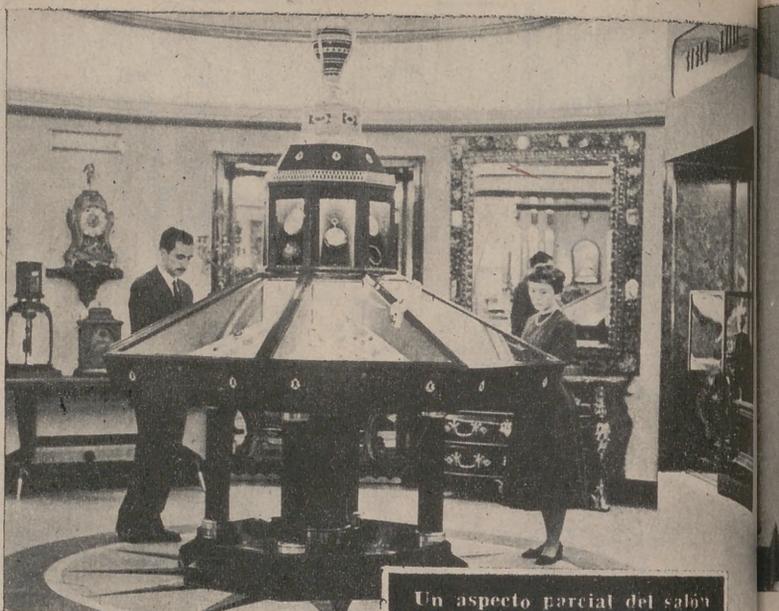
Después vienen los relojes de arena. Tantos relojes de arena habrá habido en el mundo como letras pueda tener escritas la Historia. En una vitrina del museo pueden admirarse algunos, muy raras, simples y curiosos.

Luego se unieron a los elementos singulares artificios. Y ahí está, en el museo, el raro cañón meridiano: un reloj que señala las doce del día mediante un cañonazo. El artillero es el sol.

Una base circular de mármol está cuadrada en su mitad por un cuadrante que marca desde la siesta de la mañana a las cinco de la tarde; en la otra mitad está situado un cañoncito. Se carga el cañón con unos tres centímetros cúbicos de pólvora sin humo y se ataca la boca con algodón prensado o con un trozo de corcho. Enfrente de él, es decir, a su retaguardia, hay una lente de vidrio, la cual tiene por misión concentrar los rayos del sol, a medida que éste llega a su cenit, hacia un orificio situado en la parte posterior del cañón, donde está colocada la mecha. Segundos antes de las doce se enciende la mecha, que prende la pólvora en el mismo instante de ser las doce del mediodía instante en que sale lanzada la bala del cañón, con el consiguiente estampido y lanzamiento del proyectil. El cañón ha de colocarse mirando hacia el Norte para que pueda la lente concentrar los rayos del sol en la mecha disparadora. Al mismo tiempo, un gnomon va señalando la hora solar en la base de mármol. He aquí cómo su inventor, el francés Charles Chevalier, construyó un reloj cañón; por su estructura y por lo exactos, que ambas cosas le son intrínsecas.

UN HOMBRE QUE GOLPEA LA CAMPANA

Antes de que hubiera relojes en las torres de los Ayuntamientos o en las de las iglesias, había que recurrir al honrado brazo del hombre para que sirviera de ejecutor de las correspon-



Un aspecto parcial del salón de Exposiciones donde se exhiben valiosas piezas históricas

dientes señales que harían conocer la hora a los vecinos del lugar. En la torre de la iglesia estaba un hombre con un gran martillo, encargado de golpear la campana cuando el reloj, de sol o del mecanismo que fuera, señalase los cuartos, las horas y las medias horas. Había también allí mismo otras dos campanas o dos clases de martillos para distinguir el sonido de los cuartos del de las horas. Poco a poco aquellos hombres se fueron sustituyendo por mecanismos hasta llegar a los actuales, grandes y exactos relojes de torre.

Pues bien, de la colección de Pérez de Olaguer puede admirarse en este Museo Permanente del Reloj Antiguo un reloj linterna con autómatas del siglo XV a XVI. Encima de la caja relojera aparece un homocercillo de metal sentado sobre una campana y provisto de un martillo. Cuando suenan las horas el hombre pone en movimiento sus dos brazos y golpea la campana tantas veces cuantas sean las precisas. A su lado de pie, dos muchachillos, sendos martillitos, son los encargados de golpear en la campana cuando hay que señalar los cuartos.

Como este reloj había más grandes en aquellos tiempos, incluso con figuras de tamaño natural. Han desaparecido casi todos, y este curioso mecanismo de relojería es una de las piezas más estimables del museo, no sólo por su antigüedad, sino por su alto valor simbólico.

OCHO CANCIONES DISTINTAS EN UN RELOJ DE JARRON

Hoy se ha perdido un poco la afición y el gusto por los relojes autómatas, objetos que tanto se prodigaban por estos siglos del reloj que aquí se exhiben.

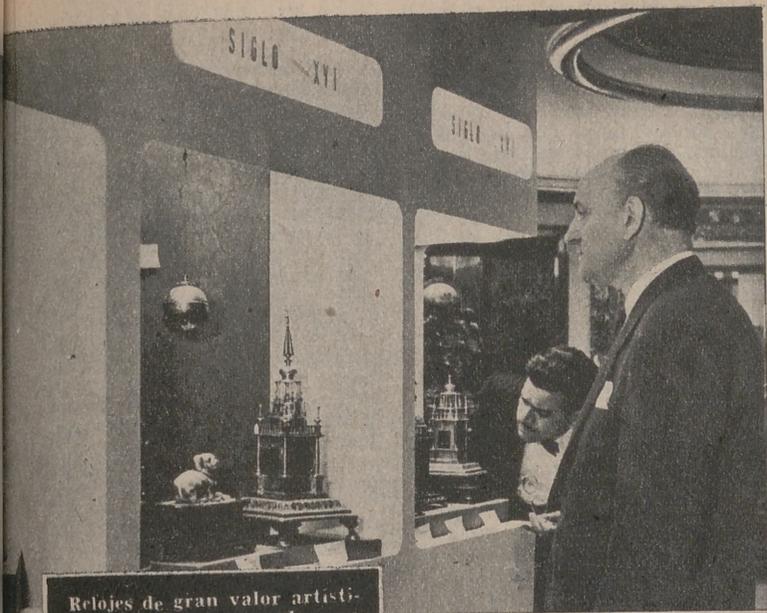
Así, por ejemplo, un reloj valiosísimo es un autómata del siglo XVI, de Nuremberg, hacia el año 1560, propiedad de la colección de Alex. Grassy, que es un mono en cucullas delante de un espejo que sostiene con la mano. A su lado hay un pequeño negro que tiene agarrado al simio por una cadena. Cuando se

pone en movimiento el correspondiente mecanismo, el mono se mira al espejo, da vueltas, mueve los ojos, abre la boca y mueve las mandíbulas, y el negro tira de la cadena del mono.

Avanzando más hacia adelante en el tiempo, en esta clase de autómatas de una figura o de un par de ellas, está también uno muy valioso de comienzos del siglo XVII, de manufactura alemana, firmado por Johan Kreitmayer A. Minchen, que representa a un negro, vestido de romano y con una corona en la cabeza, que sostiene en la mano una lanza, la cual señala en una esfera giratoria situada en lo alto de una columna, las horas correspondientes. Debajo de la columna cilíndrica, y al lado del negro, hay un perro y un mono mucho más pequeños. Cuando dan los cuartos y las horas el negro mueve la cabeza a ambos lados, y cuando dan sólo las horas, el mono gira rápidamente sobre sí mismo y el perro comienza a dar saltos hacia el mono durante un buen rato.

De finales del XVIII es un reloj autómata de sobremesa, manufactura francesa, que procede de la subasta de los bienes de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Es un jarrón con figuras de mujer, y en lo alto un águila que atenaza entre sus garras a una serpiente. En el centro del jarrón hay una abertura tapada por una placa, la cual, después de dar las horas, se descubre y aparece un pajarito que mueve las alas a la par que canta como aves musicales distintos.

Un reloj autómata de sobremesa, de principios del XIX, es el más vivo ejemplo del resultado de la dedicación de una vida entera de relojero al servicio de una obra. Es una figura grotesca, probablemente Falstaff, vestido con jubón, capa corta, calzón, botas altas, gorro con plumas y guantes de manopla; en el brazo izquierdo, en lo alto, lleva una vela; el derecho es ar-



Relojes de gran valor artístico e histórico que abarcan cinco siglos en el arte de la relojería

ticulado. Cuando suena la hora agita una campanilla que produce un dulce sonido, la cual actúa de despertador. Este es uno de aquellos relojes que tardaban en ser construidos años enteros por los relojeros de la Corte. Únicamente así, perteneciendo, como si dijéramos, a una plantilla del Estado, podía un hombre dedicarse a hacer estas maravillas de ingenios mecánicos.

QUINCE FIGURAS EN MOVIMIENTO, VENIDAS DE CHINA

De la figura única o de la simple pareja autómatas que da

las horas, que mueve la cabeza, que hace monerías, se pasa a los grandes grupos, que incluso representan escenas de la vida real de nuestros propios o lejanos países, todo ello combinado con la exacta operación de medir el tiempo.

De finales del XVIII hay un gran reloj de sobremesa, de manufactura china, ejecutado en Europa por relojeros de aquel país, de casi un metro de alto, y que es un pequeño escenario con figuras en movimiento. Ocho figuras de marfil llevan sobre su cabeza un objeto que gira; objetos que son: vaso de bronce, bola entre llamas, jarro abalaustrado, jarro bulbiforme, pagoda, jarro de rosa, rama de corai y

jarro cucurbitáceo. Detrás de estas dos figuras hay otras sentadas, con un libro en la mano, que abren y cierran en forma de acordeón.

Delante de estas figuras aparece un jardín, por el que entran y salen unas graciosas figurillas; más arriba hay dos patos entre agua, los cuales nadan cuando les llega su hora; encima del artilugio, en lo alto, hay otro jardín con árboles que giran, y un pavo real que mueve sus alas. Es de una gran impresión y plasticidad ver, cuando dan las horas, todo este conjunto, que un momento antes estaba estático, adquirir vida y ponerse en movimiento, enmarcado en el extraño estilo oriental de su arquitectura.

De porcelana de Sajonia del XVIII puede admirarse un bello conjunto escenográfico. Es una casita con una escalera; en lo alto de la escalinata, un pastorcito toca la zampoña; junto a él hay un perro; más lejos, caballeros con caseca, un hombre con una escoba, un chino y un pájaro. Al dispararse el mecanismo sube y baja el cubo del pozo, se balancea el pajarito en un palo, se abren y se cierran las puertas, el chino mueve la cabeza sacando la lengua y giran las aspas y la veleta del molino.

El reloj que remata estos grandes conjuntos de relojería con representación vivida es una manufactura francesa de la mitad del siglo XIX que se titula «La lección de canto». Es un conjunto de figuras, de lo menos treinta centímetros de alto, que representa una dama enseñando a cantar a un pajarito. Cuando da la hora y se pone en movimiento el mecanismo del aparato, la dama hace girar la ma-



El buen gusto y la ciencia se complementan en muchas piezas como esta que reproducimos



La escultura como motivo decorativo en la vieja ciencia del reloj, siempre caminaron juntas

nivela de la caja de música y suena una melodía, se interrumpe ésta y la reproduce de un modo imperfecto el pajarito girando hacia los lados y moviendo su pico y sus alas. Entonces la dama hace signos negativos con la cabeza y el pájaro repite la melodía con exactitud, a lo que replica la maestra con signos afirmativos. La escena, mas que de reloj, parece de auténtica obra de teatro

**UN RELOJ QUE SOLO
ANDA CADA MEDIO
MINUTO**

El día antes de la inauguración del museo los astrónomos del Observatorio de Madrid recibieron la petición de que facilitasen la hora solar. Sabido es

que la hora oficial no coincide con la solar. Ellos la dieron muy gustosos, pero se extrañaron de que fuese para poner en marcha un reloj, pues en seguida, en cuanto pasara un poco de tiempo, ambas horas ya no coincidirían. Sin embargo, esta operación era necesaria para poner en marcha un ejemplar único de reloj de ecuación firmado por Thiout A Paris, en 1787, el cual señala al mismo tiempo la hora oficial y la hora solar. De esta clase de relojes apenas se conocen ejemplares, y este del museo es uno de los más raros y valiosos.

Otro ejemplar, del cual únicamente fueron fabricados dos prototipos, es un reloj Congreve, inventado y patentado en 1808 por William Congreve. Tiene el reloj la particularidad de que sólo anda cada medio minuto. Consiste su mecanismo de marcha en un plano inclinado, en donde hay unas estrias por las cuales corre una bolita de acero. Cuando esta bolita de acero ha recorrido todo su camino en zigzag y llega al tope, el minuterero avanza treinta segundos; vuelve la bolita a desandar su camino y vuelve, al llegar al tope, el minuterero a señalar otro medio minuto. Es un mecanismo curiosísimo que tenía la pretensión, en su tiempo, de ser una especie de descubrimiento del movimiento continuo. Pero es un mecanismo tan delicado que basta una simple mota de polvo o un inapreciable desequilibrio en los niveles que le mantienen horizontal para que la bola deje de correr y el reloj, por tanto, de marcar el tiempo.

De los grandes relojes se pasa también a relojes diminutos. Relojes incluso encerrados en una sortija, que además de su pequeñez presentan la particularidad de ser autómatas, es decir, de tener figuras que se mueven o que ejecutan ciertos ejercicios. Del primer cuarto del siglo XIX es un reloj-sortija, de oro, perlas y diamantes, que da, en escena, las horas y los cuartos, y que además, cuando esto se produce, dos figuritas que lleva consigo golpean con sus martillos la campanita del sonido.

Pueden contemplarse las modas de reloj para señora que se llevaban por estos siglos. Todos ellos van ornados de piedras preciosas —esmeraldas, diamantes, zafiros, rubís—, además de su correspondiente armadura de oro y de sus incrustaciones de perlas. Y por si eso no era poco, después de la caja donde estaba la maquinaria, los relojes femeninos presentaban una serie de colgantes y adornos, todos con los mismos valiosos materiales, que hacían subir de incalculable manera su precio.

Otro objeto miniatúresco de este museo es uno de los más raros ejemplares de llave para reloj que existen en el mundo. Está hecha en París, a finales del XVIII, y lleva en su centro un disco con los días del mes. Cumple de esta forma una doble misión: dar cuerda a los relojes y servir a su dueño de calendario.

EL TIEMPO, ENCERRADO EN UNA CALAVERA

Las calaveras siempre han tenido sus adeptos como objeto de decoración. Por eso, en esto de la relojería también aparece un reloj encerrado en una calavera de metal. El ejemplar es de la primera mitad del siglo XVII y es un reloj colgante. Al abrir el cráneo por los maxilares quedan en sus dos partes otras tantas esferas. La del maxilar inferior es solar, con su gnomon triangular plegable y con sus horas en números romanos, y la otra es corriente, con cifras arabigas. A su lado aparece la cadena, de metal negro también, para que, colgada de ella, aparezca la calavera.

En la misma mesa redonda donde reposa la calavera puede verse un reloj de carroza con faltas de ortografía. Antiguamente, en las carrozas iban colgados una especie de grandes relojes de bolsillo. Como es lógico, según la posición económica de los dueños de la carroza, así eran los relojes que les señalaban las horas, los días, las semanas y los meses en los viajes que por entonces no tenían nada de veloces. De manufactura francesa y de principios del siglo XVII, es un reloj de carroza firmado por Jean Le Senne A Paris, y que pertenece a la colección de Pérez de Olaguer. Señala las horas, los días de la semana y el mes, y tiene la particularidad de que los nombres van escritos en español. Sin embargo, el grabador que los hizo no debía andar muy fuerte en el idioma español porque hay algunos días y algunos meses que tienen graciosas faltas de ortografía.

No sólo para vehículos terrestres hay relojes, sino también para marinos. Por ejemplo, puede admirarse un ejemplar de reloj de bola de manufactura alemana de fines del XVII, muy propio para tormentas y galerías. Consiste en una esfera de metal dorado sujeta por una cuerda desde lo alto. El propio peso del reloj le hace descender paulatinamente, provocando la marcha. Al levantarse la bola se enrolla la cuerda y el peso detenga en su oficio medidor del tiempo.

Después, por las vitrinas por las paredes, colgadas hay toda clase de relojes: relojes en cuadros, ojos de buey de dos caras, relojes esqueletos, relojes de bolsillo, sobremesas en bronce, en mármol, de todas las clases y de todos los estilos, relojes de pared, etc. etc...

La voluntad de dos hombres, A. Grassy y Pérez de Olaguer, ha permitido la instalación de este Museo Permanente del Reloj Antiguo, que guarda en él, indiscutiblemente, las fases de la historia del reloj. Una historia expresada en segundos minutos cuartos con toda la gama de las más curiosas y extrañas «cenerías», en las horas del tiempo.

José María DELEYTO
(Fotografías de Aumonts.)

160.000

ALUMNOS

CCC

GARANTIZAN

LA PERFECCION DE LOS METODOS DE ENSEÑANZA DEL FAMOSO CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

Nombre _____

señas _____

población _____

solicita información GRATIS sobre los cursos señalados X

<input type="checkbox"/> INGLÉS	<input type="checkbox"/> CONTABILIDAD
<input type="checkbox"/> FRANCÉS	<input type="checkbox"/> TRIBUTACION
<input type="checkbox"/> ALEMAN	<input type="checkbox"/> CALCULO
<input type="checkbox"/> INGLÉS SUPERIOR	<input type="checkbox"/> REDACCION
<input type="checkbox"/> FRANCÉS SUPERIOR	<input type="checkbox"/> ORTOGRAFIA CULTURA
<input type="checkbox"/> SOLFEO	<input type="checkbox"/> TAQUIGRAFIA
<input type="checkbox"/> CON DISCOS	<input type="checkbox"/> RADIO-CINE
<input type="checkbox"/> SIN DISCOS	<input type="checkbox"/> TELEVISION
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> DIBUJO
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> CORTE CONFECCION

CCC - H.156 - SAN SEBASTIAN

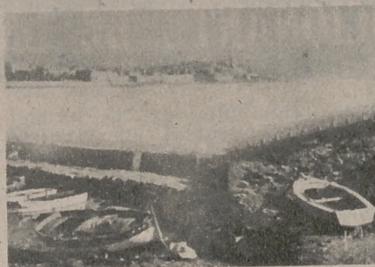
corte o copie este cupón

Los rayos del sol
FATIGAN LA VISTA

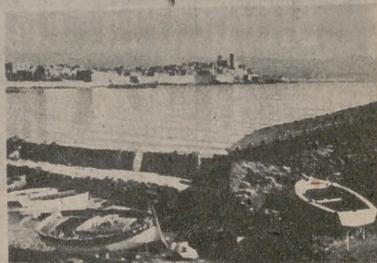
deslumbran y producen reflejos molestos



Las modernas gafas **SOL-AMOR POLAROID** son las únicas dotadas con filtros **Polaroid**. Descansan la vista y proporcionan una visión limpia, evitando los deslumbramientos y reflejos. Para mayor protección, los ojos quedán resguardados de la acción solar circundante por el gran tamaño y perfecto ajuste de los cristales a la montura **AMOR**, ligera, resistente e indeformable. La elegancia, la comodidad y el valor funcional de estas gafas representan uno de los adelantos ópticos de mayor resonancia universal y su uso se ha hecho imprescindible en los días claros.



Sin filtros POLAROID



Con filtros POLAROID

AUTÉNTICOS
 FILTROS
 NORTEAMERICANOS

***POLAROID**



Su óptico le demostrará la inutilidad de cualquier imitación mediante la etiqueta anexa a las gafas, que lleva un filtro polarizador. Puesto delante de los cristales, el disco aparecerá transparente u opaco, según coloque la etiqueta en sentido vertical u horizontal.

Nombre y marca registrados mundialmente por **POLAROID Corporation**-Cambridge-Massachusetts - U. S. A.

Gafas completas
SOL-AMOR POLAROID
 estuche incluido:
 Sin aros Ptas. 295'—
 Con aros Ptas. 315'—

GAFAS

Sol-Amor

*** POLAROID**

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A. Madrid - Barcelona - Sevilla - Valencia

La marca **AMOR**, grabada en el interior del puente, las garantiza.



RECHACE IMITACIONES



ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES

In momento de la botadura del crucero «Reina Victoria Eugenia»



DOS GUERRAS Y DOS NOMBRES SOBRE LOS MARES DE ESPAÑA

Año 1926, el crucero «Reina Victoria» toma parte en las operaciones de Alhucemas. Una escena del desembarco



EL CRUCERO «NAVARRA» VA A SER DESGUAZADO

BIOGRAFIA EMOCIONANTE DE UN BARCO DECIMONOVENDIDO POR CHATARRA

EN un día de sol, el 21 de abril de 1920, la multitud se agolpa en las cercanías del astillero. Una banda militar alegra las aperturas de la gente, las del corsé de varillas, las del cuello de pajarita y las del bombín. Se oyen comentarios despectivos a la vista de los primeros sinsombreristas, que son considerados por los sesudos de turno como cabezas demasiado avanzadas.

Es bonita la masa brillante del crucero en la grada adornada de banderas, y hasta resultan bonitos los discursos. Hay en ellos algunos párrafos de sabor decimonónico y de un nostálgico patricismo de zarzuela. Los gallardetes azotan el aire galaico como llamas que la brisa alarga. Primavera del año veinte, en que, con sol y aire salino, es botado el crucero ligero español «Reina Victoria Eugenia».

Los primeros vendedores de helados están allí, y hasta algún barquillero, pero hay un número mayor de chiquillos con haces de banderitas de papel, que es un artículo que tiene mucha salida en los actos patrióticos.

Están satisfechos los hombres de la Sociedad Española de Construcción Naval, artifices del barco.

La emoción llega a su punto

más interesante cuando, terminados los discursos, una botella de champaña atada con una cuerda es llevada hasta la tribuna. Todos los ojos se fijan entonces en la madrina, elegante, vestida de negro, sonriente y tocada con mantilla.

La botella, en un golpe pendular, va a romperse contra la quilla del crucero. Suena la música y el buque se desliza por la grada en medio de la emoción de todos.

CUANDO SE NACE EN ABRIL

Un barco es algo capaz de biografía, casi un ser vivo, con gestación, nacimiento, bautizo, carrera vital y muerte. No es sólo una máquina grande, sino una creación orgánica capaz de la herida leve y de la herida mortal. Por eso el bautizo y la botadura de un barco tiene un interés mayor que el de la inauguración de una obra pública, y lo tiene por abrirse en aquel momento una incógnita sobre la suerte del barco, incógnita que es mucho más intrigante en un buque que se destina a la salvaguardia de la paz y, si fuera preciso, a la misión de guerra.

La botadura del «Reina Victoria Eugenia» tiene lugar sin per-

cances. El deslizamiento es perfecto y aquella masa plateada se adentra en el mar al son de la música en un viento de gallardetes, banderas y vitores.

Ya está el «Reina Victoria Eugenia» en su elemento. Ahora a comenzar el largo período de pruebas de velocidad y tiro, así como al concienzudo entrena-

miento de la tripulación. Más tarde, después de pruebas, maniobras y ejercicios, el «Reina Victoria Eugenia» ya que éstas comenzaron el 1.º de octubre de 1922. El desplazamiento es de quinientos noventa y cinco toneladas. Posee un desplazamiento de 141 metros de eslora y 15 metros de manga. Sus velocidades de velocidad

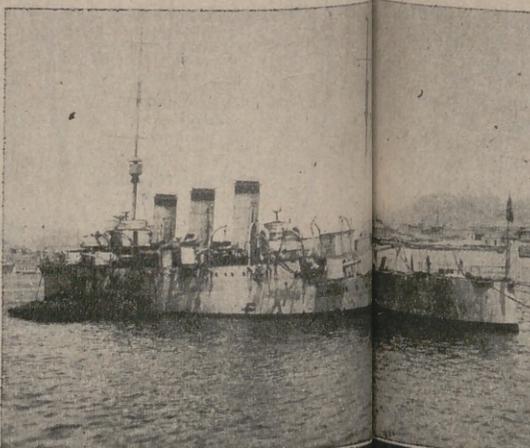
máxima y 4.000 millas de autonomía a velocidad económica. Estas son las características del nuevo buque de guerra.

EN EL DESEMBARCO DE ALHUCEMAS

El flamante crucero va a tomar parte muy pronto en una acción de guerra: el desembarco de Alhucemas. En septiembre de 1925 el «Reina Victoria Eugenia», como buque insignia del almirante Guerra, y llevando a bordo los servicios anejos al mando de las fuerzas navales de África, se presenta ante la costa marroquí.

La Escuadra de las fuerzas navales de África comprende «en total dos cruceros, seis cañoneros, cuatro torpederos, once guardacostas, cuatro remolcadores, diversos aljibes y embarcaciones auxiliares, y además las 23 barcasas «K», que tan decididamente tenían que actuar en el desembarco de Alhucemas. Además de estos medios se concentran también en aquellos lugares los buques de la Escuadra de Instrucción, que manda el almirante Yolí, y que está compuesta por dos acorazados, dos cruceros y dos destructores.

El «Reina Victoria Eugenia» toma parte en el desembarco al mando del capitán de Navío don



En Cartagena, el «Reina Victoria Eugenia» defiende las islas Baleares y las costas de la Península de los Pirineos.



Unas muchachas ataviadas con trajes típicos del valle del Roncal, son atendidas por el comandante del «Navarra»

Rafael Morales, marino expertísimo en la costa marroquí y de grandes dotes de competencia naval y de energía.

El «Reina Victoria Eugenia» bate con su artillería las montañas próximas a la playa de la Cebadilla. La incipiente aviación militar de 1925 señala a los buques de guerra los emplazamientos atrincherados de los rebeldes. El crucero ligero se sitúa muy cerca de la costa para que el fuego de sus cañones sea más eficaz y certero, pero el enemigo también dispara, y tanto se acerca a la costa el «Victoria Eugenia»—hasta donde le permite su calado de cinco metros y cincuenta y nueve centímetros—, que recibe algunos impactos enemigos, que afortunadamente no causan bajas entre su tripulación ni averías en las zonas vitales del crucero.

A las pocas horas la playa de la Cebadilla ofrece un grandioso espectáculo. Las barcasas «K», rebosantes de soldados, embarrancan en la arena. Mientras vuela la aviación sobre los montes próximos las avanzadillas ocupan posiciones. Tableteo de las ametralladoras. Disparos de los «pacos» agazapados tras las rocas. Voces de mando. El brillante despliegue de la Legión que avanza cantando y el brillo de las bayonetas de la Infantería, que tiene en aquel desembarco uno de los días más fructíferos de todas las campañas africanas.

Desde la cubierta del «Victoria Eugenia» los tripulantes, agolpados en la borda, saludan entusiasmados la gesta de sus camaradas del Ejército.

FUEGO SOBRE LA COSTA

Buen aguafuerte. La playa de la Cebadilla es como un hormiguero de soldados que avanzan. Algunos han saltado de las barcasas «K» antes de que embarrancasen, y con el agua a la cintura llevan el fusil cogida sobre la cabeza.

El «Reina Victoria Eugenia» con su acertada intervención en el desembarco de Alhucemas, se ha apuntado su primera victoria.

En marzo de 1926 nuestro crucero opera nuevamente sobre la costa marroquí. Para facilitar importantes operaciones del Ejército bombardea los poblados de Uad-Lau, Targa y Torres de Alcalá, además de otros muchos puntos del litoral. En un posterior bombardeo de las posiciones de Uad-Lau logra acallar algunos de los cañones rebeldes con los que se había hostilizado no solamente a las tropas terrestres, sino también a los barcos de guerra que se ponían al alcance de aquellas baterías.

También en el mes de mayo del mismo año el crucero ligero bombardea puntos del litoral apoyando distintas operaciones terrestres.

Desde el desembarco de Alhucemas el «Reina Victoria Eugenia» utiliza, con otros buques de guerra, el apostadero de la cala del Quemado, en cuyas proximidades se edificaría más tarde Villa Sanjurjo.

Nuestro crucero se incorpora en 1927 a la llamada Escuadra de Instrucción, de la que forma parte junto a los acorazados los cruceros ligeros y los destructores de reciente construcción.

Cuando la célebre visita real a la zona norte de Marruecos, recién pacificada, los buques de la Escuadra sirven de escolta a distintos puntos del litoral, y por la gran parte que había tomado en la campaña y por la eficacia de sus servicios se concede un puesto de honor al crucero «Reina Victoria Eugenia».

Luego vemos a nuestro buque en las distintas maniobras anuales con sus simulacros de combates, en los que obtiene casi siempre muy buena puntuación.

Nada ocurre de particular en el buque hasta el advenimiento del régimen instaurado en el 14 de abril de 1931, en que se le cambia el nombre por el de «República».

Las maniobras navales comienzan a escasear, por lo que el «República» sista largamente en puerto. Cuando las maniobras generales de la Escuadra española en el Mediterráneo celebradas en 1934 vemos nuevamente al «Re-

pública» en toda la potencia de sus aptitudes, pero la salud del crucero es más aparente que real, ya que al finalizarse aquellas maniobras se nota, al volver al puerto, que algo no marcha bien en el «República». Es una avería de poca importancia pero a la que seguirían otras más en máquinas y calderas. Los tripulantes comentan jocosamente aquellas incidencias diciendo que es «mal de ojo», pero la verdad es que el crucero comienza ya a ser viejo y son en él naturales los achaques.

AMARRADO AL DURO BANCO

Pero quienes hablaban de «mal de ojo» en el «República» no atdaban del todo descaminados, ya que parecía haberle caído al buque algún maleficio que le obliga finalmente a largos años de pasividad en los astilleros y talleres de Matagorda.

Después de las maniobras generales del Mediterráneo en 1934 el «República» no vuelve ya a salir de los talleres de reparación, más que por la importancia de sus averías, por la parvedad con que los créditos para obras militares se conceden durante la segunda República, que no hace en este aspecto ninguna excepción con el crucero que lleva su nombre.

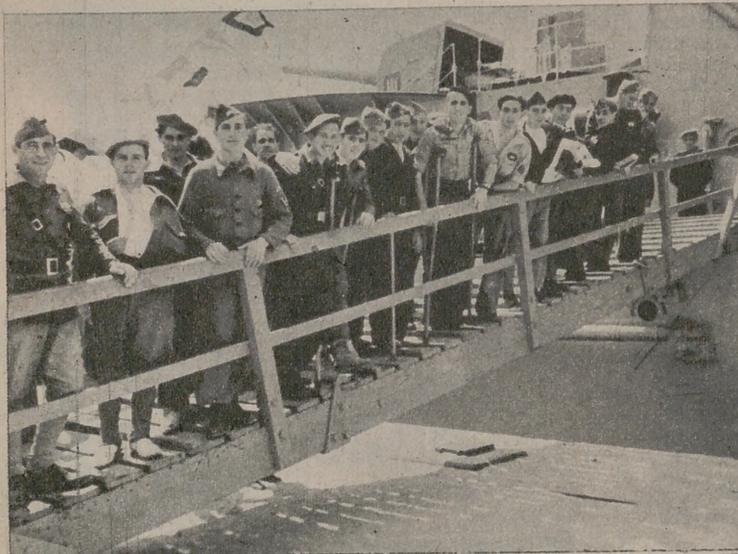
El «República» estaría quieto en los astilleros gaditanos de Matagorda con escasa tripulación de vigilancia. Las obras de reparación se realizan a trabajo lento y hay en el «República» tan pocos tripulantes como obreros, no obstante lo cual en octubre de 1934 en el «República» amarrado, se producen disturbios y plantas de cierta importancia, en los que intervienen incluso ciertos suboficiales y cabos, que llevan la dirección de los movimientos subversivos, que, siguiendo instrucción fueron «apaciguados» con buenas palabras y no con la aplicación de lo que la disciplina naval dispone en tales casos.

Cada vez más el ambiente gaditano se carga de presagios más sombríos, mientras el «República» duerme sin que las obras de reparación y mejora adelantasen muy sensiblemente.

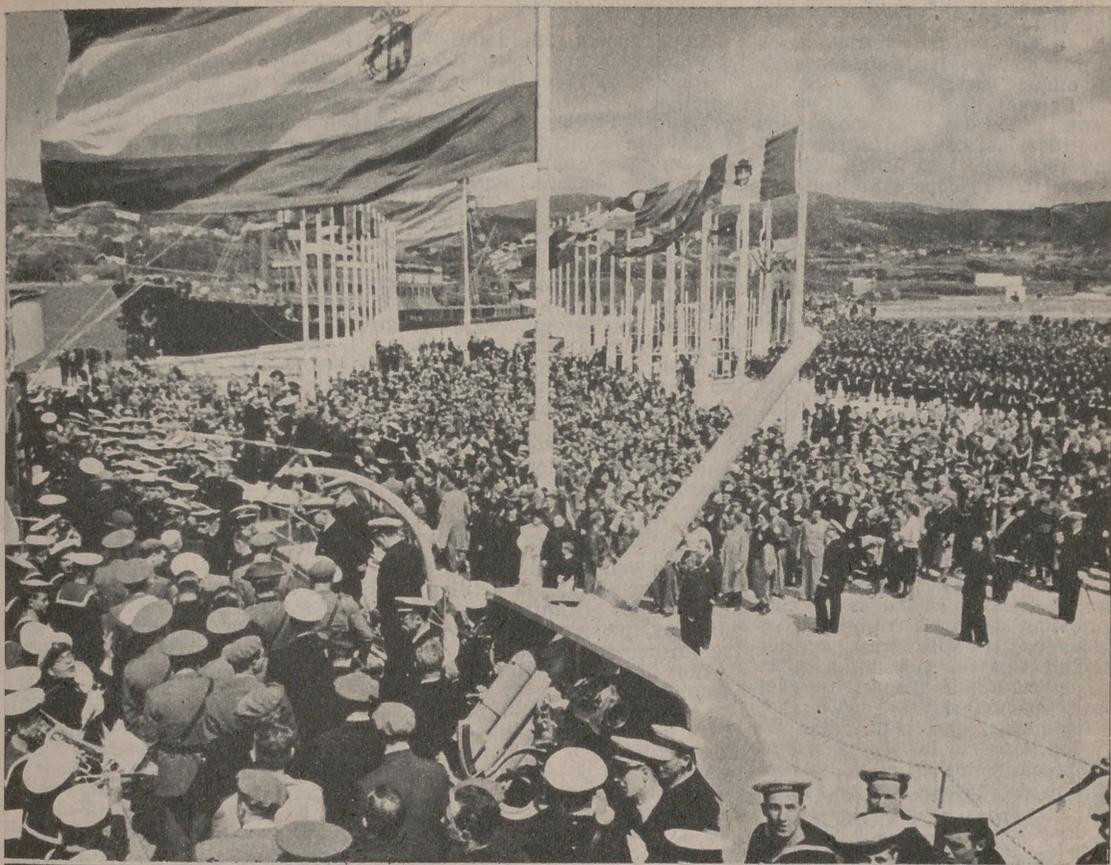
REBELION EN AFRICA. ¿QUE PASA EN CÁDIZ?

Son las siete y ocho minutos de la tarde del viernes 17 de julio de 1936 cuando llega al Gobierno Civil de Cádiz la primera insinuación de sublevaciones en el Ejército de Africa. El Gobernador Civil, señor Zapico, comienza a tomar históricas medidas de represión, y veinticuatro horas antes de que el Alzamiento encontrase eco en la Península ordena la detención gubernativa del bilaurado general don José Varela e Iglesias.

Por orden del Gobernador Zapico un teniente coronel de la Guardia Civil, acompañado de un inspector del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, se presenta en el domicilio del general Varela, que se encontraba descansando en Cádiz, su tierra natal, y proceden a su detención. En un automóvil el general Varela es llevado por sus apre-



Unos heridos visitando el crucero «Navarra»



Acto de entrega de la bandera que la Diputación de Navarra regaló al crucero que lleva su nombre

hensores al castillo de Santa Catalina, donde el general es entregado al Gobernador de la fortaleza, teniente coronel Belda.

Son las doce del 18 de julio de 1936 cuando el entonces capitán de Estado Mayor señor Puig, acompañado del capitán Lahera, llegan al castillo de Santa Catalina portadores de una orden del comandante militar de la plaza, don José López Pinto. La orden es de que el general Varela sea puesto inmediatamente en libertad.

TIROS A LA ESPERA DEL ALBA

Don José Varela e Iglesias abandona la fortaleza para dirigirse a su domicilio, donde se viste rápidamente de uniforme. Marcha al Gobierno Militar, donde abraza al general López Pinto, y sin detenerse a descansar, se traslada al hotel de Francia, y de allí al cuartel de Infantería, del que sale al frente de las escasísimas fuerzas de que en aquel momento podía disponer.

Las masas proletarias están en la calle y han comenzado algunos saqueos e incendios. Suenan tiros entre las callejas blancas gaditanas y hay paqueo desde lo alto de los miradores. Se hace de noche sin que la población recobre la tranquilidad. Muy poca gente duerme. A las patrullas militares del general Varela, se juntan voluntarios con brazaletes, pero la pelota sigue estando en el tejado, y es tan grande el número de las masas proletarias, que no puede lograrse en las primeras horas de aquella noche ni siquiera un empate. Más que una verdadera batalla es una guerrilla

psicológica, en la que los dos bandos quieren llevar hacia sus filas a la confianza y la fe en el triunfo.

Tras las celosías de los balcones y ventanas, en lo alto de las mirillas de las terrazas, la población se pasa la noche en vela observando lo que pasa en el exterior. Pegados al aparato de radio, la preocupación de las familias crece el arrear los disparos.

Los más intrépidos, esas minorías que tuercen a su gusto el curso de la Historia, entonan himnos en plena aventura nocturna y callejera.

Son las cuatro y media de la mañana del domingo 19 de julio cuando el destructor «Churrucá», seguido del correo de Ceuta, pone proa al centro de la bahía gaditana. El general Varela y sus seguidores se dirigen al muelle, donde a las cinco en punto comenzarán a desembarcar las tropas del tabor de Regulares que vienen en los barcos.

Hay muchos gritos patrióticos en el muelle y abrazos. Mala noticia para los últimos «pacos», que corren a encerrarse en el Gobierno Civil, donde la resistencia se viene sosteniendo desde hace casi doce horas.

TRES BARCOS CONTRA UN ARSENAL

Los primeros regulares estaban ya en la Península y, sin descansar, se encaminan, en unión de las otras fuerzas militares gaditanas, hacia el edificio del Gobierno Civil, donde aparecería en seguida la bandera blanca.

El general Varela, frente al Gobierno Civil, al ver ondear en el

edificio la bandera blanca, ordena que salgan del edificio los que le ocupan, en primer término el gobernador Zapico, y luego todos los demás, de uno en uno. Así se hace, y en la misma puerta, conforme van saliendo, son desarmados. Una muchacha llamada Rendón, disparando desde el edificio del Gobierno Civil, ha producido la muerte de un corneta.

A las siete y veinte minutos de la mañana del domingo 19 de julio aparece también en el edificio del Ayuntamiento gaditano la bandera blanca. Son los guardias municipales los que abren las puertas de par en par para que entren las fuerzas del Ejército.

En el palacio de Comunicaciones se acuerda también la rendición, y los grupos que lo ocupan salen a la calle con los brazos en alto.

Numerosos grupos de civiles se constituyen en las Milicias de Cádiz, compuestas por hombres de todas las clases y profesiones. Patrullan en dos largas hileras.

Durante la noche, turbas de incontrolados han incendiado la iglesia de San José y han causado grandes destrozos en el colegio de religiosos contiguo a la iglesia.

La pacificación de la ciudad es bastante difícil, ya que continúan los saqueos durante varios días. Se distinguen por su persistencia en el saqueo una mujer en la calle de Isabel la Católica y un hombre en la calle de Orozco, que son, finalmente, detenidos. Hay rumores de una marcha de campesinos sobre Cádiz y circulan numerosos bulos, que son sistemáticamente desmentidos por los micrófonos de la emisora local.

El miércoles día 23 de julio una nota del Gobierno Militar da cuenta de que en la madrugada se han sublevado las dotaciones de los buques surtos en el arsenal de La Carraca. En efecto, los cañoneros «Lauria» y «Cánovas del Castillo», así como el vapor «Miraflores», se han sublevado y abren fuego sobre el mismo arsenal de La Carraca, que contesta al fuego de los buques, mientras se avisa a los aviones de Sevilla para que intervengan en reducir la rebelión. No tardan en aparecer dos aviones, que bombardean a los barcos sublevados hasta que éstos se rinden.

Las dotaciones de los barcos no se muestran muy conformes con el Alzamiento; tanto es así que, por no haber puesto a bordo la oportuna vigilancia, el destructor «Churruca», después de llevar fuerzas de Regulares a Cádiz, se insubordina en el viaje de regreso a África y sus tripulantes hacen prisioneros a los oficiales.

Las dotaciones de los cañoneros «Lauria» y «Cánovas del Castillo», así como los tripulantes sublevados del «Miraflores», son desarmadas por el Ejército, y entonces es cuando se dispone también la ocupación militar del crucero «República», que, con escasa dotación, está a la espera de los acontecimientos en el arsenal gaditano de Matagorda.

BOMBAS CONTRA EL CRUCERO

El «República», amarrado al astillero, no ha intervenido en nada, y su pequeña dotación se ha mantenido a la expectativa y a la espera de órdenes. Y en esta actitud de pasividad encuentran, dormida en siesta, a la dotación las fuerzas militares que ocupan el «República» en los astilleros de Matagorda.

Hay ahora soldados, además de marineros, dentro de nuestro buque, cuando, a la una de la tarde del 6 de agosto de 1936, se oyen unas explosiones. El primer proyectil ha caído dentro del casco de la ciudad gaditana, en una casa donde, en tiempos, estuvo la administración de Correos, y donde hay ahora instaladas las oficinas de la Papelera Española. Entró el proyectil por la azotea, atravesó las habitaciones y fué a salir a la calle, donde chocó con la casa de enfrente, y por último se estrelló violentamente contra el suelo, donde quedó enterrado sin estallar. Otro proyectil da contra

la cúpula del oratorio de San Felipe Neri.

Es el crucero rápido «Miguel de Cervantes», y el objetivo del bombardeo no es la ciudad de Cádiz, sino el crucero «República». Los primeros proyectiles son de referencias, pero luego el «Cervantes» afina el tiro sobre la fábrica de torpedos y sobre el dique de Matagorda.

Toque de generala en el crucero «República», que está en reparación. Todos a sus puestos de combate. Las baterías del castillo de San Sebastián ya truenan en la defensa, y el «República», sabiéndose objetivo principal del bombardeo, enfla sus cañones hacia el horizonte del mar. ¡Fuego! A las primeras andanadas cesan las réplicas del enemigo. El «Miguel de Cervantes» se aleja sin haber cumplido su misión de destruir a nuestro crucero.

OTRA VEZ ZAFARRANCHO DE COMBATE

A las veinticuatro horas de este primer ataque, la artillería del destructor «Almirante Valdés» dispara nuevamente sobre el objetivo de Matagorda.

Son las nueve de la mañana cuando el trabajo de los talleres se interrumpe por el bombardeo.

El crucero «República» parece ser en aquellos días, por curiosa paradoja, la obsesión de la Escuadra republicana, que hubiera considerado como una gran victoria la destrucción de aquel crucero en el dique de reparaciones.

No eran bombardeos aéreos, con ese aire de modernidad, sino navales, quizá para que Cádiz tuviese la evocación de una estampa antigua y conocida; algo así como si volviese Drake a amenazarla.

También a este segundo ataque contestaron las baterías del «República», hasta que el «Almirante Valdés» desistió de sus propósitos.

Para que no resulten inspidos los días de la guerra, en la salada claridad gaditana, la ciudad es espolvoreada con salero de metralla, a la que las defensas de los fuertes y las del crucero contestan debidamente.

El 25 de agosto, a las once de la mañana, dos aviones enemigos sobrevuelan Cádiz, y los antiaéreos del crucero «República» los obligan a retirarse, no sin que pudiesen antes lanzar un rosario de bombas.

Por la escasez de buques de guerra que padecía la Flota nacional,

es preciso activar con toda urgencia, la terminación de los barcos de guerra que estaban en construcción y reparar con toda prisa los que se encuentran en período de obras. Se remozó rápidamente al «República», que es rebautizado, en una sencilla ceremonia, con el nombre de «Navarra».

LISTO PARA LA ESCOLTA Y EL BLOQUEO

Con toda clase de precauciones de defensa, el «Navarra» es remodelado desde Cádiz a los talleres ferrolanos, y toda la ciudad asiste a la marcha del crucero que tan eficazmente colaboró en su defensa en los primeros meses de la guerra civil.

Llega el crucero felizmente a las rías gallegas, donde, en El Ferrol del Caudillo, se realiza una reforma importante en su aparato motor, y su artillería es cambiada por seis cañones «Vickers» de 152 milímetros, que pueden disparar los seis por ambas bandas. Los cañones antiaéreos son sustituidos por otros más modernos de procedencia alemana y se le dota además de cuatro ametralladoras antiaéreas de veinte milímetros.

El «Navarra», así remozado, hace sus pruebas, en junio de 1933, en las rías gallegas, con ejercicios de tiro y de adiestramiento general de su dotación. Al mes siguiente, en julio de 1938, sale para el Mediterráneo para incorporarse a las fuerzas de bloqueo que operan en aquella zona, donde aparece frente al enemigo como un barco de guerra desconocido, ya que han sido reducidas a dos sus chimeneas y lleva instaladas nuevas superestructuras para la artillería.

Toma parte muy activa en servicios de exploración, vigilancia y escolta, e interviene, casi al final de la guerra, en la operación de desembarco en Ciudadela de las fuerzas que ocupan la isla de Menorca del 9 al 12 de febrero de 1939.

El 22 de febrero de 1939 tiene lugar en aguas de Tarragona una revista naval ante el Generalísimo, y allí está el crucero «Navarra».

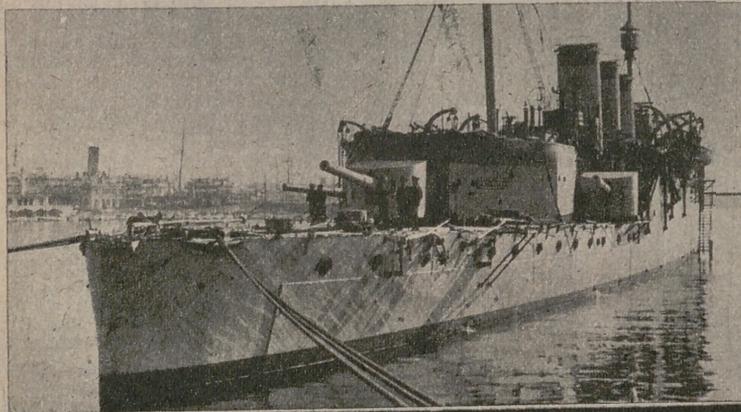
La guerra está a punto de terminar, y el día 1 de abril de 1939 el «Navarra» entra en Cartagena para comenzar desde aquella base sus servicios de paz.

A partir de 1941, el «Navarra» es utilizado como escuela de marineros electricistas y radiotelegrafistas, con base en la ría de Vigo.

En mayo de 1947, el «Navarra» pasa a segunda situación, y en noviembre de 1951 se dispone que pase a primera situación el veterano crucero.

Y ahora acaba de darse la orden de desguace, que quiere decir que el «Navarra» va a morir en la cama, roto en pedazos en el mismo astillero donde fué construido. En el mismo lugar donde se le botó solemnemente el 21 de abril de 1920, entre apreturas de gente, apreturas de corsé de varillas, de cuello de pajarita y de bombín.

Gloriosa chatarra de los tres nombres y las dos guerras que va a morir oscuramente y al peso, con la sencillez de un último servicio al país. Muere con honra, como deben hacerlo siempre los hombres y los barcos.



El crucero «Reina Victoria», cuando se llamaba «República», con los cañones dirigidos al Paralelo

PLAN TACTICO Y "OPERACION P"

Por Demetrio RAMOS

A partir del momento en que el mundo fue estrechándose en que su libre ocupación quedo conciusa y unos países con sus economías y problemas se interferían con los otros, la técnica de gobierno que fué puesta en práctica desde el Renacimiento a Napoleón, con sus diversas modalidades, entró en crisis. Por eso, desde la segunda década del siglo XIX a hoy, los pueblos se decatan más o menos visiblemente, entre inquietudes y espasmos en busca de una adecuación. Para unos hombres, empeñados en una simple línea de filosofía política, el problema es sólo ideológico; para otros, es puramente técnico, como quiso verlo en 1919 Guillermo H. Smyth, el ingeniero de Berkeley, que inventó, entre otras cosas, el término «tecnocracia». Cuando se produjo la gran depresión de los primeros años del 30, las fórmulas técnicas, con su visión del Estado-energía, llegaron al cenit, con Howard Scott y el New Deal en los Estados Unidos y con los «magos» de Alemania. Y un libro como el de Allen Raymond, sobre la tecnocracia, llegó a ser traducido a casi todos los idiomas importantes. Para otros, en fin la experiencia histórica y la fortaleza de la tradición serían la mejor nave con que podían surcarse las aguas tormentosas, claro es que con un imperio detrás y un inmenso montaje industrial como reserva.

Más pronto o más tarde, en este proceso irreversible del tiempo, se ha venido a poner de manifiesto que el doctrinarismo a secas tal como se cristalizaba en partidos e ideas era tan ineficaz como la política de los tecnócratas o administración racionalizada o como el guiso al pasado de las trayectorias, que es algo así como conformar lo impetuoso y cambiante de nuestro tiempo a hormas que respondían a otros problemas. Esta situación fué la que, al constatarla, hizo escribir a Spengler en años decisivos que «en este punto, la historia futura se alza muy por encima de las crisis económicas y de los ideales de política interior».

También del siglo XIX a hoy se ha producido otro fenómeno de sustantiva significación, cual es la alternancia, en la categoría decisoria de dos clases de estadistas, los políticos y los militares. En el largo período de ensayo, que cubre casi todo el siglo XIX y parte del XX, ambas características han estado en pugna, hasta que se ha llegado a un punto en que estadistas civiles se han visto obligados a sentirse y obrar como militares, mientras que estadistas de profesión castrense han sabido, igualmente, actuar también políticamente. Recuérdese el cuadro de nuestros años para darse cuenta hasta qué punto este hecho es casi universal.

¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que la política no se puede hacer sólo de una manera, sino de una forma total, como las guerras. Se necesita una dogmática, un cuadro de ideas y una mística, unos entusiasmos y unas ilusiones, pero también una técnica, un plan táctico inexorable, sin tolerancias para el sabotaje ni para las infiltraciones; una decisión, conformado, por lo tanto, no a un augurio, como en la época clásica, en la que se contemplaba el cielo o las vísceras del animal sacrificado, ligado no a una movilidad de criterios, como en la época de ayer, sino a un sistema que, por su solo funcionamiento, incorpore toda la energía potencial dentro de una disciplina a través de sucesivas pruebas.

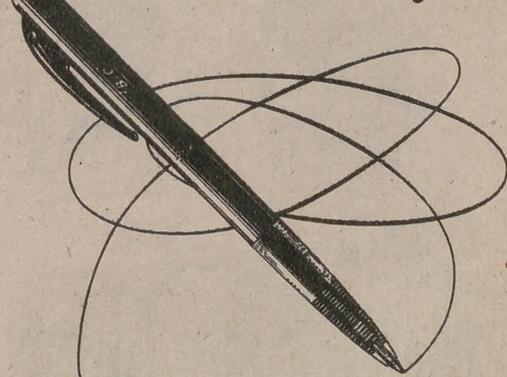
Las rupturas de frente en política se pueden producir, por lo tanto, según un nuevo cuadro de circunstancias o bien por la infiltración a través de las líneas, con golpes por la espalda o bien porque el órgano incorporador no forme, recoja y proyecte a las promociones directivas, dejándose que otras «academias» configuren a la que llamaríamos oficialidad, al margen suyo, o bien por no acomodarse un plan total con la técnica militar de objetivos a cubrir cronométricamente y acompañadamente.

Sería erróneo creer que en todas las latitudes

o países como en todas las circunstancias la acción podría llevarse a cabo de una manera que no fuera política. Las experiencias que estamos viendo en muchos países europeos y en América demuestran que, bajo los distintos regímenes se hace lo mismo, conservando el cascarón o enmascaramiento anterior, para actuar por detrás o bien haciendo que órganos de encuadramiento estudien, proyecten o sugieran—es decir, que tengan la bandera—lo que en definitiva, piensa realizarse, en un intercambio de papeles que da función a los órganos que transmiten sabiduría en intercomunicación y que en definitiva, potencia de prestigio e influencia a éstos, antes de que sean otros los que al margen puedan asumir este papel representativo de inquietudes, deseos o iniciativas.

Claro es que todas estas abstracciones sobre características universales de política en nuestro tiempo se resienten de muchas cosas, especialmente de perspectiva y de falta de matización ante las distintas realidades, porque, en definitiva, hoy ya no existe, en cada nación un pueblo en el sentido redondo, sino distintos pueblos o capas la económica, la social, la pensante, etc., intermezcladas por las múltiples dobles o triples vidas de los sujetos, con problemas o reacciones que exigen, entre otras cosas planes tácticos en cada caso, subordinados a uno general, pero nunca en contradicción, como las guerras no se hacen con planes contrapuestos entre las distintas armas y sin decidida voluntad de vencer. A todo esto es a lo que llamaríamos «operación política», operación «p».

"Montado sobre amortiguadores"



ESTE NUEVO BIC A
8 PESETAS

HACE SU MANO DOS VECES
MAS AGIL.

HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Esto ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

ATENCION: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA Punta BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irrefutable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

PUNTA

BIC

- 1.º [Retracción] Un sencillo mecanismo movido por palancas hace innecesario el capuchón.
- 2.º [Siempre limpio] La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se coagula al aire. No mancha, se seca instantáneamente. Es indicable siendo admitida en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º [De una sola pieza] Sin recambio. ¡Para qué recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro!
- 4.º [Más práctico] Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estriada.

FABRICA LAFOREST S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 66 - BARCELONA



SUBA conmigo—y la guió por una escalera de gruesa fábrica hecha en la piedra encerrada—. Es muy caliente la casa, no hay temor de frío—hablaba sólo la señora, sonreía y se hallaban ya al fin de una espaciosa habitación con escasos muebles—. Esta es la más independiente. Nosotros ocupamos el piso bajo—oyó que Amelia le decía «Gracias» distraídamente, mientras se asomaba a las ventanas para sentir sobre sus ojos la gran oscuridad, oyendo el ronco batallar del viento infatigable—. Es una desesperación el viento. Así llevamos quince días. Amainó un poco cuando trajo la nieve...

—¿Nevó mucho?

—Cinco días, primero; luego, otros tres; después, ya lo ve: el viento.

—Temíamos que volcara el autobús.

—¿Vinieron por Guadarrama?—Amelia negaba con la cabeza—. Menos mal. Si llegan a venir por

ahí lo hubieran pasado peor. Este es un viento muy bárbaro.

Cerradas las ventanas, la estancia se hacía más íntima. La dueña de la casa arreglaba el lecho, alto, con columnatas y una cocha dorada

INTERVALO EN UNA VIDA

NOVELA

Por Carmen CONDE

que lo prestigiaba inocentemente.

—Ahora cenará usted aquí, si quiere; o en el comedor: donde prefiera. He dicho que le prepararán una sopa de pescado, unos sesos con bechamel, jamón, queso y dulces; también tomará usted leche si lo desea; desde luego, fruta; teremos muy ricas naranjas de Orihuela—como ya estaba arreglado el lecho (las mantas, azules, eran espléndidas, y la lencería, pulquérima), doña Isabel se acercó a su silenciosa pupila—. Señorita—dijo con ternura—, ¿se siente enferma?

Amelia sonrió, levantándose:

—No, no—la tranquilizó.

—Está usted tan callada...

—Querida señora, se lo advierto para siempre: ese es mi gran defecto, ser callada; y es que encuentro mucho gusto en el silencio.

—Tendrá usted todo el que necesite.

—No le sabrá mal, ¿verdad?

—Usted ha venido a vivir en paz y a no pensar en nosotros. Que mi casa sea la suya y que conmigo le pueda ser grata es cuanto deseo.

Ya llegaba la doncella con una bandeja que depositó en la mesa preparada para recibirla. Amelia fué servida pulcramente mientras iba y venía doña Isabel, situando maletas y maletines cerca de armarios y de arcones.

—Nosotros conservamos la casa como la tuvieron mis abuelos. Algunas novedades trajimos, las indispensables. Al lado de esta alcoba tiene usted el cuarto de baño con agua caliente todo el día. La puerta que hay junto a la ventana es de otra alcoba que no habitamos, más chica que está. Le he dispuesto dos armarios para sus ropas y calzado.

—¿No hay ninguna estantería para libros?—indagó Amelia ante el asombro de doña Isabel.

—Pues... no lo pensé. ¿La necesita?—la joven asentía, sonriendo—. Mañana mi mo la tendrá. Y mesa para escribir, también; me parece que va a necesitarla.

—Gracias, doña Isabel; sí, voy a necesitar estantería y mesa—aseguró Amelia antes de ponerse a beber un vaso de leche tibia. Mientras lo hacía, señora y doncella daban por terminada su instalación en lo que a ellas se refería—. Por favor, mañana y todos los días, el desayuno a las nueve—dijo, alargando cordialmente su mano a doña Isabel.

—De acuerdo. Aquí están los timbres: el de abajo, para el servicio; el de arriba, para nuestro dormitorio, por si algo se le ofreciera de nosotros durante la noche. Que descanse usted, Amelia.

—Muchas gracias, señora. Hasta mañana.

Se cerró la puerta y los pasos se alejaron apagándose pronto. Amelia suspiró aliviada y miró despacio aquel continente de su nueva existencia. Era una hermosa estancia con dos grandes ventanas a la noche; un lecho antiguo, dos guardarropas de caoba, una mesa-camilla con telas vistosas que en-

cubrían un fuego albergado en hondo brasero de cobre labrado. Entre las ventanas se alzaba un arcon del siglo XVII y en las paredes lucían tres viejos espejos ovalados, con la musgosa vegetación del tiempo dentro de sus cristales. En una espesa alfombra se levantaba el lecho, y sobre otra, la mesacamilla. Los sillones eran de cuero, cómodos y con ancho lugar entre sus brazos. Un reloj con muy remota fecha de nacimiento movía su péndulo dorado sin correr y sin apresurarse. Eran las diez y cuarto de la noche. Abrió la joven una maleta, la de su ropa interior, para ir acomodando el contenido en uno de los armarios. De los dos salía un grato perfume de hierbas finas. Dejó sobre el lecho un largo camión de finísima seda blanca, pero comprendió que no iba a ser posible usarlo todavía y lo substituyó por un pijama de dulce franja rayada por hebras azules entre la trama gris pálido. Zapatillas mullidas, una bata de gruesa lana color crema... En el aire se movían, con las cosas, sus perfumes; un conjunto de suaves perfumes extraños que no simpatizaban con la austeridad del ambiente. Y Amelia supo en seguida que «allí» no sería posible perfumarse «así». Sonrió y prestó su atención al exterior: después del viento, caía torrencial la lluvia; caía en un silencio inmenso, como nunca lo sintiera en su vida. Se desnudó cerca del brasero, y ya dentro del lecho apagó la luz del techo para abrir la de una diminuta lamparita que se ofrecía en una mesilla próxima. Cerró los ojos para rezar. Llovía a cataratas. Su pensamiento quiso reunir otros, enterarse de la llegada, de la instalación...; no fué posible. El libro que se había preparado no acertaron a abrirlo sus manos. Resbaló sobre el embozo cuando la cabeza resbalaba dulcemente sobre los almohadones. Cesó la lluvia de súbito; se reanudó el viento. Por las cumbres rodaba con furia inimaginable, cayendo luego sobre las casas, que humildemente lo acataban. Como aletazos, sin concierto, se oyeron tres o cinco campanadas majestuosas. Serían la once. El viento, la lluvia, no dieron paso a todas hasta completarlas. Empezó con sueños muy hermosos la primera noche de Amelia en El Escorial.

PRIMER DIA

Despertar en un lecho distinto, en un lugar lejano, bajo otra luz...; ¿no es seguir soñando? Muy débil luz atraviesa las rendijillas de las ventanas, y las cosas van apareciendo para el día bañadas y de quieta fragancia. Por una ventana que se abrió con ansia entró la pálida hermosura de la mañana fría. Una gran niebla envolvió el mundo después de los cristales. Amelia se volvió a su cama, levemente estremecida, y esperó que la luz saliera de

su corteza. ¡Qué sorpresa, entonces, la del Monasterio! Cefido de bruma iba liberándose suavemente; lucían ahora sus torres—sólo tres se veían desde aquí—, el Cimborrio y la gran fachada del Patio de los Reyes. Cuando empezó la luz a ponerse caliente, también las figuras de los Reyes sobresalieron del edificio. Un silencio infinito, tan grande como sólo puede apreciarse viniendo de la ciudad, dejábase cortar y anudar por los pájaros. El viento no hablaba, enmudeció la lluvia y el pueblo yacía apaciguado y dulce, de ensueño... El viejo reloj señalaba mucho menos de las ocho horas solares y Amelia pasó un brazo por debajo de su cabeza, dándose a pensar. ¿Qué entronque hallaba la realidad circulatoria con su mundo interior? El Escorial se perdía en lo imposible; jamás fué admitido como probable en su vida. Muy lejos, en la infancia, El Escorial se ofrecía en una de las láminas de su «Geografía física y política de España» la de «Paluzie». En su portada iluminada, dos niños estudiaban en forzadas posturas—uno, sentado, con un gran atlas abierto sobre las rodillas; el otro, de pie, ante una gran esfera del mundo levantada por metálico trípode—para ejemplo de los estudiosos. Eran dos terribles niños peinaditos a raya, con pantaloncitos hasta las rodillas y muy atildado continente. Al final del libro venían unas páginas de monumentos, y entre ellas la de «la octava maravilla del mundo»... Y he aquí que en un inesperado diciembre de este mundo, Amelia ingresaba en el ámbito de esa maravilla universal. Sonaron campanas, las más solemnes oídas nunca; y llamaron a la puerta. La doncella, con el desayuno puntual. Las dos ventanas fueron abiertas, descorridas las finas telas que las velaban. No hacía frío, aunque volvería a llover, aseguró la recién llegada. Y dispuso sobre la mesa-camilla un lirido mantel de hilo bordado en colores, mantequilla fresca, café con leche, bollos... El silencio apenas si se turbó con el blando caer del agua caliente en el baño. En la casa se cuidaba el confort de no soportar ruidos, y las cosas se sucedían con acompañada armonía. Amelia señaló una maleta para contestar a la muda interrogación de la doncella, y ésta extrajo de allí un blanco albornoz, las sales, la colonia, los guantes de fricción...

—Si la señorita me necesita...

La señorita dijo que no, sonriendo. Entonces, la doncella se alejó con sus enseres, suave, rápida, dejando a Amelia complacida de su ligereza y a irto. El baño estaba instalado con lujo; dentro de la habitación de rectos muros se agrupaban los mas modernos instrumentos de la higiene moderna; mosaicos azules hasta la altura de la cabeza recubrían las paredes, y de casa inglesa de sólido prestigio industrial eran bañera, lavabo, espejos...



Cuando se empujó para abrir la ducha, recorrió el visillo de una ventana que tenía cerca: el Monasterio, ya con sol, seguía dominando su horizonte. ¡Qué alegría tan pura la del agua sobre el cuerpo, que la agradecía! El tibio olor del agua perfumada, el frotar del guante sobre la piel, la colonia de azahar, las grandes toallas blanquísimas..., todo invitaba al movimiento, a la canción. Los pensamientos huían, dejando su sitio al inefable mundo de las sensaciones.

Escoger un traje cuando no se conoce el sitio donde se ha de llevar, es difícil. Amelia se decidió por lo neutro: una falda azul marino, chaqueta gris de lana sobre jersey azul; calzado bajo, deportivo. Los cabellos, rubios y ondulados, se los dejó libres para el aire. Dudó entre acomodar sus cosas en los armarios o confiarlas a la diligencia comprobada de la doncella. Sólo cerró el maletín donde guardaba sus papeles más queridos, y se dispuso a salir. No encontró a nadie en la casa, avanzando hacia la calle, que pisó con emoción. No faltaba nada: el suelo empedrado, una gran carreta de bueyes oscuros, mujerucas que caminaban envueltas en sus mantones. La calle estaba llena de árboles desnudos, en cuesta. Doblando su esquina primera se veía, a la derecha, una pequeña casita que ostentaba una lápida con inscripción: «Aquí escribió D. Pedro Antonio de Alarcón su obra «El escándalo»... La calle donde esta casita que miraba a las escaleras de San Pedro se levantaba se llama de Alarcón, y es muy linda, con musgo, subiendo toda pina hacia el arroyo...

Poco más allá, la calle de Floridablanca; atravesar un arco y, cuesta abajo, el hallazgo de sin par hermosura: una de las Lonjas del Monasterio, la de Palacio.

Amelia se conmovió entera. Todo lo que, sin confesárselo, llevamos de Historia, de raza, dentro, se le subió a la garganta. Hasta los ojos le llegó. Miró a la izquierda: un paseo de árboles sin hojas se alejaba puebla bajo; a la derecha, el ángulo con la Lonja del Monasterio, los montes llenos de nieve y de pinos, el cielo de un gris severo. Frente a ella, la fábrica indestructible, hecha de pasión y de fuerza. Cuando entró a ella, voces hondas le fueron diciendo lo que todos oyen al llegar allí.



Pero, ¿acaso era discreto lanzarse al conocimiento de la fortaleza apenas visto el país donde se alzó? Primero, vagar en torno suyo; conocerla por fuera; ir y venir por el pueblo, oírlo, vivirlo. ¡No había prisa! ¿Para qué beber de un golpe? Es mejor ir aclimatando el alma, desenvolverla en serena contemplación...

Un patio, un largo corredor, otro patio asfixiante, lleno de musgo, otro corredor... La iglesia. El patio de los Reyes. ¡Pequeña arquitectura humana al pie de las colosales proporciones de este mundo! Los pasos sonaban claros, aunque tan turbada iba quien los daba. Salida a la otra Lonja. ¡Hay algo más puro, más hermoso, más ambicioso de eternidad, más eterno que esto? Dan ganas de gritar: ¡Gracias, Señor!, y sentarse a rezar en este inmenso banco de piedra que corre a lo largo de las Lonjas. La portada del patio de los Reyes tiene tal solemnidad, gravedad, perfección apasionada, que es imposible verla sin sonreír al recuerdo de los dichos extranjeros: «Un edificio inhumano», afirma Thomas Mann en su «Montaña mágica», y sombrío, desierto es el lugar, rodeado de rocas salvajes», dice Bruno Frank en su biografía de Cervantes. Hay que ser muy español para sentir, lo que se llama sentir en todas sus dimensiones, El Escorial.

Amelia era del mar; sin historia, porque los mediterráneos la llevan tan honda y ahondada que apenas se la notan gravitar en su conciencia. El encuentro con Castilla, esta áspera y salvaje del Monasterio inhumano, le produjo un grave trastorno espiritual.

Anduvo por la Lonja, bajó las escalerillas y se halló frente al pasadizo de piedra que une al Monasterio con la Universidad agustina. Los arcos de este puente son preciosos. A través de ellos, más árboles y el cielo. Debajo, a la izquierda, está la puertecita que da acceso al jardín de los Frailes.

Cuando Amelia, palpitante de historia viva, entró en él, hubo de buscar un banco, de la misma noble piedra que es todo, para sentarse. El ala del edificio sembrado de ventanitas, con su torre puntiaguda al fondo, en la que se refleja el estanque que, abajo, en la huerta de los Frailes, brilla como una nube al recibirla con nítida complacencia. ¡Qué ansia de mar la que nos invade al llegar al ángulo del jardín y mirar la llanura delante de nosotros! Verdes oscuros, montes de la derecha, el Guadarrama nevado a la izquierda, y al fondo, redonda, la llanura que levanta a Madrid con luces rosadas y angelicas en los ponientes...

Oía fuertemente el boj, las mojadas avenidas dejaban escapar su perfume seguro; unas cabezas de frailes asomaban a veces su pálida lumbre a las ventanas. Se oía leve música sagrada. Fray Luis, Salinas... El grupo escultórico de esta torre, el cimborrio, otra torre al fondo, los remates arquitectónicos de bolas y prismas afilados... Muy cerca bramaban toros, mugían las vacas, quizá de parto, en medio de los prados. Eran oscuras, nobles como dinastías, las escaleras que daban subida al estanque, recordando —puede ser que por calidades— cuadros de un Velázquez con exteriores de árboles y de piedras...

La lluvia se acercaba despacito. Y, de pronto, una brisa que oía a mar se echó sobre el jardín, revolvió los cabellos de Amelia. Se evaporaron los montes, huyó la sierra; como aves se fueron cimborrio y torres. Los toros bramaron al galope, y un aleteo de lluvia barrió el espacio.

Otros visitantes, que Amelia no advirtió hasta entonces, se refugiaron con ella bajo los corredores de la Galería de Convalecientes. Cerrar los ojos, oír llover con furia, aspirar la violencia del aire, ¿no es seguir soñando cuando se acaba de llegar a este pueblo donde España canta su viril afirmación de ansias de Dios?

—¿Se ha mojado usted?

—Me refugió en el jardín de los Frailes.

Doña Isabel la miraba con simpatía; sin duda, realizaba un esfuerzo para no acosarla a preguntas.

—Me encantaría que comiera usted con nosotros, por ser su primer día en casa. ¿Le perturba?

—No; tendré mucho gusto, por ser el primer día —sonrió, dulcificando—. Voy a cambiar mis ropas, permítame.

—Sí, sí. Hasta las dos no almorzaremos.

Estaba el cuarto de la joven primorosamente dispuesto. Una estantería larga, con todos sus libros ya colocados, y un secreter muy antiguo, con herrajes de plata; dentro, en un ángulo, un tintero de cristal de roca con tapón de rosca, de plata también. Sentada ante el mueble, Amelia veía el Monasterio arbolado de nubes plomizas. En el secre-



ter había un velón dispuesto para electricidad, y en la mesa velaban unos claveles dentro de viejo jarro talaverano. Las maletas desaparecieron. En el tocador, los frascos de colonia, cepillos, peines y cuanto es imprescindible para vivir limpio, se ordenaban... Los vestidos y lencería, en sus armarios y departamentos. En la plena luz de que se gozaba ahora, una tabla de sombría pintura se destacaba frente al lecho. Súbitamente todo aquello, pueblo, monumento, casa, ella misma, parecían mentira. El ajeteo, el desasosiego que durante años consumían su vida, irrumpían allí. Pero la gran voluntad de olvidar, de cerrarse a cuanto no fuera el presente, pudo volver a la sombra la despiadada arremetida.

—El almuerzo, señorita Amelia.
Por la escalera encerrada en su misma piedra, descendió ágil.

Un hermoso comedor con flores, una mesa de rico atavío y exquisitos manjares, un grave y simpático señor anciano, esperaban.

—Es mi esposo, Amelia. Y la más espléndida visión del paisaje que podría lograrse en toda la casa. Es que desde aquí se ve mejor el Monasterio.

—Efectivamente.

Almuerzo, viejos huéspedes, la paz, la guerra...

¿Era una casa de pueblo; eran unos seres que le alquilaban a ella, por influencias amistosas, una habitación donde reunir todo lo disperso de su alma? ¿De dónde salía aquel aire tan fino, tan señorial, del conjunto? Madrid, próximo, sí; pero, ¿qué es lo próximo entre pueblos que distan cincuenta kilómetros de la capital?

—Cuánto nos complacería que El Escorial le devolviera el equilibrio de sus fuerzas: la miraban a los ojos entornados—. De todos modos, este lugar es muy duro.

—¡Oh, Carlos!

—Sí, muy duro. Es difícil la aclimatación, sobre todo en invierno. Hacen falta muchas cosas para vivir aquí —y al ver el gesto de la joven sonriente, sereno—. Cosas de dentro, ¿sabe? No todos pueden resistirlo.

—Amelia se trajo sus libros.

—Está muy bien. Si no, yo se los habría dejado.

El café, un cigarrillo que ofreció el propio caballero...

—La tarde quedó hermosa. Se puede pasear.

Y luego, una cosa tras otra, hasta volver al aire fino, buido, de El Escorial.

PALOMA: EVOCACION

Los días pasan sumando eternidad imprevista: «¿Cuántos días ya?» O son un mismo día inacabable, espantoso... «¿Todavía?»

—Acerca del tiempo, no va quedando mucho por decir. Pero se siente siempre, como si fuera nuevo, lo raro de su fluir, ya precipitado, ya lento, asfixiante. Los primeros días fueron para Amelia —paradójicamente— deliciosamente largos. Unos días de tempestad, de nieve, de ventisca... Todo ocurría fuera de ella, en otro país. Desde sus ojos, las ventanas que abría al horizonte, se veían los bellos fenómenos meteorológicos, mientras en a estancia amansada del pecho ardía una gran guerra que preservaba del frío.

—¡Cuánto lee usted, Amelia! —a mi marido también le gusta. Yo me canso pronto. Prefiero la labor, que permite charlar.

—Claro, claro...

Sí. Estas extravagancias del tiempo son muy frecuentes.

¿Cuántos años vivía ella en El Escorial? Respiraba bien, estaga ágil, no recordaba lo angustiosamente inolvidable... Igual que si ocho días del calendario fueran ocho días del Génesis.

—¿Y son novelas todos sus libros?

—Véalos usted, doña Isabel; véalos.

—Italianos, franceses, ingleses... Este lo tiene mi hija.

—¿Cuál? —y, con sorpresa—: ¿Tiene usted una hija?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No. ¿Está ausente?

—En Viena.

—¿Vive allí?

—Accidentalmente.

Las preguntas, ahora, partían de la joven, y la señora tenía una gran melancolía en los ojos claros...

—¿Vendrá?

—No lo sabemos.

—Amelia se levantó para mirar el libro que temblante tenía la hija de la señora.

—¿Lo ha leído usted?

—No; ella me advirtió de que es muy triste.

—¿Quiere otro más sereno?

—No. Es mejor que cosa. ¿Para qué voy a llenarme, a mis años, la cabeza de fantasías?

El tiempo se presentó: las seis y media.

—¿Por qué no merienda usted conmigo, Amelia?

Había algo secreto, angustia quizá, en la señora. Lo suplicaba.

—Con mucho gusto.

—No tema usted una intromisión en sus costumbres. No acepte si ello le perturba —sonrió, excusándose—. ¡De pronto, me he sentido triste sin mi hija!...

—Se ha adelantado usted a una invitación mía. Quería pedirle que no me dejara sola esta tarde —y oprimió el timbre para que subieran el té.

Esas otras cosas, incomprensibles como el tiempo, que caen sobre las almas de pronto, vinieron a poblar la estancia. La mesa, con su mantel amarillo, sus tazas de porcelana transparente, el té «a la española» —áspero de tan cargado—, los dulces, todo perdió su actualidad. Eran verdad, seres y cosas, cuando se reflejaban en los espejos. Se hacía difícil mirarlos de frente y era oportuno oírles hablar, desde un ángulo.

—Mi hija es mayor que usted. Se llama Paloma.

Las madres tienen momentos de irrefrenable expansión. Inútil conversar con ellas; hay que dejarlas monologar. Para sacar fruto de su voz, hay que abismarse y procurar imaginar lo que dicen... Procurar «ver» lo que cuentan.

—Paloma se puso a viajar hace quince años. Aun no ha parado. Viene con frecuencia o tarda meses y más meses. No sabemos qué la lleva y la trae. Conoce Europa y América, ha estado en todas partes y de todas trae un perfume. No cuenta mucho, es poco charladora. Pero se le notan las distancias en seguida. Por su aire yo sé, al verla, el tiempo que va a resistir aquí. Algunas veces no la he podido casi abrazar, porque se ha vuelto a ir en el tren de la noche.

Suave se levantaba el humo del tabaco rubio. Los espejos ponían cuellos de encaje a las cabezas finas; acaso resucitaban otras...

—Paloma es pequeña, delgada y muy viva. No es bella, y atrae mucho más que si lo fuera. Subyuga. Su voz es espesa, caliente. Todo esto no lo he descubierto yo, me lo han ido diciendo los demás. Yo la quiero con locura, y la deseaba cerca. No es posible. Ella se ahoga en este pueblo. Fíjese qué saltos da: Viena, Florencia, Estambul.

—¿Sola?

—No lo sé.

Amelia sentía piedad de la madre, y le habló con dulzura infinita:

—Yo también tengo madre. Mi madre vive en un pueblecito mediterráneo, y tampoco sabe nunca lo que hago yo. Y si lo sabe, no comprende qué me lleva a hacerlo. Esto es fatal. Las madres están predestinadas a no tener junto a sí a sus hijas... Debe ser su motivo la época. Una se levanta un día, besa a su madre y sale... ¿Dónde vas, hija? La hija no puede contestar a veces. Se va. Desde lejos, la ve que llora, que sufre. ¿Cómo incorporárnosla? Una madre es un hogar, una hoguera que aguarda... ¡Si pudiera acompañarnos! Esto no es fácil entre nosotros. Las madres españolas tienen raíces inarrancables. Es lo mejor, así lo creo, porque no de otro modo se crean los hijos. Los hijos somos el oleaje, y ellas el faro incansable. En el Mediterráneo, ella me alumbró, yo la veo en sueños todas las noches. Tardaremos en vernos; es forzoso. Yo pido a Dios por su luz.

—Así debe ser en el alma de Paloma, aunque nunca me lo dijera... Cuando hablo con su padre, le pregunto: «¿Qué haríamos para lograr su confianza, para saber qué hay dentro de nuestra hija?» Y él suspira descorazonado: «No te atormentes, Isabel. Cuando a las mujeres se les mete en la cabeza ser discretas, inútilmente se les acusa para que hablen. Démosle lo que nos pida y que sea feliz, si lo es, como quiera serlo. Querámosla, porque es nuestra.» Ella viene, se va... Como el viento, pero sin ruido.

—¿Cuándo vendrá?

—¡Si fuera pronto! ¿Le gustaría conocerla?

Amelia se sobresaltó. En su pecho latió con prisa el deseo de ver a Paloma.

—Mucho —confesó.

Doña Isabel sonreía:

—Una de sus llegadas fué muy alegre; venía emprendedora y nos transformó la casa. Todos los adelantos los instaló ella. ¡Parecía que iba a quedarse aquí para siempre! Tiene usted que ver sus habitaciones. El cuarto de baño azul, las ventanas rasgadas, las cortinillas, todo cobró su sentido. Lo había ordenado Paloma. Mandó obreros que arreglasen el edificio a su gusto. Edificó terrazas, puso en una un pequeño jardín delicioso... «¿Se quedará aquí», anhelábamos. Vinieron libros de Madrid, del extranjero. Compró un coche, un caballo, un perro... «¡Se queda, se queda aquí!»

—Y...

—Pues que se fué de repente, y nos lo dejó todo.

—¿El perro...?

—El perro, el caballo, el automóvil. ¡Todo!

—¿Viven?

—Viven —y súbitamente, generosa—. Usted p e

de usar de ellos; están solos y tristes. Deles su cariño.

Entró aquello en Amelia, alegrándola.

—Gracias. Ya me los enseñará usted después de las prometidas habitaciones...

—Venga conmigo.

Antes, tácitamente, fueron a las ventanas. El mundo era de silenciosa nieve profusa.

—¡Nieve otra vez!

—¡Qué hermosa!

En el más absoluto de los silencios caía la más blanca de las nieves. El Monasterio estaba sosteniendo una capa creciente, espesísima. Los árboles, desnudos de hojas, aparecían redondeados de nieve apasionada por sus ramas; el pueblo, envuelto en pureza sin fin, se alejaba hasta perder sus contornos y ser todo una redonda nube blanca. Los pinares, los estanques, las calles, los prados... Se veía la menudísima e inagotable caída de los copos. Se veía el aire finísimo que rodeaba el llamado universo. ¡Qué lejos estaba todo: el mar, Viena, lo que no era Viena ni el mar y sin embargo era tan grande cual el mundo!

—Venga usted conmigo.

Eran tres habitaciones frente a la llanura. Desde un balcón sólo se cogía un escorzo del Monasterio. Tres habitaciones casi austeras: alcoba, gabinete y biblioteca. Luego, dos más pequeñas: cuarto de baño y vestidor. Dos de las grandes se abrían a una terraza que ahora sostenía un metro de nieve. Comodidad, buen gusto, lujo sobrio y muchísimos libros.

Sentáronse las visitantes en un sofá de inmensas proporciones. Frente a ellas había un piano.

—Paloma es música.

—¿Buena?

—Indisciplinada.

Cuadros luminosos decoraban los muros: de Pedro Flores, de Bonafé, de Palencia, de Angeles Santos, de Juan Cabanas, y frágiles acuarelas, dibujos espiritualizado de Eduardo Vicente... Tallas policromas, piedras talladas, telas de lejanos talleres, cerámica valiosa y heterogénea...

—Paloma trae siempre cosas de todos sitios.

Colecciones de libros magníficos, de libros viejos y nuevos en casi todos los idiomas europeos. Encima del piano, en un marco ovalado antiguo, un retrato al óleo, de muchacha: rostro fino, ojos redonditos, sonrisa diluida.

—Es Paloma hace cinco años.

Y Amelia se asustó porque le pareció reconocerla. ¿Dónde la había visto? Subía lento, diluido como la sonrisa, un vago recuerdo...

—¿Paloma hace cinco años? Yo conozco a su hija. La he visto.

—¿Sí? ¡Dígame dónde! ¿Cómo fué?

—Espere un momento... —pero se desalentó—. No, ya no lo sé. ¿Será que la he soñado? No sé dónde vi a Paloma, ¡pero sí que la he visto! ¿Es que la habré soñado ya?

No había respuesta. No había luz.

EN LA MEMORIA DE AMELIA: UN PIANO

«Me gustan con locura el agua, las flores y la música» —esto se lo oyó decir Amelia a su madre cientos de veces—. «Si estoy triste y veo correr el agua, me pongo buena; y si oigo música o huelo flores, me pasa lo mismo!» ¿Será igual ahora? La



vida de la señora transcurre muy singular. Está adscrita a un piano. Es un noble piano negro, en cuya historia se mezclan el amor con el dolor y el trabajo; pocas veces, aunque algunas, el «porque sí» ha andado en sus cuerdas; entonces la música brotaba por ella misma en la soledad de la soledad de la casa y bajo la pasión de María. María es una mujer alta y silenciosa; cuando era muchacha, se llevaba la mano al corazón siempre que oía versos: como aquella «María» que Juan Ramón Jiménez decía «que se llevaba la mano al corazón después de estrechar la suya...».

El piano ocupa el testero izquierdo de una salita con balcón a la calle; sólo de uno dispone la casa. Sobre el piano hay un espejo rectangular. Unas sillas de formas redondas, tapizadas, más otros dos sillones isabelinos, componen la dotación de la estancia; también están un musiquero y dos sillas altas y antiguas. Del techo pende una lámpara de cristal, clásica. Hay algunos retratos repartidos por los muros. Y macetas en el único balcón.

Por el estrecho pasillo que llega de la puerta del piso vienen a dar su clase las alumnas.

—Buenas tardes, doña María.

—¡Hola, pequeña! ¿Qué tal tras ese Czerny?

—¡Lo que no me sé es el estudio que usted me puso!

—Pero, criatura... Bueno; lo tocaremos juntas.

Y un tableteo consecuente da comienzo. La profesora se ha sentado en el sillón que está junto al piano.

—¡Mi, mi, sol, fa, mi... Mi, si, la, sol, sol...!

—¡No me sale!

—Paciencia. Vuelve a empezar —y la mano derecha de doña María va marcando las notas en el aire—. ¿Ves, tonta? ¡Si es muy sencillo!

Esta alumna se ha ido. Queda un momento de silencio en la casa, que aprovecha la pianista para avanzar por el estrecho pasillo y buscar en el comedor a su compañera de presentes luchas, a la madre de Amelia. La encuentra escribiendo en la mesa del comedor, con las gafas puestas y muchas lágrimas debajo de los cristales.

—¡Ya está usted llorando? Pero, Señor, ¡qué mujer ésta!

—No, si no lloro —y se limpia los ojos con cuidado—. Es que le estoy escribiendo; ya sabes cuánto me impresiona hacerlo.

—Claro que lo sé; ¿no voy a saberlo? Bueno; vamos a merendar antes de que vengan más niñas.

Y en unos minutos se preparan café con leche y se lo beben a sorbos. Al comedor se abren tres puertas además de la del pasillo, que viene a la salita. Una es la de la cocina, con ventana a un patio de luces; otra es de un diminuto patio; la otra es de una alcobita con alta ventanilla, una cama, un lavabo, un arca y dos sillas. Es aquí donde duerme doña Paz; mejor dicho, donde se acuesta, porque dormir no duerme nunca. Se pasa las noches pensando en su hija, en el pasado próximo, en el porvenir distante... Cuando abre el día, ella suele adormecerse un rato. Eso es todo.

Llaman a la puerta y la profesora abre. Se oye su voz cariñosa saludar a la discípula.

—Te has retrasado, Teresita.

—Verá usted, es que...

Ahora suena muy dulce el piano.

Así, Repítelo.

—Mi, fa, re, do, si - la, sol. ¡Fa, sol, fa, mi, re, do - do, sol...!

Teresita rie:

—¡Pobre Chopin! Le pongo yo mucho más triste.

—¡Bah! No digas bobadas. Cada día lo haces mejor.

Se insinúa el atardecer. Acabando esta chica su lección, dan las seis. Por el comedor se oyen pasos, prenden una luz... Es doña Paz, que ha terminado su carta y se dispone a coser. Al comedor llegan ahora sonidos apagados, dulcísimos, que después se apasionan, de una música inefable. La puerta del piso se cerró hace unos minutos. Doña María está sola en el gabinete.

—¿Qué tocas, María? —pregunta, en voz alta, la señora.

—Una cosa que le gusta mucho a Amelia.

—Pero, ¿cómo se llama?

—«La muerte de Isolda».

—¡Qué hermosa es!

La casa resuena como una pequeña caracola de la cual rebosara el mar. Doña Paz cose y escucha; las gafas se le han ido resbalando hasta alcanzarle la punta de la nariz. Poco a poco, se abisma en la música y empieza a recordar cosas muy antiguas. Ella tenía catorce años —esto era en 1893— y un



novio de dieciocho que se llamaba Eduardo. El cantaba muy bien, era un joven alegre y presumido, con el pelo castaño rizado, buena figura no muy alta; vivían al lado uno del otro, y desde su casa la muchacha oía ruborizada las coplas de su novio.

«Desde mi casa a la tuya,
morena, no hay más que un paso.
Desde la tuya a la mía,
¡qué caminito tan largo!»

Un año después se casaron. Un disparate. Eduardo era huérfano desde los trece años y vivía con una hermana llena de hijos y de preocupaciones. El se fué a vivir en casa de Paz, que sólo tenía dos hermanos mayores y casados. ¡Pasaron tartas cosas! Paz se quedó huérfana también, y la herencia de sus padres pasó por tales vicisitudes que a ella apenas si le llegaron unos malos recuerdos... Eduardo fué soldado. Quizá Gabriel Miró estuviera interno ya en Orihuela y fuera uno de los colegiales que paseaban por el pueblo, los días de fiesta, su nostalgia del mar. En Orihuela, Eduardo y Paz vieron morir a su primera hija a los diez meses de nacer. Doña Paz ha relatado a su hija Amelia en que circunstancias y en qué tremenda soledad había dado a luz a la niñita aquella. Volvieron a la

ciudad natal. Pasaron los años. Diez. Nació, en la noche del día de la Virgen de Agosto, Amelia. Paz tenía veintiocho años, y Eduardo, treinta y tres. Era la felicidad, la abundancia por entonces. Tenían coches, criados, negocios, y muchas ilusiones el hombre. Los siete primeros años de su vida los ha cantado Amelia en unos libros de «Poemas». Los que siguieron los está contando en cuartillas que todavía no ha leído nadie. Doña Paz recuerda con horror la primera juventud de su hija: trabajo, fatiga, mala alimentación, pero... Aquí, detiene su aguja. No suena ya el piano. No hay luz en la salita de estudio...

—¡María! ¿Qué haces a oscuras?

—Estaba pensando en Amelia.

—Y yo. Vente conmigo.

La profesora acude. Es una mujer silenciosa, suave, con el cabello casi blanco y los ojos, aunque muy cansados, bellos. Se sienta apoyándose en la mesa, y doña Paz, amorosamente, sigue el hilo de sus pensamientos. Su voz conserva la monotonía de las repeticiones sin descanso... ¡Lo que ahora dice lo ha dicho mil veces y lo dirá otras mil!

—¿Te acuerdas de cuando estudiaba mi hija? No sé si cómo podía hacerlo, la verdad. Trabajaba en su oficina de nueve menos cuarto a doce de la mañana; y de dos a seis de la tarde. A esa hora se iba a dar clase, y volvía a casa a las nueve. Después de cenar estudiaba, y muchas noches trabajaba en cosas particulares, que le pagaban muy mal hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Además escribía cuentos para «La Esfera», «Nuevo Mundo», «Transformaciones», «El Imparcial»... Traducía del francés algunos libros, daba alguna que otra clase a chicos o a chicas que eran pobres para pagarse profesores... ¿Cómo podría?

—Por eso se puso enferma.

—Sí, pero enferma y todo seguía trabajando! Recibía documentos del Archivo de Indias y los ponía en castellano actual. Hacía índices de nombres, de lugares, para mamotretos de Historia de América, por cuenta de un diplomático cubano que a ella se consagraba; hacía resúmenes de capítulos. Por esa labor tan... sosa, le enviaban unas cien pesetas al mes. Entonces era bastante, no te creas.

—De acuerdo. Y también por entonces era cuando la pensión que le pagaban en el Ayuntamiento para que estudiara se pudo transformar en un sueldito con la obligación de ir a una escuela como maestro municipal.

—Eso es. La profesora propietaria—ella era auxiliar nada más—se portó muy bien entonces: la eximia de ir a diario, porque sabía que tenía fiebre a toda hora. Gastamos en su enfermedad más de lo que ganaban entre su padre y ella!

—Y cuando ya vivían su primera época tranquila, se murió Eduardo.

—Y enfermó mi hijo. ¡Qué montañas de ilusiones se vinieron abajo! Era ya en 1936.

—Sobrevino la guerra...

—Y desde entonces, casi no he vuelto a tener conmigo a mi hija. ¡Cuánto tiempo! ¿Sabes que por haber nacido yo a la una del día, que es una hora tan solitaria tengo destino de soledad?

—¡Qué idea! Tenga fe y espere. Todo se resolverá.

—Es verdad. Tengo fe y espero.

María se ha levantado. Coge un frutero de cristal de roca y se lo muestra sonriendo:

—¿Se acuerda cuánto le gustaba a su hija?

—A mi hija le gusta todo lo que vale. Es su flaco y su tormento. ¡Lo que hubiera yo dado porque fuera apacible...! Con su hogar, sus hijitos...—y un poquito quejosa, sigue—: Yo, la verdad, no la he comprendido nunca. Aun me duelen los castigos que le di cuando empezó a leer tanto y a escribir. ¿Para qué te pasas la vida con libracos y papelotes? Haz bolillos, cose, borda; tienes que casarte y ser una buena esposa. Se reía, sin hacerme caso. Supo coser, bordar, organizar una casa (cocinar, no; la verdad), todo lo que le ordené. Pero, quería escribiendo cosas que nunca entendí, aunque todos se empeñaban en decir que eran buenas.

—Es que lo eran.

—¿Crees tú...?

—Yo, y todos. Bien lo sabe usted.

Son casi las nueve. María se vuelve a su piano. No vendría nadie ya. Apaga la luz y toca para su propia alma, en la fresca oscuridad... Doña Paz huele flores, oye correr el agua; se detiene en su eterna labor de ganchillo, y suspira. Luego se le-

vanta y se encamina despacio a la salita. Es alta y gruesa; ha sido guapa y bien plantada. Ahora está demasiado triste y apagada; sus ojos no brillan; ya no sonríe con su hermosa boca de dientes espléndidos. A mitad del corredor se para. Ella está un poco sorda y por eso duda... La verdad es que parece que se oye subir vivamente la escalera; unos pasos precipitados, una figura breve pero resuelta se precipita en la sala, interrumpe la música, abraza a las dos nostálgicas mujeres...

—¡Mamá mamá! ¡María, soy yo; María!

La pianista se alza sobresaltada. Doña Paz enciende la luz. Se miran las dos, palidísimas.

—¿Has cido?

—¿Quién era?

Y con una corazonada acorde suspiran a un tiempo.

—¡Si no podía ser...!

—No. Y, sin embargo...

El piano se abre debajo del espejo. En el espejo están juntas las dos cabezas de estas mujeres, y el recuerdo inquieto de la ausente.

BREVE RETORNO A LA CIUDAD

—La gente que se encontraba con Amelia en Madrid hablaba así:

—¿Qué haces, por favor, tanto tiempo allí metida? ¿Qué has encontrado tú en El Escorial, Amelia?

—Creí que no te vería más. Habla, cuéntenos lo que haces

—¿Será posible que te vuelvas allí otra vez?

—¡Hará un frío!

A pleno sol, en el Retiro, caminando entre árboles suntuosos, Amelia oía sonriendo a sus recuperadas amigas.

—¿Por qué no vais a verme?

—Cuando entre el buen tiempo; sí.

—¿Ahora...?

Una de ellas, la mayor, dijo con un estremecimiento:

—He crecido considerándolo tumba, y no comprendo cómo no te has muerto allí.

—Era una educación de época, lo comprendo por mi parte, la que desvirtuaba a El Escorial ante los anteriores a esta generación. Así como, reconociémoslo, hay una desafortada e incluso errónea inflación presente, por iniciativa contradictoria de los contemporáneos.

—Entonces, tú que vives allí; ¿qué es El Escorial?

Amelia se quedó callada. Ella vivía allí; ¿qué era «aquello» que la retenía, que acaso la retendría por más tiempo...? Hizo un gesto de vencida para contestar:

—No puedo definirlo. Vivo allí. Con él.

—Vivir no es lo bastante. La verdad es que pienso, actúas, estás.

—Porque ocurrió algo muy serio: que me encaré con mis potencias; que, sosteniéndome lejos de la acción directa, me enteré de mi propio misterio. Me hallé sobrecargada de cosas que no sospechaba; cerca de ideas y de sentimientos sin entrenar. Esta mujer que hoy se toca en mí, salió de la maleable mujer que vino a herirse contra este aire marmóreo y cribado, erizado y ardiente; de hielo y de brasa con sólo el intervalo de una hora.

—¿Qué compañía tuviste y mantienes allí?

—Amigos: ancianos y jóvenes. Ahora, también una gata.

Las doradas sombras del camino fueron un arco de sombra.

—Ella me quiere, sin humillarse; si la buscara mucho me huiría. La respeto y no se aparta de mí. Es blanda y me reserva su blandura; fiera pero se doma; si la irritara, me destrozaría; como la mimo, me adora a distancia. No altera mi soledad, pero me acompaña. Ya no quiero más. No quiero perderla.

—¿Lees?

—Mucho. Escribo, dibujo, paseo, viajo. Hasta he venido a veros.

Súbitas, tres vidas se abocaron a la suya. Madrid, ciudad pequeña, pero amplia, pesaba sobre las muchachas luchadoras aunque dándoles medios para caminar valientemente. Amelia agradecía el don que le regalaba el Señor de los tristes su feroz aislamiento. Sentir la ambición es noble, hasta que no se logra contener la ambición. Y allí,

la ambiciosidad se nutría de espacios, nunca de volúmenes limitados.

—¿Te volverás hoy?

—Dentro de hora y media, en el tren.

—Iremos a visitarte.

—Sí. Tenemos que conocer tu mundo.

—¡Quiero saludar a tu gata!

Cerca de la Puerta de Alcalá, Amelia sintió el afán de comunicar a sus tres amigas lo que experimentaba en la dilatada abstención de todo lo conocido. Fué un soplo de inflamada inspiración, un gozoso deseo de hacer partícipes a otras almas, de la enorme fiesta de la suya.

—Cuesta trabajo, muchísimo trabajo inconsciente, adaptarse. No hay que meterse en la vida del pueblo que allí existe, tan inferior al continente, si se busca una verdadera curación de la ansiedad precipitada que hasta entonces nos lanzó por el mundo. Hay que resistir con heroísmo de roble, con aridez de roca; hay que sostener el hielo, dejarlo que se funda encima; ofrecer el rostro al viento, a la lluvia y caminar con grandes pasos por el monte. ¡Monte arriba, enloquecida de romero, tomillares, cantuesos; guiada por enormes mariposas oscuras, por aves que cuentan fábulas diminutas y penetrantes! Hace falta tener limpio el corazón, sano, seguro, para no morir. Lo que pasa es que se renace con vida distinta; la sangre vieja se pierde y unas arterias adolescentes levantan primaveras en el cuerpo purificado. Sola, inmensamente sola y mía; sin lazos antiguos, con otros que no puedo ni quiero cortar que no cortaré nunca porque no querré. Al llegar, retrocedí. Ahora avanzo por aquello y por mí.

¿Alguien entiende al que canta? ¡Oh, el tumulto de la voz predestinada a ser oída, en el pecho del que escucha!

Amelia se calló, con ligero rubor de su exaltado éntasis. Tenía frías las manos y la hora que se le congelaba en la muñeca era ya propicia a su regreso.

—Venid a vernos—dijo con apagado entusiasmo. Pensaba en su gata y la sumó a la amistosa invitación.

REGRESO A EL ESCORIAL

Volverse allí, al remansado silencio. Un tren lento, que por serlo era el medio escogido, acercaba el mundo vinculado a la sangre de Amelia con verdadera pasión. Los pensamientos iban perfilando, súbitamente acuciados por el misterioso designio que los gobierna, su proyección del futuro. ¿Iba a permanecer Amelia hasta su muerte en El Escorial? Esto no sería posible; sobraba actividad contenida, juventud sujeta a ritmo voluntario, y un día cualquiera el afán viejo de hacer, de correr, de ir, saltaría! Habría que buscar, suavísimamente, un «ir» que cuando el dique se ahogara, emergiera, por lo menos, un faro. El universo quemaba sus antorchas del mal, y esa piedad tan invocada por siglos, no podría ya nada contra la lividez del llanto... Se confundían líneas y colores en el campo. La gran tierra se expresaba con fragancia de noche clara. Los periódicos que yacían en el asiento junto a Amelia, contaban batallas sin arrogancia: bombardeos, asesinatos en masa, relatos pavorosos de campos de concentración... Y ella, voluntariamente exilada del mundo activo, allí, en la grandiosa piedra invulnerable, sin querer saber más, sin recibir más ecos que los del viento. Por amor, ya no se inquietaría. El amor, muchas veces, deja de contar en el corazón de la mujer, por sobre de capacidad de amar. El amor y el heroísmo requieren, en ciertos seres, grandiosos motivos para expresarse. Reposaría allí, sí. E iría pensando en una posible, firme encauzación de su futura existencia. No se deben hurtar las energías tanto. Por muy hermosa que sea la contemplación, ¿es que no es hermoso darse, íntegramente darse? ¡Hay tales maneras de hacer el don de la vida! La única admisible, después de la convivencia consigo a solas ante la perennidad, era la generosa e inútil: la plena y absolutamente desinteresada. Darse, sin recibir; sin sentido compensatorio. Pero, a un ser, a una cosa, a un fin; a todos, en cada uno; con universalidad de don divino.

Ya en la noche el frío de la sierra la asaltó en



la estación, en el autobús perezoso... Con su simplicidad señorial, las calles solitarias ofrecían un silencioso y mágico secreto. Es raro lo que se siente en El Escorial: por moderno que sea el visitante, por exigente, cuando se aclimata, se encuentra cerca del mundo entero, ligado a la máxima continuidad histórica.

Era bueno seguir, pero ya con la posibilidad de partir—¡quién sabe cuándo!—para terminar los días humanos. Tan breve viaje, tan aferrada el alma a lo elegido, y algo se había desplacitado, sin embargo.

A grandes pasos caminaba. Y ante Amelia, un muchacho nuevo en el pueblo. Pensativo, lento a pesar de que su paso era firme. Subía una cuesta que se acusaba cada vez más sombría. Solos en la noche, como solos en el mundo. Oyéndose andar, uno en pos del otro; sintiéndose, prisioneros y libres acaso, únicos huéspedes de la sombra.

Se detuvo Amelia ante su casa. Anduvo él unos metros más, y luego, involuntariamente, se volvió a ella: no oía sus pasos, quería comprobar que le abandonaban a su propio destino. Parado ante la última vuelta del camino, miró a Amelia que estaba abriendo su puerta sin dejar, por su parte, de contemplarle a él. Era un hombre muy joven y hermoso, con el rostro marchito por tristeza interior y unos grandes ojos desolados...

Cruzáronse las miradas, y él la saludó inclinándose. Reanudó su paso, desapareció a tiempo que ella lo hacía en el gran zaguán vetusto.

Un cielo severo, de insobornables astros, se extendía sobre este silencio y sobre el remoto fragor de Europa.

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

SUELO Y CIVILIZACION

Por Tom DALE y Vernon GILL CARTER

TOPSOIL &
CIVILIZATION

Tom Dale
Vernon Gill Carter



QUALQUIER español que se introduzca hoy por nuestros montes y caminos tropezará frecuentemente con una serie de carteles que le marcan las zonas colocadas bajo la protección del Gobierno para luchar contra la erosión del terreno. Son pocos quizá los que habrán meditado sobre la importancia de esta lucha, en la que no sólo España, sino el mundo entero, se encuentran ahora empeñados intentando poner freno a la colosal obra de devastación llevada a cabo por el hombre civilizado, que ha sido capaz de reducir a la mínima expresión en ocho mil años lo que fué obra de periodos de millones de siglos.

Menospreciado por los historiadores el papel del suelo vegetal en el desarrollo de las civilizaciones, el libro que ocupa nuestra atención, «Topsoil and civilization» destaca la importancia de éste y no vacila en considerarlo incluso como uno de los más importantes factores determinantes de las vidas de los pueblos, hasta el punto de que considera que ninguna civilización puede progresar si su suelo se encuentra agotado o en malas condiciones. La obra en realidad, se trata de algo que podríamos calificar como una concepción «edafológica» de la Historia.

Los autores, naturalmente, no limitan sus estudios al pasado y examinan la cuestión en el momento actual, considerando que la amenaza de la desaparición del suelo es mucho mayor que todos los espectros que sobre la humanidad parecen cernirse con la invención de la bomba atómica, aunque esto goce de mayor favor periodístico.

DALE (Tom) y GILL CARTER (Vernon).— «Topsoil and civilization».— University of Oklahoma, Press. Norman, 1955.

CUANDO la tierra era joven, no había en ella ni vida ni suelo propiamente dicho. Las cosas vivientes surgieron en los mares y en los océanos hace aproximadamente dos mil millones de años, según cálculos generalmente aceptados. Hace un millón setecientos mil años los seres vivos se encontraban reducidos a las aguas de los océanos, mares, lagos y ríos. No existía un suelo como el que vemos hoy.

APARECE EL SUELO

Hasta hace aproximadamente trescientos cincuenta millones de años, los continentes y las islas que se elevaban por encima de la superficie de las aguas estaban cubiertos por rocas desnudas y estériles. Había algunas acumulaciones de materiales arrastrados por las aguas, y en las playas se amontonaban capas de grava, arena y barro. En los climas desérticos el viento formaba poco a poco dunas movedizas. Pero todas estas combinaciones no contenían ninguna materia orgánica ni se apoyaba en ellos la vida. La erosión del agua y del

viento mantenía en la mayoría de los casos a la superficie terrestre totalmente a la intemperie.

Durante el período silúrico, hace aproximadamente 350 millones de años, las plantas y los animales primitivos comenzaron a establecerse sobre la tierra, y éste fué el principio de la formación del suelo, del suelo en el que se apoya la vida. Durante millones y millones de años algunas plantas fueron gradualmente adaptándose a vivir cada vez más fuera de su hogar nativo: el mar. Estas plantas terrestres sacaban su sustento del aire, la luz solar, la lluvia y de las partículas minerales que se les adherían. En primer lugar cubrieron las costas y los valles donde había acumulaciones de arena y de cieno. Después comenzaron a trepar hacia las colinas. Su desarrollo en las laderas de éstas contribuía a formar una masa compacta y compleja sobre ellas. De este modo se retrasaba el proceso erosivo que había mantenido desnudas las superficies terrestres. Poco a poco las colinas se cubrieron con un manto de vegetación y de suelo. Mientras tanto los valles estaban provistos ya de estratos de este último, mucho más denso.

El suelo en sus principios era muy fino, pero se hizo cada vez más espeso de siglo en siglo y de milenio en milenio. Cada planta al morir agregaba sus restos orgánicos a las partículas minerales de la roca. Las bacterias y otras formas simples de vida vegetal comenzaron a aprovechar estas materias orgánicas del suelo recién creado.

Durante este periodo muchas especies de pequeños animales que se alimentaban sobre las plantas siguieron a sus huéspedes tierra adentro. Todos ellos agregaron sus cuerpos al suelo al morir y le enriquecieron. Así comenzó la formación de lo que hoy llamamos suelo vegetal propiamente dicho, es decir, el estrato superior de la tierra rico en materias orgánicas, compuesto esencialmente de minúsculos restos animales y vegetales.

El suelo continuó durante milenios aumentando cada vez más. Como el suelo era cada vez más rico y más profundo, las plantas fueron mayores y más numerosas. Las leyes de «selección natural» obligaron prácticamente a todos los animales y plantas a fomentar el proceso de construcción del suelo. Ninguna especie botánica pudo sobrevivir sobre una ladera si no ayudaba a contrarrestar el intento de erosión. Si alguna especie de planta o animal intentaba destruir el suelo, se destruía a sí misma, ya que aniquilaba su fuente primaria de alimentación.

Durante trescientos cincuenta millones de años el desarrollo del suelo y de la vida basada en él continuó. Es posible que el hombre primitivo apareciera hace un millón de años. Como los animales, fué obligado a adaptarse a su medio ambiente, y hasta que no se civilizó no fué capaz de dominar el ambiente que le rodeaba.

Con el advenimiento del hombre civilizado, hace aproximadamente unos seis millones de años, el proceso de la formación del suelo cambió de signo dondequiera que el ser humano ponía su planta. Sus herramientas superiores y su inteligencia permitió al hombre civilizado domesticar y destruir una gran parte de animales y plantas que les rodeaban. Pero lo más importante de todo fué

que a medida que mejoraban su técnica destruía. Inevitablemente, la productividad del suelo que sostenía la vida. Su inteligencia y su variabilidad le hizo posible, más que cualquier otro animal, alterar las circunstancias que le rodeaban.

UNA INTERPRETACION EDAFOLOGICA DE LA HISTORIA

Algulen ha dado un breve esquema de la Historia afirmando que «el hombre civilizado ha marchado a través de la faz de la tierra y ha convertido en un desierto donde ha puesto su planta». Esto puede parecer una exageración, pero no deja de tener su fundamento. El hombre civilizado ha despojado la mayor parte de las tierras sobre las que ha vivido largo tiempo. Esta es una de las razones por las que su civilización progresiva ha marchado de un lugar a otro y ha sido una de las causas principales de la decadencia de las civilizaciones en las regiones colonizadas durante muchos años. Ha sido un factor dominante en determinar las tendencias de la Historia.

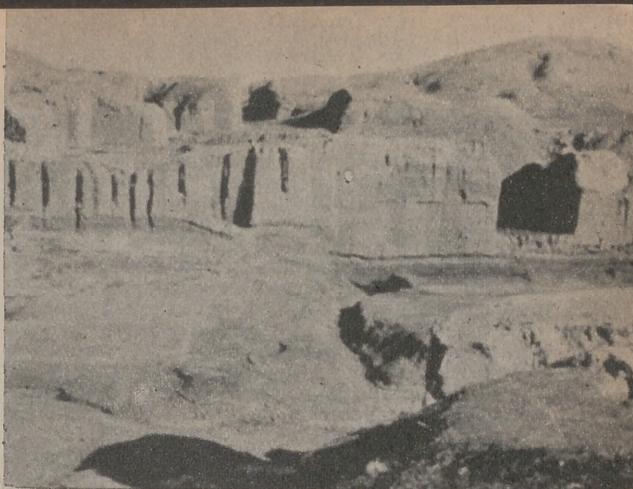
Los historiadores han concedido generalmente muy poca importancia al uso de la tierra. No parece que han reconocido, ni mucho menos, que el destino de la mayor parte de los imperios y civilizaciones está determinado considerablemente por los procedimientos que utilizan en los cultivos de su tierra. Aun admitiendo la influencia del medio ambiente, no registran el hecho de que el hombre habitualmente cambia y devasta lo que le rodea.

Es algo que muchos historiadores han destacado el que la mayor parte de las guerras y muchos movimientos colonizadores han comenzado porque los que lo iniciaban deseaban más tierras. Ahora es ya mucho más raro que estos mismos historiadores destaquen la circunstancia de que los colonizadores o conquistadores habían arruinado antes sus propias tierras de que comenzasen a apoderarse de las de sus vecinos. La mayoría de los que escriben la historia actual reconocen que las naciones que hoy son fuertes y poderosas disponen de abundantes recursos naturales, pero a menudo olvidan que muchas de las naciones actualmente pobres y débiles dispusieron en otros tiempos de gran abundancia de medios. Este descuido les obliga a no señalar el hecho de que los pueblos de la tierra hoy pobres lo son principalmente porque sus antepasados consumieron los recursos naturales sobre los que las actuales generaciones deberían vivir.

Los hechos históricos de los últimos seis mil años muestran que el hombre civilizado, con muy pocas excepciones, no ha sido nunca capaz de continuar una civilización progresiva en cualquier lugar durante más de treinta a sesenta generaciones, es decir, de ochocientos a dos mil años. Hay tres notables excepciones: el valle del Nilo, Mesopotamia y el valle del Indo. Aparte de estas tres cunas de la civilización, el dominio del hombre civilizado sobre su medio ambiente ha durado sólo por muy pocas generaciones. Después de algunas centurias de desarrollo y progreso en un medio ambiente favorable, su civilización decae, perece o se ve obligada a cambiar de terreno. Las civilizaciones declinan en las mismas zonas geográficas que la alimentaron principalmente porque el propio hombre despojó y arruinó las circunstancias que contribuyeron a desarrollar esta civilización.

¿Cómo es posible que el hombre civilizado pueda destruir sus ambientes favorables? Esto ocurre así, antes que nada, porque destruye y devasta sus recursos naturales. Tala o quema la mayor parte de los bosques que le rodea. Consume incansablemente los prados en los que pasta su ganado. Aniquila la mayoría de sus animales silvestres y muchos de los peces que se albergan en las aguas. Permite que la erosión desgare las tierras productoras de sus cosechas. Deja que su suelo vegetal sea surcado por cárcavas. También utiliza y despilfarra los minerales que necesita, y los que no, también. Tras esto su civilización declina entre los despojos de sus propias creaciones, y se ve obligada a buscar nuevas tierras. Ha habido de diez a treinta diferentes civilizaciones que han seguido este camino hacia la ruina; el número depende de quien clasifique las civilizaciones.

Los historiadores, en general, no están de acuerdo sobre las específicas razones por las que una civilización se ha desarrollado y florecido en unas



Los efectos de la muerte del suelo pueden verse en los restos de lo que fue una floreciente ciudad de Mesopotamia

regiones, mientras que en otras no ha logrado salir adelante. No tratamos de sentar cátedra imponiendo nuestro criterio, pero no hay duda alguna de que, independientemente de las fuerzas culturales, una civilización y el goce de la misma exige la existencia de una superproducción que atienda y sobrepase las necesidades elementales de la vida cotidiana.

Hay muchos factores ineludibles que entran en el desarrollo de una civilización y afectan a su progreso. Entre ellos está, sobre todo, uno que, por llamarle de algún modo, podemos calificarle de «voluntad de progreso». Hay ciertos grupos de pueblos que muestran un mayor deseo de avanzar. No podemos entrar en detalles para analizar las causas de esta mayor agresividad. Toynbee quizá la ha explicado con su teoría de «desafío y respuesta». Otros historiadores y filósofos ofrecen diferentes teorías. La elección es siempre libre. Pero estimamos que esta voluntad de progreso depende probablemente de una buena alimentación y de una buena dirección más que de otros motivos.

LA CONSERVACION DEL SUELO. FACTOR INELUDIBLE

Un error muy generalizado es el de considerar los recursos naturales como algo estático. Los que hablan de «capital más trabajo, más materia prima, más dirección, multiplicado todo esto por la técnica, igual a producción», estiman a la materia prima como algo invariable. La realidad es que esto no es así. La fertilidad del suelo, el agua utilizable, los pastos, los animales salvajes benéficos y otros recursos semejantes no permanecen fijos en una región determinada. Por el contrario, disminuyen en las zonas ocupadas por el hombre civilizado y en algunos viejos países han desaparecido por completo. Y, lo que es peor, con su disminución se produce casi siempre el declive de la civilización. Queremos dejar bien claro nuestra postura. Estos no son sólo los factores que determinan la situación de una civilización, pero son factores básicos que limitan ampliamente su desarrollo.

Las primeras civilizaciones de la humanidad se asentaron sobre agriculturas alimentadas por el riego. La razón fundamental de esta preferencia había que encontrarla en que las tierras regadas permanecían productivas mucho más tiempo que aquellas que se abastecían solamente con el agua de las lluvias. Otra razón sería probablemente que la producción era así menos irregular y estaba mejor preparada para enfrentarse con las condiciones catastróficas de una sequía.

Es muy posible que el hombre se hiciese campesino por primera vez en el Asia del Suroeste, hace ocho mil años. Desconocemos dónde, cuándo y cómo aprendió inicialmente el arte y la técnica de la irrigación. Fué probablemente en algunos de aquellos pequeños valles afectados por inundaciones anuales. Lo que es cierto es que el hombre supo esto antes de saber leer y escribir y antes de que hubiese establecido cualquier forma dura de gobierno. Dicho de otro modo: utilizó el riego de los campos antes de que fuese civilizado.

Es un hecho admitido por la mayoría de los historiadores que las primeras civilizaciones se han desarrollado en tres regiones: el valle del Nilo, Mesopotamia y el valle del Indo. Todas estas re-

giones presentan las siguientes características generales: su suelo es fértil, el agua es aprovechada a base de un sistema de riegos y el terreno es relativamente llano y la lluvia más bien escasa. Estas tres condiciones son muy importantes, pero la última lo es más que todas, ya que la estabilidad del terreno permite a los campesinos instalarse sobre la tierra durante muchas generaciones. De este modo surgen los gobiernos estables y lo que podríamos llamar civilización urbana.

Son muchas las causas alegadas sobre la decadencia de las civilizaciones. Entre éstas figuran la guerra, los cambios climatológicos, la decadencia moral, la corrupción política, el desbarajuste económico, la degeneración de la raza y la mala dirección. No hay duda de que todos estos factores contribuyen a este decaimiento, pero es dudoso el que alguno de ellos tenga fuerza definitiva. Pese a todo lo que se pueda decir en contra, creemos que la causa fundamental para la decadencia de una civilización es la desaparición de los recursos naturales sobre los que se asienta esta civilización.

Los primeros relatos históricos nos muestran que los pueblos han hecho guerras para apoderarse de las tierras de sus vecinos y disponer así de mayor número de fuentes de riqueza. El primer modelo de esta lucha lo tenemos en las pugnas de los clanes o tribus por apoderarse de los cotos de caza y pesca de sus rivales. El modelo se ha repetido durante siglos y el futuro no aparece mucho más brillante.

LAS GRANDES POTENCIAS. DEPENDIENTES DE SU SUELO

Los grandes fenómenos migratorios sobre la faz de la tierra han tenido como objetivo la obtención de mayor número de recursos naturales. La mayoría de estas colonizaciones, migraciones y conquistas han ido precedidas por un aumento de la población del pueblo vencedor. Entonces la guerra servía para dos cosas: daba al vencedor nuevas tierras y disminuía la población de los dos beligerantes. No intentamos censurar el aumento de

población. En realidad, los excesos de la superpoblación tienen su causa en el despilfarro y el consumo inútil de los recursos naturales más que en la natalidad elevada.

El hombre entra ahora en una nueva era. La mayor parte del mundo puede considerarse como civilizado, con excepción de unas pocas regiones tropicales y polares. Los modelos de exterminio utilizados en el pasado no pueden ya ser afortunadamente utilizados. Ha llegado, pues, el momento de que los pueblos almacenen sus reservas naturales y fijen un plan para el futuro. La conservación se ha hecho una necesidad imperiosa y no sólo un objetivo deseable. Esto es una verdad tan grande para los Estados Unidos como para el resto del mundo.

No es necesario destruir los recursos naturales con el fin de utilizarlos. Las gentes pueden conservar éstos y obtener el máximo beneficio de los mismos. Todos los recursos renovables, suelos, bosques, pastos, agua, caza silvestre, etc., producirán más si son bien administrados y explotados. De obrar así continuarán aumentando de generación en generación su producción. Con la mejora de la técnica y una auténtica conservación, los recursos disponibles del mundo continuarán sosteniendo el aumento moderado de la población durante milenios.

Muchos granjeros americanos han demostrado recientemente que es posible aumentar la producción por el simple hecho de mejorar sus tierras de labor, pastos y bosques. La cosa no es nueva, y antiguos y modernos, en distintas regiones del globo, han probado la misma cosa. Desgraciadamente son pocos los que siguen estos procedimientos y los esfuerzos por conservar las tierras son escasos y en muchas ocasiones tardíos.

Los recursos no renovables, tales como los minerales, el petróleo y otros depositados en la corteza terrestre, presentan un problema diferente. Estas cosas no pueden aumentar con un tratamiento adecuado, pero en realidad no son elementos básicos y en la mayoría de los casos se les pueden encontrar sucedáneos. El plan a seguir con ello es el evitar un despilfarro excesivo hasta que la técnica haya logrado encontrar unos sustitutos adecuados.

UNA AMENAZA MAYOR QUE LA BOMBA ATOMICA

La historia de los Estados Unidos sigue hasta ahora en esta cuestión muy de cerca el modelo marcado por los antiguos imperios y civilizaciones. La principal diferencia estriba en que el pueblo norteamericano dispone de unas zonas más ricas y más extensas para explotar que cualquier otro antecesor y que puede también utilizar mejores instrumentos y técnicas para la utilización más rápida de los recursos naturales. La rápida ascensión y el inmenso poder material de los Estados Unidos se debe fundamentalmente a estos dos hechos.

El poder y la grandeza de los Estados Unidos, tal como se presentan en los momentos actuales, no es debido a que su pueblo, que es una mezcla de todas las razas y nacionalidades, sea superior a los otros pueblos de la tierra. Tampoco puede alegar que esta mezcla produzca una raza superior, aunque ellos hayan producido una nación superior.

Hay quienes han atribuido nuestra grandeza a la forma de gobierno de nuestro país, pero tampoco se puede afirmar esto razonadamente, ya que los Estados Unidos no tienen el monopolio de la forma de gobierno democrática. Ahora bien, el país y los recursos han jugado un importante papel en la determinación de la forma de gobierno. El pueblo ha disfrutado de la libre empresa en la industria, de libertad para explotar las tierras, bosques y minerales y de libertad de expresión y las instituciones políticas porque nuestro país era rico, porque había recursos para todos y porque a todo el mundo le era permitido explotar lo que quisiera hasta que los recursos comenzaron a escasear.

Desde los tiempos coloniales hasta el fin de la primera guerra mundial los Estados Unidos han prosperado ampliamente gracias al envío de su superproducción a otras naciones de ultramar. El dinero obtenido por estas compras ayudaba al desarrollo de nuestros recursos naturales. Cuando nuestro potencial monetario se hizo muy grande, los Estados Unidos comenzaron a no necesitar ca-

MADRES...

Sigan el consejo del doctor,
y al comprar FECULA DE MAIZ AMERICANA
o CREMA DE ARROZ, que sean
NUTRICELIA y CREMA DE ARROZ
RIERA - MARSAS

pital en el exterior y se convirtieron precisamente en prestamistas.

Durante la primera guerra mundial los Estados Unidos se mostraron capaces de producir los alimentos adecuados y a poseer la mano de obra necesaria para decidir la guerra. Después del armisticio, la industria comenzó a florecer. La mayor parte de las tierras agrícolas habían sido ocupadas. La riqueza no podía ser ya aumentada ampliando las zonas de labor y enviando los productos de ésta al exterior. Fué entonces cuando los industriales se lanzaron a la producción en masa y a las máquinas economizadoras de tiempo. El país disponía de los recursos minerales necesarios, y por ello fué por lo que durante la segunda guerra mundial los Estados Unidos estaban preparados para suministrar no sólo alimentos y mano de obra, sino una gran parte de las armas, municiones y otro material necesario para ganar la guerra. Al terminar la contienda era no sólo el país más rico, sino también el más poderoso de la tierra. Había logrado esta posición porque la Naturaleza le había facilitado una tierra rica, incluso antes de que fuese trabajada por la mano del hombre.

El despilfarro en la colonización de este país ha sido verdaderamente desconcertante, algo parecido a lo que siempre ocurre cuando el hombre se mueve en un país nuevo y sin desarrollar. Durante las pocas generaciones que nuestro país ha sido ocupado por la mano del hombre civilizado, ha sufrido una auténtica expoliación. Cárcavas y colinas comidas por la erosión pueden verse hoy a centenares en cualquiera de nuestras regiones. Estas cárcavas aparecen no sólo en campos que fueron cultivados por muchas generaciones, sino en prados que son todavía cultivados por el hombre. Hay pocas tierras que sean ahora tan buenas como en sus principios.

Si las inundaciones son ahora mucho mayores y más frecuentes que en pasadas décadas, ello se debe fundamentalmente al mal trato dado a las tierras. Los pastos fueron segados o agostados y los bosques que se empapaban con las aguas, talados o diezmados. Nada se hizo por aprovechar las corrientes que producían las lluvias.

Los ingenieros creyeron contener los desbordamientos construyendo diques cada vez más altos, pero los ríos alcanzaron niveles cada vez más superiores.

Igual podríamos decir de las gigantescas tormentas de polvo que se cernieron sobre nuestra nación en 1934, 1938 y nuevamente en 1950. El descuido del suelo dejaba a éste sin ninguna protección. La hierba había sido consumida sin control alguno, y por ello se produjeron estos fenómenos, que sólo surgen cuando el terreno está desnudo, y cuyos efectos cada vez serán peores si no se cambian los medios de utilización del suelo.

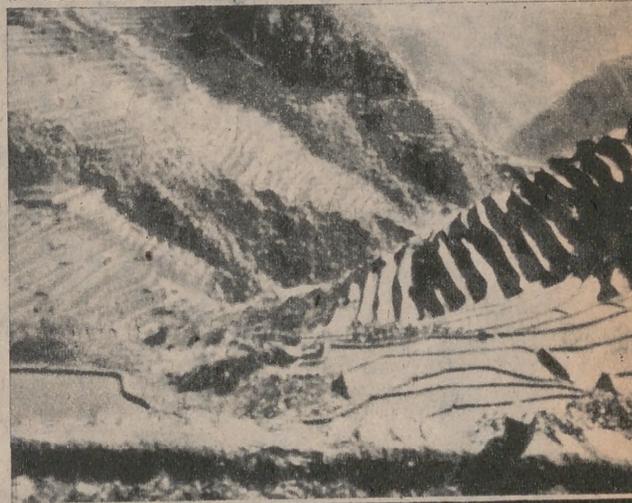
El mundo dispone todavía de muchas tierras para alimentar a la raza humana, pero no queda mucho para economizar. Con unas pocas generaciones más de despilfarro, las hambres no se limitarán a la India, China y las zonas devastadas por la guerra, sino a toda la faz de la tierra. Ante estas circunstancias es evidente que los Estados Unidos deben hacer algo para evitar seguir el camino que ha llevado al desastre a otros muchos pueblos.

Es cierto que los Estados Unidos tienen por lo menos tres claras ventajas sobre los antiguos; poseemos, antes que nada, el conocimiento que nos da la Historia sobre la manera de sobrevivir; tenemos un conocimiento técnico adecuado para conservar los productos renovables y, finalmente, disponemos de unos poderosos medios de comunicación, gracias a los cuales podemos enseñar las lecciones de la Historia y transmitir a las gentes nuestros conocimientos sobre la conservación de suelos. Si sabemos utilizar estas ventajas, no existe razón para que nuestra nación y su civilización no continúen progresando durante milenios.

Hay que tener siempre presente el hecho de que hubo un momento en el que la tierra no tuvo suelo ni vida, y esto nos ayudará a comprender por qué la productividad del suelo puede ser aumentada teóricamente cada década y cada siglo, con tal que la cantidad de luz solar y las condi-



Tierras de Guatemala que fueron campos excelentes de cultivos, parecen ahora convertidas en terrenos estériles como consecuencia de un trabajo agrario torpe



Protección del terreno en Filipinas por medio de terrazas escalonadas

ciones climáticas permanezcan constantes. La cantidad de suelo y vida animal y vegetal aumento constantemente hasta la aparición del hombre civilizado. Fué éste quien alteró el proceso natural tratando de convertirse en dueño de la Naturaleza, y fué entonces cuando el suelo comenzó a deteriorarse.

El hombre conoce las herramientas que destruyen rápidamente el suelo y la vida animal y vegetal, pero conoce también los útiles que incrementan la productividad mucho más rápidamente que los propios procesos naturales. El hombre puede aplicar estas técnicas a la construcción del suelo más que a su destrucción, y en lugar de convertir en desiertos las tierras que ocupa, puede transformarlas en prados florecientes.

La conservación del suelo y de la vida animal, vegetal y animal no significa que las almacene para el futuro, sino que las haga más productivas. Esto sólo puede hacerse si el hombre coopera con la Naturaleza y no intenta ser su tirano. El servicio norteamericano de conservación de suelos ha encontrado una fórmula sencilla, que consiste en mejorar las tierras mientras se cultivan. Sólo siguiendo esta fórmula podemos conservar el suelo y mantener en aumento su productividad. De acuerdo con este procedimiento, se estima que la producción de las granjas norteamericanas puede ser incrementado en un setenta y cinco por ciento. Nuevos avances en generaciones posteriores pueden hacer estas ventajas todavía mayores.

BRANDY

SOBERANO



GONZALEZ BYASS

BARCELONA - CALZADA DE LA PAZ, 10 - BARCELONA



DOSCIENTOS CINCUENTA AÑOS DE RELACIONES Y FRACASOS ENTRE RUSIA Y FRANCIA

GUY MOLLET TRAS LOS PASOS DEL GENERAL DE GAULLE, EN MOSCÚ

El acuerdo de las manos vacías

Siete horas y media separan París de Moscú, de acuerdo con el tiempo invertido, el día 15 de mayo, por el plateado «Armagnac» del presidente del Gobierno francés. Se había salido del aeropuerto de Orly a las ocho y veinte y a las once el avión, que lleva en su cola un rampante león en campo rojo, volaba sobre las torres mutiladas de Berlín. A esa misma hora en la cabina del «Armagnac» se procedía al relevo: un piloto y un radiotelegrafista de nacionalidad rusa se hacían cargo del mando.

La estación militar de Berlín mandaba a París el primer mensaje del día: «A las 11,5 de la mañana ha pasado sobre la ciudad el avión de la Delegación francesa.» Una fecha histórica más: es la primera vez, desde el viaje a Rusia del general De Gaulle en diciembre de 1954, que

un jefe del Gobierno francés vuelve a tomar el camino de Moscú

Mientras tanto, en los salones del «Armagnac», decorados casi suntuosamente, con hondas butacas de «club» y unos cuadros con las firmas de varios artistas contemporáneos, Guy Mollet y su ministro de Asuntos Exteriores

Arriba: Bulganin recibe a Guy Mollet, primer ministro francés, a su llegada a Moscú.— Abajo: Guy Mollet, de vuelta de Moscú, hace declaraciones a la Prensa en el aeródromo de Orly





Un antiguo grabado que muestra a Napoleón III y Alejandro II cuando el atentado de que fueron objeto en 1867, por un polaco, en el bosque de Bolonia

gastaban su tiempo en las medidas de juego..., pero cada uno en la suya. El jefe del Gobierno había elegido, entre los viajeros, un equipo para la «canasta». Christian Pineau, con varios colegas del Quay d'Orsay prefirió el bridge.

Hacia la una, cuando se volaba sobre las últimas tierras polacas, las dos azafatas, altas, bellas y rubias, preparaban los servicios del comedor mientras los periodistas apuntaban su primera anécdota: dos juegos y dos políticas. De esta forma ha sido posible que pase a la pequeña historia de las cosas la «política de la canasta» de Mollet y la política del bridge de Pineau.

Algunos periódicos han hecho de ello una figura de derecho. «Canasta», igual a fidelidad a Occidente. «Bridge», igual a cierto neutralismo afecto a Rusia. En realidad, en ambos casos, la verdad es sólo a medias. Pineau no hace otra cosa que seguir una vieja tradición del Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Mollet, a su vez, como jefe del Gobierno francés y secretario del partido socialista, tiene responsabilidades más complicadas, pero al final...

LA HISTORIA DE MOSCÚ O EL DILEMA DE LOS VINOS

¿Cuáles eran los propósitos verdaderos de la Delegación francesa? Pregunta sin respuesta. Si el propósito francés era el simple viaje turístico, parece acertado. Si su deseo era regresar a París con un triunfo que convirtiera

a Francia en intermediario —el papel aspirado por Pineau— entre Rusia y Norteamérica, el éxito ha sido escaso.

Quedaba un último destino, reeditar la historia de los pactos, de los acuerdos y desacuerdos que alegran la historia de los últimos 250 años de relaciones franco-rusas. Esta aspiración, la más difícil de todas, porque evocaba, después de la frágil situación de la O. T. A. N. un paso decidido hacia el Este tampoco parece ser el objetivo de la Delegación. Vamos a examinar brevemente los resultados obtenidos.

Bueno será decir, entre tanto, qué una de las consecuencias más directas del viaje, según la importancia que le han concedido los corresponsales especiales —no crean que es buen humor—, ha sido el debate de los vinos. El champagne de Crimea ha tenido un inesperado éxito en los brindis. Los vinos del Cáucaso, con buen «bouquet» y volumen, libraron también su batalla. Pero la mayor sorpresa, según parece, la proporcionó el coñac de Armenia que, «según dijeron finos catadores—corresponsal de «L'Aurore»—no cedía el paso a los mejores de Charente...»

Este bello pugilato de los vinos no quedó así porque, el mismo corresponsal, al hacer un balance del día, añade: «de todas formas hay que esperar a que estos juicios sean revisados después de la comida que tendrá lugar esta noche en la Embajada de Francia...»

Pasado este trance, veamos algunas características del resto de los debates.

Curioso es destacar que, una vez más, una delegación internacional ha asistido a un Conferencia en Moscú. Todos están de acuerdo en que, a pesar de sentarse en la larga mesa rectangular con los miembros de la «dirección colectiva», Kruschev ha llevado el papel principal. Molotov, según los observadores internacionales, ha sonreído con mayor frecuencia. Bulganin ha ocupado con singular simplicidad el segundo puesto. Malenkov continuó con su eterno gesto enigmático y misterioso.

El 16 de mayo la Delegación francesa planteó el tema del desarme. La desmovilización de 1.200.000 hombres del Ejército ruso, ya anunciada los días de reunión de la O. T. A. N., no parece haber sido acogida con gran énfasis en Londres y Washington. Según los norteamericanos, Rusia, después de esa reducción, tendrá en pie de guerra más de tres millones de soldados; pero, por otra parte, la desmovilización no significa en Rusia si no la aceptación realista de la nueva estrategia atómica. La reducción de los Ejércitos parece ir unido a un aumento de las necesidades industriales.

De todas formas, entre este mito del desarme, bueno será recoger algunas versiones de Kruschev. Al referirse al plan Eisenhower sobre inspecciones aéreas dijo: «Con vuestras historias de control impidís el verdadero desarme. Sin control sería la cosa más simple del mundo...»

Por inocente que sea la gente parece lógico pensar que aceptación de desarme y aceptación de control son una misma cosa. ¿De qué forma comprueba uno que el enemigo no ha cambiado la escopeta por un cañón?

Situación compleja que no ha encontrado respuesta digna de fe. No estará de más advertir que la continua penetración en el mundo atómico da a estas conversaciones sobre el desarme y la desmovilización un tono casi humorístico. Sin una confianza total y absoluta no existe la menor posibilidad de llegar a un punto de vista que resuelva, prácticamente, este conflicto.

LA AGENCIA ECONÓMICA MUNDIAL

Entre los problemas tratados en Moscú destaca el de la Agencia Económica Mundial. Se trata, una vez más, de un invento francés. Justo es decir que la mayor parte de las estructuras internacionales las inventa y las destruye Francia; parece ser una de sus características. De todas formas, en esta ocasión, la idea co-

LEA TODOS LOS SABADOS

LA ESTAFETA LITERARIA

PRECIO 2 PESETAS



En el aeropuerto de Moscú, Bulganin, Guy Mollet y Christian Pineau

responde a Pineau. Fue presentada, hace un mes, en el Consejo del Atlántico. La Agencia Económica Mundial sería una organización encargada de proporcionar ayuda a los países poco desarrollados. ¿Cómo funcionaría?

Este es el grave problema. Los franceses pretenden que americanos y rusos, ahora complicados en una batalla de respectivos «Planes Marshall», cumplirían sus propósitos a través de la Agencia. Es decir, se despersonalizaría, evidentemente, el carácter político de la ayuda para cumplir un carácter más auténtico. Los rusos han prometido «estudiar con interés» el programa de la Agencia Económica Mundial, pero parece lógico que norteamericanos ni rusos estén dispuestos a ceder en este terreno. La cortesía con que se ha recibido el plan del ministro de Asuntos Exteriores francés hay que cargarlo en su cuenta personal; los rusos le muestran su gratitud por sus últimas declaraciones.

EN AFRICA Y EN ORIENTE MEDIO, DOS PUNTOS DE VISTA

Africa, Oriente Medio y Extremo Oriente también han sido tratados durante las conversaciones. Tampoco aquí es posible hablar de acuerdo. Probablemente, Francia ha pedido la colaboración rusa, esto es, su influencia ante Egipto, para solucionar la crisis de Argelia, pero una vez más, las posiciones son irreconciliables. Rusia está jugando a todo vapor la baza de las revueltas comunistas en Africa y, no hay más

que atender a los propios sucesos franceses, donde el partido de Thorez—a pesar del apoyo ocasional que dió a Mollet en el Parlamento para los «poderes especiales»—amenaza con la violencia cada salida de un tren militar. Atendiendo, pues, a esa realidad interna de Francia, la conversación resultaba inútil.

A Kruschev, que en la conversación sobre el Extremo Oriente dió señales de estar del mejor humor, le pareció que el mejor solución era la abrogación de los pactos occidentales, sobre todo el de Bagdad. En un momento de curioso interés de la Delegación francesa sobre la continuación de su pensamiento, añadió sonriente: «He de reconocer que lo que he dicho es perfectamente irrealizable...»

CONVERSACIONES SECRETAS EN LA EMBAJADA DE FRANCIA

La cena del 18 de mayo en la Embajada francesa fué una comida de «hombres solos». Según su costumbre habitual, los guardes de la política rusa se presentaron en sus negros e idénticos automóviles «Zis», todos a la misma hora. En el pequeño hall de la entrada se saludaban cortésmente y subían en fila india la larga escalera. Como el «smoking» está proscrito de la vida social rusa, cada uno de ellos llevaba un traje oscuro en el que destacaba, en el caso de Bulganin y Kruschev, el rojo y oro de la condecoración de «Los Héroes socialistas del Trabajo».

Después de la comida—salmón caviar, zakuskis, pavo, vodka, helado vinos y «champagne» frances—Guy Mollet, Pineau, Bulga-

nin y Kruschev se retiraron con los embajadores y los intérpretes a un pequeño salón donde discutieron durante dos horas en el mayor secreto. No se ha dado ninguna referencia concreta del tema tratado. Sin embargo, después de la cena, Mollet recibió a los periodistas: «Ningún resultado espectacular...»

Prácticamente ese día terminaban las conversaciones. En la mañana del 18, en el recorrido del Kremlin, Guy Mollet fué asaltado por un grupo de fotógrafos. Todos querían que el Presidente del Gobierno francés se retratara al lado del «zar Kolokol»; bueno será decir que el «zar Kolokol» es una enorme campana que se exhibe, ahora, a la entrada de una catedral. No hubo forma de que Guy Mollet se pusiera al lado del «zar».

—No, señores, no quiero retratarme al lado de la campana...

Poco después el enorme equipo de la Delegación francesa pasaba ante el viejo cañón de bronce que los rusos llaman su «zar Puchka», el zar de los cañones. Tampoco aquí, en esta ocasión, quiso retratarse Mollet que, humorísticamente, se volvió a su intérprete para que trasladara a los fotógrafos este mensaje: «Crean ustedes que me gustaría consagrar todo nuestro presupuesto militar a hacer una artillería como esta...»

Un rato después estaban ante el retrato de Pedro el Grande. La cicerona del palacio explicó a los franceses cómo el zar de las Rusias había visitado París en 1717, comenzando, desde aquel momento, 250 años de relaciones y fracasos franco-rusos.

LA HISTORIA DE PEDRO EL GRANDE

Es natural que los cicerones políticos tengan bien estudiado no cometer indiscreciones; pero el relato de la visita de Pedro el Grande a París no es algo más que la historia del primer fracaso.

Era mayo de 1717 y el pequeño Rey, Luis XV, estaba en manos de una camarilla pintoresca, encabezada por el Regente, Luis de Orleans, que habían convertido la Corte en un bazar de frivolidades. Un charlatán financiero como Law había constituido, precisamente un año antes, en 1716, una Banca General que se fue después al garete, pero que era, antes de convertirse en el mayor escándalo financiero de la época, un negocio que divertía a la Corte.

Cuando llegó Pedro el Grande, 2.03 de altura, un coloso que bebía y comía en cantidades fabulosas, la Corte de Francia sufrió un escalofrío: ¿Con una hija de este hombre se quería casar al pequeño Luis XV?

Se contaban las historias más raras, bárbaras y divertidas sobre el zar. Había quien decía que su diversión favorita era diseccionar cadáveres. Un día, durante una de las visitas a la Corte, se dirigió al joven Rey y le dijo ante la asombrada Corte: «Verdaderamente, vuestro país es grande, pero el lujo le perderá...» De todas formas, Pedro el Grande, curioso y mucho más enterado de la vida francesa que lo que pretendía la Corte, quiso visitar a madame de Maintenon, una de las iniciadoras de la preeminencia femenina en la Corte. Fue a verla a Saint-Cyr, donde vivía desde la muerte de Luis XVI. Saint-Simon dice, graciosamente, que la dama se encontraba en el lecho y que el Zar, sin más explicaciones, apartó las cortinas para ver la cara a la gran «libertina» que, asustada, retrocedió ante el fabuloso personaje.

Curioso es destacar aquel primer encuentro. Resultó un fracaso, en cuanto a los fines de Pedro el Grande, pero se cruzaron bue-

nas palabras y, por primera vez y como consecuencia de la visita, se hizo un vago tratado de comercio entre los dos países y se mandó a San Petersburgo a un representante francés. Aquel hombre se llamó Compredon.

TRES ZARES MAS VISITARON PARIS

En tres ocasiones más los Zares rusos viajaron a Francia.

La segunda visita a Francia de un Zar ruso ocurrió en 1814. Se trataba, esta vez, del Zar Alejandro, que llegaba al bosque de Bolonia detrás de los soldados de Napoleón. Las mujeres decían que era «arrogante», y un grupo de diplomáticos, soldados y pueblo, le esperaba en la calle de Florentin, en una de cuyas casas vivía Talleyrand.

El Zar Alejandro, que había sido unos años antes aliado de Napoleón, lanzó una frase lapidaria: «No tengo en Francia nada más que un enemigo: Bonaparte. Todos los franceses son mis amigos...»

Lo único conseguido en esta visita es el apoyo del Zar al armisticio por el que Francia volvía a sus fronteras de 1790. Poco más, salvo un progresivo movimiento intelectual francés en la Corte rusa.

Sin embargo, estos contactos entre los dos pueblos vuelven a tener una culminación en 1867, cuando Alejandro II de Rusia se presenta en París para asistir a la Exposición organizada por Napoleón III.

Las relaciones francorusas están caracterizadas por un «malentendido» entre los dos Monarcas.

Dabernat dice que la Corte francesa no olvidaba nunca que en la correspondencia, el Zar Nicolás llamaba siempre a Napoleón III «mi querido amigo», y no, como debía ser, «mi primo». Balanceándose sobre esta aspereza estaba, además, la acre contestación del Emperador francés: «Gracias por llamarme mi querido amigo; pero a los amigos se les elige, cosa que no ocurre con la familia...»

Para colmo de males, cuando se estudiaba la fórmula de un

acuerdo, por superficial que fuera, Alejandro II fué víctima de un atentado. La crisis polaca, la desventurada nación de los reparatos, había provocado una crisis de fervor en Francia, y la situación se hizo insostenible cuando un diputado, ante el propio Zar, gritó: «¡Monsieur, viva Polonia!».

LA SEGUNDA ALIANZA CON RUSIA

Con la subida al Trono ruso, en 1885, del Zar Alejandro III, comienza un largo período de conversaciones, que durarán, entre ambos países, casi diez años. En 1885, por primera vez desde 1871, el Zar ruso, acompañado de su esposa, se mostraba en un baile de la Embajada francesa de San Petersburgo. Era un éxito; pero el verdadero forjador de la segunda alianza—la primera la hizo Alejandro I—fué un banquero. Se trataba de un danés, Hoskier, establecido en París, que inventó y negoció el primer empréstito francés a Rusia. Paralelamente se desarrollaban—dice Dabernat—las conversaciones militares, cuyo objetivo era impedir la expansión alemana. Por fin, en 1891 se llegaba a un acuerdo definitivo. Fué, según los historiadores, un pacto eminentemente popular, y Nicolás II se presentaba en París, festivo y alegre, en 1896. Era la última visita de un Soberano ruso a Francia. Las alianzas iban a caer, una tras otra, con ritmo inevitable.

Desde ese momento, por otra parte, iban a ser los franceses, los jefes políticos, los que hicieron el viaje a Petersburgo, y después, a Moscú.

DE LA GUERRA, A LA REVOLUCION

¿Cómo empiezan las guerras? En julio de 1914 se celebraba una entrevista entre Poincaré y el Zar Nicolás II. Nada, según se desprende del examen de los textos de la época, hacía pensar en una inmediata conflagración mundial. Cuando la Delegación francesa, camino de Estocolmo, abandonaba Rusia, se enteró de la noticia del ultimátum remitido el día 23 de julio a Belgrado...



Izquierda: La entrevista de Laval con Litvinov, en 1935.—Derecha: Molotov firma en 1944 el pacto franco-soviético en presencia de Stalin y de De Gaulle



Mollet y Pineau, en la conferencia que sostuvieron con Krustchev y Bulganin en Moscú

La alianza francorrusa se mantuvo hasta la revolución. En 1917, el representante de Francia en San Petersburgo, un hombre asombrado ante los acontecimientos, sufría tales vejaciones, que serían tema suficiente para llenar un pequeño librito. Por lo pronto, tuvo que abandonar la Embajada y refugiarse en uno de aquellos famosos trenes de la revolución, que no iban a ningún sitio...; se trataba, simplemente, de habitaciones en ruta incierta. El embajador convivió en el compartimento—el tren, dice en sus Memorias, anunciaba como teórico punto de llegada la ciudad de Murmansk—con decenas de personas que hacían allí mismo sus necesidades...

Poco tiempo después, las tropas francoinglesas entablaban con los ejércitos comunistas de Trotsky las primeras batallas en territorio polaco. Esa situación, nueva ruptura de relaciones entre Rusia y Francia, se prolonga hasta el año 1924, fecha en que volvió a Rusia un embajador francés.

EL PERIODO DE LA DES-CONFIANZA

A lo largo de más de diez años, desde finales de 1924 a 1935, las relaciones francorrusas son el producto de una mutua y doble desconfianza. Los embajadores occidentales asisten, impresionados, a las sucesivas olas de terror que se provocan periódicamente entre los revolucionarios. Asisten con inusitado asombro, a las «purgas», en las que todo el mundo con una sola voz se considera culpable. Son diez años de Historia.

PIERRE LAVAL, INTER-LOCUTOR DE STALIN EN NOMBRE DE FRANCIA

En 1935, justamente cuando se celebraban en el país galo las elecciones, Pierre Laval se presenta en Moscú. Al frente de la Delegación francesa llegaba para festejar el acuerdo francorruso del 2 de mayo de aquel año. Todo el mundo sabe que se trata de un pacto contra Alemania. De aquel curioso viaje de Pierre

Laval merecen destacarse algunos detalles curiosos, hechos públicos, en su mayor parte, por Maurice Schumann, que asistía a las conversaciones en calidad de enviado especial de la Agencia Havas.

El detalle más importante es el siguiente: Pierre Laval recibió noticias de ir en cabeza en las elecciones de Aubervilliers. Todavía faltaba la «segunda vuelta», y no podía hablarse de un vencedor. Así se lo decían algunos periodistas. Repentinamente, Pierre Laval, sonriente, les dijo: «Señores, voy a preparar esa segunda parte que les preocupa...»

Un poco después, inmediatamente de ser recibido por Stalin, hacía la siguiente declaración: «Stalin aprueba mis esfuerzos para ampliar los presupuestos de la Defensa Nacional... ¿Caerá bien en Aubervilliers?»

Efectivamente, tenía razón Pierre Laval al considerar las cosas así. Después del comunicado francosoviético del 15 de mayo, en el que se declaraba, tácita y expresamente, que «Rusia apoyaba los esfuerzos de Francia para el mantenimiento de un Ejército al nivel de su seguridad», las dificultades interiores con el partido comunista dejaron de existir. Una famosa Sección de «L'Humanité», «Gueules de vaches», dejaba de aparecer. Para llegar al final de la intromisión política, las leyes militares se votaban fácilmente...

Políticamente, de la alianza francorrusa de 1935 iba a nacer el Frente Popular francés. Y la propia alianza iba a morir, sensacionalmente, cuando en el año 1939 se hacía pública la existencia de un Pacto de No Agresión entre Rusia y Alemania.

Era el fin inesperado y temprano de la vendimia del 35. Hasta que Alemania no invadió Rusia, el partido comunista fué derrotista y prófugo. Luego cambió de faz y apareció en la Resistencia.

EL GENERAL DE GAULLE, OTRA TENTATIVA MAS

En los Documentos de Yalta se recogen curiosas observaciones de

Stalin sobre el general De Gaulle. Dice de él, entre otras cosas, las siguientes: «Es un hombre que no tiene sentido alguno de la realidad, y solicitar los mismos derechos que americanos, ingleses y rusos era absurdo, porque Francia no había combatido.» El Presidente Roosevelt le apoyaba en su opinión, añadiendo que en la conversación que había tenido con De Gaulle en Casablanca, éste se le había presentado como si fuera «mitad Juana de Arco y mitad Clemenceau...».

Pues bien; este mismo hombre, que se enojaba en Moscú porque no se le había preparado una habitación con una cama apropiada a su estatura, era quien iba a firmar, en el invierno de 1944, la cuarta alianza francorrusa.

El general venía de hacer un largo periplo por el mundo del Cercano Oriente. Había visitado a Faruk en El Cairo y pasado, después, por Teherán. Cuando llegó al Cáucaso, le esperaba un tren especial, que le llevó a Moscú. ¿Y la negociación?

Fiel al espíritu de las conversaciones francorrusas. El espectro de Polonia, una vez más repartida y vencida, estaba en medio. El general De Gaulle pasó por encima, y en la noche del 9 al 10 de diciembre de 1944, con la helada y fría sábana blanca de una gran nevada en las calles, se firmaba el pacto. ¿En qué consistió?

Muy sencillo. Ambos países formaban, ¡qué curioso!, una nueva alianza contra Alemania, vencida, y se comprometían a no entrar en ninguna coalición que fuera dirigida contra una de las dos naciones.

Once años más tarde, en mayo de 1955, Rusia denunciaba el tratado. El Soviet Supremo tomaba como motivo decisivo de la ruptura la ratificación, por Francia, de los Acuerdos de París... Era el cuarto fracaso en cincuenta años de relaciones...

Ahora vuelve Guy Mollet de Moscú con un acuerdo sobre Cultura y Economía. Los supersticiosos tocan madera.

Enrique RUIZ GARCIA

CORDOBA, CALIFATO DEL

CANTE GRANDE



Antonio Fernández Díaz «Fosforito», ganador del Concurso Nacional de Cante «Jondo» celebrado en Córdoba, en un momento de su actuación

ANTONIO FERNÁNDEZ,
"FOSFORITO" PRIMER
PREMIO NACIONAL
DEL CONCURSO DE
CANTE "JONDO"

UNA VOZ QUE
DOMINA TODOS
LOS ESTILOS

EL día 28 de abril, en el Círculo de la Amistad, de la calle de Alfonso XIII de Córdoba, se reúne un Jurado calificador. Aunque no se trata de unos exámenes para el Cuerpo Técnico de Hacienda, el Jurado tiene bien abiertos los oídos para el menor fallo. Los ciento veintidós aspirantes han de llevar bien aprendido su programa para responder en este primer ejercicio eliminatorio. Es el Concurso Nacional de Cante Jondo, organizado por el Ayuntamiento cordobés, al que concurren cantaores de todas las provincias españolas. En el Tribunal, la Niña de los Peines, el conde de Colombí, Cruz Conde, Alcalde de la ciudad; Muñoz Molleda, González Climen, periodista argentino; Francisco Salinas, presidente de la Comisión de Festejos; Ricardo Molina, poeta y escritor, y Aurelio Figuer.

Por el Tribunal van pasando aficionados y profesionales de todas las provincias. Cuando le toca actuar a Puente Genil, después de Sevilla, los miembros del Jurado quedan sorprendidos ante la voz y el estilo de un chico que no ha cumplido los veinticuatro años: se llama Antonio Fernández Díaz. Cuando la Niña de los Peines oye la primera seguidilla, dice a sus compañeros:

—Esto es calidad. Este chico va a dar mucho que hacer.

Seguro, confiado sólo en su voz y en un estilo que le es singular, Antonio sigue con la letra de su segunda seguidilla:

*Yo no le temo a la muerte,
que morir es natural,
lo que temo es a las cuentas
que a Dios le tengo que dar.*

Antonio Fernández Díaz acaba de aprobar su primer examen. Ya está en la lista de los admitidos. Ahora viene lo definitivo, la lucha con los buenos, con los mejores.

Antonio, porque él así lo cree, se presenta a todas las espectaculidades. En la primera sección



La guitarra es elemento valioso en el cante. He aquí las manos ágiles de un guitarrista



El buen «cantaor» no necesita tener ni voz potente. El canto «jondo» es puro sentimiento, que se transmite directamente al espectador

canta seguidillas, martinets y saetas; en la segunda, soleares, polos, serranas y cañas; en la tercera, malagueñas, rondeñas, verdiales y fandangos de Lucena, y en la cuarta, livianas, tonás y debilas.

Ante la complacida presencia del Jurado va surgiendo la copla,

limpia y pura, del canto grande. Allá va un verdial:

*No me vengas a llorar;
cuando me muera, a mi tumba
no me vengas a llorar
ya que en vida me ofendiste,
deja el cadáver en paz;
recuerda bien lo que hiciste.*

O nace la debila en la garganta de Antonio Fernández Dí.z, mejor que nadie, mejor que ninguno:

*En la casa de la pena
ya no me quieren a mí,
porque mis penas son más grandes
que las que habitan allí.*

Para el Tribunal ya no hay dudas. La lucha ha sido reñida, y en la riña, Antonio ha ganado limpiamente. Ninguna copla, ningún canto se le han resistido. Todos han caído rendidos ante el brillo maravilloso de su garganta y de su estilo.

Primera sección, 10.000 pesetas; segunda sección, 6.000 pesetas; tercera sección, 6.000 pesetas; cuarta sección, 6.000 pesetas. Cuatro secciones, cuatro puestos primeros.

Después, en el Gran Teatro cordobés, la jovencísima apostura de Antonio Fernández Díaz ha recibido el homenaje de los palisanos enfervorizados y de los cordobeses que admiraron el prodigio.

Antonio Fernández Díaz ha podido por ello empezar a escribir, con todo merecimiento, la historia de su vida.

FANDANGOS CON LETRA Y CON RITMO PROPIOS

El número 4 de la calle del Pó-



Antonio Fernández «Fosforito», a la izquierda, vencedor del Concurso. Asistieron 130 concursantes y sólo dos dominaron los decisivos cantos exigidos en las bases. El segundo fué el Niño de la Mezquita, de Baena, que aparece a la derecha

sito, de Puente Genil, no sabía, hace veinticuatro años, que iba a ser famosa en el mundo del cante porque en ella vivió muchos, y vive hoy todavía, Antonio Fernández Díaz, el mejor cantaor de ahora, según ha proclamado el Jurado del Concurso Nacional de Cante Jondo, celebrado en Córdoba, que le ha concedido el primer puesto en todas las especialidades del cante.

Los veinticuatro años de Antonio Fernández Díaz vinieron al mundo en Puente Genil el día 3 de agosto de 1932. Tres hermanos—Dolores, Miguel y Amador—ya jugaban en la risueña presencia de los padres: Amador Fernández, él; Concepción Díaz, ella. Antonio haría el cuarto de la serie, que no terminaría hasta después de haber pasado por Encarnación y Francisco, los últimos.

Antonio Fernández Díaz, el mejor cantaor de España, llevaba dentro de él, sustancialmente, corriendo por la misma sangre de las venas, el alma del cante, la esencia, el duende de la copla. Ha pasado la época de las primeras letras, la época de la escuela primaria, y ha llegado la edad de los años que se cuentan por la primera docena. Antonio Fernández Díaz, un muchacho de Puente Genil (Córdoba), se escapa de casa y se marcha a Cádiz, porque él quiere cantar, quiere conquistar el mundo con su cante.

Las calles de Cádiz se estremecen de alegría al escuchar la voz grande, aunque sea todavía casi infantil, de un pontano que será más tarde figura de tronio. Son los primeros tiempos duros, tiempos de comida escasa, de cama limpia, pero modesta. Duerme

el chico en la calle de Jesús Nazareno, número 10. Las siete pesetas que le llevan por dormir hay que ganarlas en fiestas particulares, en reuniones para distraer a los turistas o en festejos donde se celebre un acontecimiento. Los amigos de Puente Genil que viven en Cádiz animan al muchacho, porque en el chico hay clase sobrada, clase que apunta, clase que promete. Y Antonio canta por entonces un fandango suyo, un fandango que él mismo compusiera, letra y ritmo:

Con «claría» quisiera dar luz a
[tus ojos
«pan que vieras con «claría»
a ver si con la experiencia
tú misma puedes «limpiá»
lo sucio de tu conciencia.

Los padres no quieren que el hijo, tan pequeño, ande en Cádiz cantando por las reuniones, cuando las haya, o por aquellas calles que tienen nombre de santoral: calle de la Paz, calle de la Concepción, calle del Sacramento, barrio de la Viña, barrio de Santa María...

Y los amigos, porque les daba pena, al fin y al cabo, le pagari el viaje de vuelta. Una vuelta que se dió con la alegría del recibimiento en la casa, porque, a pesar del disgusto de la ausencia, cuando Antonio vino hubo besos y abrazos de contento.

Ahora bien: por encima de todo seguía estando el cante.

TRES AÑOS DE ALBANIL MIENTRAS LLEGA LA HORA

Antonio tiene ya catorce años. Ha afinado su estilo, ha escuchado muchas veces a Antonio Mairena, a Rafael Romero, a Tomás Pabón, el hermano de la Niña de los Peines; a Pepe el de la Mahona y a Aurelio Fidel, que fueron sus maestros de hoy; unos maestros al principio únicamente escuchados en solitario, sin que ellos lo sepan, sin que le digan nada, sólo observando como uno de los espectadores, sólo compulso, sólo cantando... Antonio ha vuelto a Puente Genil y se ha puesto, no hay más remedio, a trabajar.

El padre le ha colocado de albañil con Manuel Quirós como maestro de obras. Y allí, con él, ha estado año y medio, paleta y escuadra, ladrillo y cemento, argamasa y cal blanca para las fachadas.

Sin embargo, los conocidos, los aficionados, saben que en Antonio hay finura, y finura de la gran-

de. Y por las noches, si son noches de los sábados, mejor, en el puente, con el rumor del río bajo los pies o en una reunión íntima, hacen cantar a Antonio. Antonio canta porque ello es su vida. Salen fandangos, martinets, polos, cañas, seguidillas, soleares, toda la gama del cante grande, del cante puro, del cante de los glorias de lo jondo.

Pasa otro año. El primer maestro de obras ha sido sustituido—no en el puesto, sino que Antonio cambió de empleo—por Pepe Rodríguez. Y si Antonio es buen albañil, los compañeros, la gente del barrio, todos, en definitiva, le conocen más que nada por lo bien que canta las serranas, las livianas, las peteneras, las saetas, los fandangos o las granadinas. Porque para Antonio no hay copla, grande o chica, honda o ligera, que no la sepa, que no la pule, que no la diga con aire de señor del cante, de rey de la copla. Y eso que sólo tiene quince años escasos.

MÁLAGA, POR LO GRANDE Y POR LO FINO

Antonio ha cumplido ya sus dieciséis años. Sus manos se han endurecido con el yeso y la cal. Le gusta su pueblo, y en él se quedaría para toda su vida si en Puente Genil hubiera posibilidad para el futuro.

Aquello de poner ladrillos y acarrear cubos de agua para las obras no se ha hecho para Antonio. Un día abandona Puente Genil, se monta en el tren, pasa por Córdoba y llega a Málaga. Allí hay animación, ambiente y gente que sabe de cante. Los primeros días son muy parecidos a su primera excursión por las tierras de Cádiz. Se acaban los escasos fondos, los últimos jornales que ganó en su pueblo, y tiene que repartir las pocas pesetillas que le quedan por las casas de comidas de la calle Mármoles, la calle Cuarteles o la plaza de la Arriola.

Un día, Antonio Fernández Díaz conoce a un guitarrista que alterna en las salas de fiesta, que toca y «acompaña» a los cantaos de las terrazas, de las salas de fiesta de Ciudad Jardín, de «las Olas», del «Plataná». El guitarrista se llama Antonio Romas, aunque todos le conocen por «el Niño de Almería».

—Iremos juntos. Nunca me sentido un cante como el tuyo, y aunque las cosas por aquí no andan muy bien, porque hay muchos competidores, creo que podremos hacer algo. Ensayaremos por las tardes. Mañana te espero en casa.

Y, en compañía de «el Niño de Almería», de Pepe Alcoba, de Agustín «el de las Flores», de Pepe de Alora, Antonio Fernández emprende la ruta del cante. Como en Cádiz, le siguen pidiendo fandangos de Huelva, que el público aplaude y paga, aunque no lo suficiente. Los fandangos para Antonio no tienen secreto. En su habitación de la calle de la Trinidad, Antonio cultiva otros cantes. Cantes grandes, para los que él se encuentra en muy buenas disposiciones. Cuando un día el público le pida una «debla» o una «caña», o un «polo», Antonio pasará al auditorio con la más pura manifestación de la más fina esencia del cante jondo. Hoy,

LA GRASA vencida en un mes

SIN REGIMEN DÉPRIMENTE
SIN MEDICAMENTOS - SIN
EJERCICIOS FÍSICOS FATI-
GOSOS Y GRACIAS A LOS
PROGRESOS DE LA COS-
MÉTICA MODERNA A LA
VANGUARDIA DE TODOS



HACED UNA PRUEBA
FACIL A NUESTRAS
EXPENSAS



SVELTOR

Rapidamente, sin emplear más tiempo del que dedicaréis a maquillaros, vereis desaparecer, en aquellas partes del cuerpo en que hayáis aplicado SVELTOR, las acumulaciones de grasa y los rodetes.

Recuperareis el orgullo de poseer una silueta juvenil, ligera y la alegría de sentirnos ágiles y esbeltas. Es más, los kilos perdidos no los recuperaréis, ya que el método Sveltor es sano, natural. Es un tratamiento de belleza para siempre.

Envieme sin compromiso alguno por mi parte la información completa sobre el método Sveltor y la oferta para hacer una prueba a sus expensas.

VALE
de PRUEBA
nº 33

Envíe este vale o su copia a:
LABORATORIO SVELTOR
Ostia, 27 - BARCELONA

NO ENVIEIS DINERO, SOLAMENTE LOS SELLOS DE CORREO PARA LA RESPUESTA

PARIS BRUSELAS MILAN LISBOA LAUSANA AMSTERDAM

apenas si se oye una «debla» y el secreto está sencillamente en que es uno de los cantes más difíciles de ejecutar, uno de los que precisan más voz y más pecho. Los tercios de la «debla» exigen una valentía, una resistencia y un esfuerzo contenido que asombra pensar en aquellos que la hicieron famosa. Dicen que la «debla» la inventó un cantador que le llamaban el Lebrijano. Y el Lebrijano solía decir: «el día que quien pueda conmigo». En Málaga, cuando se oye a Antonio entonar los tercios de esta copla, hay también quien piensa en esos duendes del niño de Puente Genil. En un espectáculo de cante flamenco, unido a la caravana, Antonio Fernández recorre algunos pueblos de la provincia de Málaga.

En Casarabonela, en Mijas, en Algarrobo, en Fuente Piedra o en Antequera, Antonio es la figura de la compañía. Un año más tarde, deshecha la compañía y saltando de las salas de fiesta a otros ambientes, el de Puente Genil llega una noche a las tablas del Echegaray y al escenario del teatro Cervantes. El baile está a cargo de Vitorita de Málaga y el canto por seguidillas y soleares lo dice Antonio Fernández. Es la primera vez que el cantador sube a un escenario para cantar ante un público exigente que sabe lo que es el cante y sabe aplaudir o reprochar. Y aquella noche será ya inolvidable para Antonio. Todavía parece que suenan en sus oídos el trueno de aplausos y las voces de aprobación que piden al cantador su presencia en las tablas repitiendo hasta seis veces la letra de una seguidilla y el cante de una «soleá».

La primera vez que Antonio Fernández ganó un dinero medio curioso con su cante fué en Ronda. Se había montado un espectáculo que le llamaban «Fiesta en el Aire». El título estaba muy de moda por entonces. En Málaga el «cantaor» conoce una tarde a un cantor de melodías modernas y orquestista que le hace una nueva proposición. A Bonet de San Pedro le interesa meter a Antonio en el elenco de un nuevo espectáculo que está montando en Málaga. En la calle Granada, Bonet abre una sala de fiestas elegante y de buen gusto, y en ella comienza a actuar Antonio, como organizador de los cuadros de cante jondo y figura principal. El cante del cordobés se ha perfeccionado y busca lo difícil, lo que no se escucha en los escenarios: el «polo» y la «caña».

Antonio empieza, ya en grande, a tener fama. Una fama conseguida en la perfección del trabajo diario, del aprendizaje de lo desconocido, del sacrificio de cantar en solitario para ser mejor cada día.

AÑO Y MEDIO DE SERVICIO MILITAR

Llegan los veinte años, y con ellos el servicio militar. Una época que, salvo la presente, será una época feliz para Antonio. En Artillería de Costa, en Cádiz precisamente, donde él em-

pezara, está destinado. Un día, en un descanso, Antonio empieza a cantar en la cantina. No muy lejos está el capitán don Francisco Segura Reina. Nace entonces una amistad.

Antonio Fernández ha de agradecer a su capitán todos los permisos que le permitirán ir conociendo más gente dentro del campo profesional y que le permitirán también irse labrando su particular fama. Todo ello porque el capitán Segura es un excelente conocedor del cante bueno, del cante grande.

Antonio conoce en Cádiz a Pepe Silva y a su hija Encarna, bailaora ella de las buenas. Y allí, Antonio canta en el teatro Falla. Y canta la caña para bailar, la seguidilla, la campiña de Cádiz, los fandangos...

Por Cádiz ya se dice:

—¿Queréis un cantaor de los buenos? Pues llamar a Antonio Fernández.

Surge después otra amistad, otra amistad sincera de la que recibirá muchas veces ayuda: el guitarrista Félix de Utrera y la gram «bailaora» Charito Cortés.

Van pasando así los catorce meses del servicio. Hasta que llega la licencia. Catorce meses donde se consiguieran dos cosas hermosas: amistades profundas y duraderas y avance y progreso, si es que va cupiera, en el estilo de su cante.

ANIMOS Y CONSEJOS DE LOS AMIGOS

El cante para Antonio no tiene secretos; suya, propia, única y exclusiva es su garganta y su estilo; un estilo inimitable, inconfundible.

Pero la salud a veces da golpes traicioneros cuando menos lo espera uno. Antonio se pone enfermo; una hernia, que operándola no tiene importancia, pero que hay que hacerlo. Félix Utrera y Charito Cortés le atenderían con gran cuidado y solicitud en la necesidad.

Hay que operarse, y así sucede, con feliz resultado por ventura. Entonces, por julio o agosto del año pasado, Antonio regresa a Puente Genil, a raíz de la operación, a reponerse. Está débil y le faltan facultades. Hay que recuperar las fuerzas.

Hacia el mes de marzo comienzan a llegar las noticias de que en Córdoba se va a celebrar un Concurso Nacional de Cante Jondo. Antonio, la verdad, en su interior, al leerlo, ha sentido como un escalofrío que puede ser un presagio. Y le gustaría ir. Pero no está todavía muy decidido. Van a ser tres personas de Puente Genil las que con sus ánimos, con sus consejos, con sus palabras de aliento animarán a que toda España pueda reconocer hoy en Antonio Fernández Díaz el mejor cantaor de todas las especialidades. Y estas personas son: Manolo Santos, dueño del Bar Santos, de la calle Plazuela de Lara, 25; José Arroyo Morillo, periodista, literato y excelente aficionado, y Francisco Jurado, amigo y admirador de Antonio.

Entonces, recuperadas ya un poco las fuerzas, Antonio envía su solicitud a la Comisión Orga-



Ante el cante «jondo» no existe la indiferencia: gusta o no; a quien gusta, apasiona

nizadora. Se le comunica que está admitida su instancia y que ha de ir a verificar la prueba de selección previa. Llega el día 27 de abril. Y Antonio marcha para la capital cordobesa.

LA MEJOR COPLA: EL VIENTO

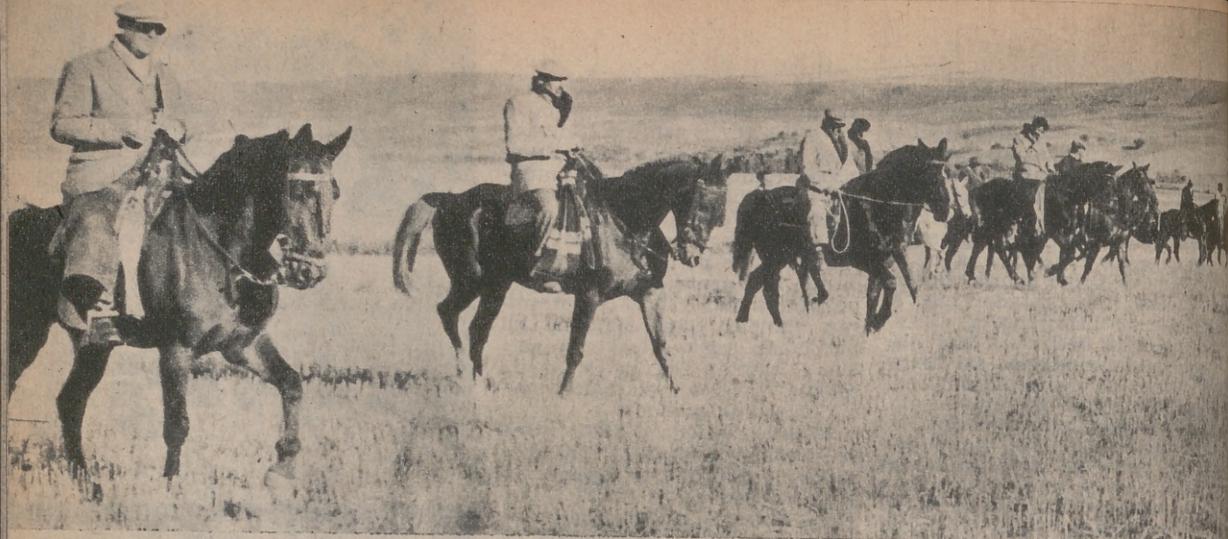
De los días primeros de Cádiz, cuando se cantaban fandangos propios por las esquinas, a estos días de triunfo hay mucho camino recorrido. En casa, no se puede ocultar, se muestra un legítimo orgullo por el hijo y por el hermano, que salió para adelante merced a su valer y a su sacrificio. Y Puente Genil ha festejado como suyo propio el éxito. Porque, al fin y al cabo, ha sido un pontano, uno de sus hijos, el que se llevó la palma de la victoria.

Al día siguiente de conocerse el fallo, le han llegado a Antonio centenares de ofertas, centenares de proposiciones, centenares de futuros contratos. Ahí está, como ejemplo, una empresa barcelonesa que le ha ofrecido un contrato de cien días de duración a mil pesetas cada día; o esa casa grabadora de discos que le ha dicho que ella le dará más que lo que le dé cualquier casa similar por la grabación de su cante.

La mejor copla para Antonio ha sido aquella en la que el Jurado fué diciendo, sección por sección, el ganador. Copla con un nombre que supera a la mejor caña, al mejor polo, al mejor martinete: Antonio Fernández Díaz, de Puente Genil, el primero.



Complemento del Concurso de Cante «Jondo» de Córdoba fué la actuación de cuadros flamencos de baile



ESPAÑA VISTA A CABALLO

UN RAID HIPICO DE JEREZ A LA FERIA DEL CAMPO

NO seáis locos, que hasta ahora no se le había ocurrido a nadie ir a caballo, en nueve días, desde Jerez de la Frontera a Madrid» nos dice una voz sensata y cargada de experiencia. Pero allá los organizadores de esta locura, que no es, precisamente, una romería sino una marcha deportiva de velocidad y resistencia.

De sur a norte de la Península cabalgaron almohades, almoravides y benimerines; pero no a tanta velocidad ni en tan fatigosas jornadas.

He ahí la pregunta: ¿Va a ser posible? Pero demosle al tiempo el corto plazo de nueve días para saber a qué atenernos en una prueba sin precedentes ni en nuestro país ni en todo el mundo.

En esos ojos grandes de los caballos está la incógnita del raid. Una incógnita indescifrable cuando, poco antes de la partida, miramos una a una las grandes cabezas en línea de impaciencia.

Comencemos por la palabra, porque también aquí, en un principio, fué el verbo, la palabra y se prefirió raid a «rally» —aunque las dos maneras queran decir muy parecida cosa—, porque parece que raid da una idea más aérea y despegada de las carreteras, y que conviene más en una prueba hípica que, desde su primer plantamiento, no ha querido ir por el camino regado del asfalto, sino por las trochas y las veredas de las antiguas vías pecuarias.

NADA DE APOCALIPSIS

Son las seis de la mañana en el cronómetro oficial. Las seis de la mañana del 18 de mayo cuando, en las pistas del antiguo Jockey Club jerezano, se da la señal de marcha al primer grupo de cinco jinetes; grupos de cinco y no de cuatro, quizá para quitarle a la prueba desde sus mismos comienzos toda insinuación y aire de Apocalipsis.

Treinta y un participantes toman la salida en la ciudad de Jerez—almacén y bodega de la Naturaleza—, de tanta solera hípica que en ella encuentra el caballo siempre una completa y aficionada comprensión.

La primera etapa de este raid, la etapa Jerez-Sevilla, con un descanso en Utrera, es de fondo y no de velocidad. No se trata de correr mucho, sino de que se marche regularmente—a diez kilómetros por hora—y contra cronómetro.

Llueve al salir, lo cual no es ningún inconveniente para una prueba hípica en la que uno de los mayores enemigos va a ser seguramente el ciego sol de las grandes extensiones andaluzas y manchegas; por eso seguramente, uno de los participantes, el norteamericano Mr. Stedman, se ha traído un salacot, con el que tiene un cierto aire de explorador, como si estas tierras antiguas de la Bética tuviesen algo que descubrir.

Más adelante tendremos que hablar otras veces de este norteamericano, que para conocer España se ha comprado un caballo, y para entrenarlo bien ha ido con él desde Madrid a Jerez de la Frontera y ahora vuelve a la capital de España otra vez sobre su fiel caballo de raza española.

En estos tiempos de caballos de vapor y vuelo de reactores, el norteamericano Mr. Stedman da una lección de antigua sabiduría al recorrer nuestro país a caballo, quizá para tener tiempo y ocasión de beber en botijo y empujar la bota por las ventas meridionales y hasta pararse después frente a los molinos de La Mancha y echarse a un lado castizamente, ya que no la bacía barbera; por lo menos el salacot impermeable, que también podría servir para el remojo de un afeitado campestre.

Ya estamos en ruta, y con buen humor, como corresponde a la solera jerezana del paisaje. Viñas, viñas verdes, cuidadas co-

mo criaderos de perlas en una tierra riquísima y levemente ondulada; viñas a las que al aire de las marismas próximas mueve con ligeras ondulaciones de mar.

CON LA AVIACION ENCIMA

Al poco de salir de Jerez un avión nos da unas pasadas, casi rasantes, que espantan y hacen saltar a los caballos como si fuera a picarles un tábano gigante. Sospechamos que esta exhibición aviatoria se hace en honor del coronel de Aviación don Carlos Pombo, que es uno de los participantes en esta prueba hípica. Nos ha sobrevolado la primera anécdota sin consecuencias graves y hacemos señas a los pilotos para que se lleven volando al avión.

Y adelante por la cañada, por una vía pecuaria tan antigua que ni se sabe cuándo se usó ese camino para llevar bestias desde Jerez a Sevilla.

El señorío de esta tierra da ganas de descubrirse y andarla al trote o al galope con el sombrero en la mano; pero ha dejado ya de llover y el sol se insinúa vigoroso para la larga cabalgada hasta Sevilla.

En los cruces de cañada hay grupos de mujeres campesinas, agolpadas por la curiosidad de esa gran locura nunca oída; una prueba hípica desde Jerez a Madrid. Las campesinas llevan unos anchos sombreros de paja y la cabeza envuelta en telas para protegerse del sol lo que les da un cierto aspecto moruno que no desentona mucho en estas proximidades de la auténtica morería.

BELLAS ESTAMPAS DE «TIPICAL»

Pasamos por el portalón de entrada del cortijo El Pinganillo donde hay un par de hombres con traje campero bajo la arcada. He ahí una bella estampa «tipical» en el mismo borde del camino. En estas tierras donde

menos se piensa salta la estampa y hasta quizá la liebre; pero no es la nuestra una expedición cinagética, como no es tampoco una marcha alegre de caballistas que van a Rocío.

Al subir una pequeña cuesta se ha producido—de una manera impensada—la primera baja, que ha sido, precisamente, la del jinete que lleva en la manga el número 1. Un caballo intenta pasar al del señor Argüeso, que recibe una coz en la pierna. La primera baja ha sido por herida de jinete, en un accidente tanto más lamentable por lo impre-

visto. En el cruce de Las Cabezas, después de un recorrido de varios kilómetros por carretera, se remojan un poco los caballos. Se les echa cubos de agua a la cabeza y las extremidades, pero sin dejarles descansar, para que no se produzcan incidencias fisiológicas.

Ya en estos primeros remansos para remojarse cabalgaduras se nota la previsión de los jinetes más expertos, que llegaron a prever y a provisionarse de glucosa para los caballos; esa glucosa energética, tan discutida en el caso de los futbolistas.

Sobre el amor; el mimo casi maternal, el cuidado maniático del jinete al caballo podemos citar muchos ejemplos. Al caballo se le arroja con cuidados de riñera, y hay quien tiene para su cabalgadura linimentos de fabricación exótica, fórmulas magistrales celosamente guardadas y masajes que son casi secretos de alcaoba.

EL HOMBRE, PARASITO DEL CABALLO

El hombre y la bestia forman en el raid deportivo una unidad sustancial en la que el «rey de la Creación» se reduce él mismo, por propia voluntad, a la ínfima categoría de parásito del caballo y a una especie de sombrero cordobés sobre una percha de carne que cabalga. El hombre sobre una base cuadrúpeda, sin cuyo concurso nada es posible lograr, pues si el caballo habla no hay copa, ni trofeo, ni fama, ni gloria, ya que los reglamentos no prevén una marcha atlética de jinetes a pie y a campo a traves.

Junto al convento de la Consolación de Utrera se hace alto para un descanso neutralizado en esta marcha de regularidad que el entusiasmo de muchos parece convertir en una especie de carrera de bomberos a caballo. Reunidos en el claustro conventual de la Consolación de Utrera, con la bolsa de comida y la botella en la mano, pienso—en este ambiente de paz monástica—en aquel ilustre obispo de Málaga que en noviembre de 1734 se hizo cargo de la rectoría de la política hípica en España por considerarse tan impuesto en la verdad revelada como en el saber y entender de caballos, y quizá también por imitar a los cardenales romanos que eran maestros en el género «equus» y la especie «caballus» que mejor convenía al enganche y el tronco de tiro de la carreta; al rango y el matiz cardenalicio.

Utrera tiene en el escudo un caballo amarrado, y eso hemos hecho también los del raid: atar los caballos a los árboles del paseo, y así los hombres pueden ir al refectorio conventual a la hora justa de la colación con latines.

SIGUE LA CARRERA DE SANGRE

Esta subetapa, ese descanso central en la primera gestación de la gran carrera de sangre; Utrera, «cuasi ab útero» de una comarca vieja y romanizada, ha sido como un rellano en la ascensión hípica que realizamos por el mapa de la Península.

Por la tarde, el recorrido Utrera-Sevilla parece alegrar a los caballos con la proximidad de la urbe, el parque y el río, que cada vez más claramente se adivinan a lo lejos.

En el Club Pineda de equitación está el final, la meta de esta primera etapa, y junto a la pista y las banderas nos espera una nutrida representación de aficionados de la más selecta sociedad.

De las viñas llegamos a las luminosas marismas de Sevilla la llana, sin más novedades que el abandono de otros dos caballos, uno por cojera y otro por irregularidades nerviosas, que le han impedido en el descanso intermedio de la etapa. Un caballo con «surmenage», que es una dolencia muy inteligente para un noble bruto.

INSTINTO DE ORIENTACION EN LOS SEMBRADOS

En la segunda etapa, la del recorrido Sevilla-Ecija, la cañada atraviesa la ondulación de un paisaje de amplios sembrados que el raid atraviesa en una prueba de velocidad interesantísima y emocionante en muchas partes del recorrido. Ha habido que vadear el río Corbones y hay otras dificultades en la marcha, una de las cuales está en las posibilidades de despiste por caminos parecidos. Los jinetes consultan frecuentemente los planos y los meticulosos papeles de descripción. Esta vez no encontramos excesivos postes señaladores con cartones colorados con un caballo en negro, ni abundan tampoco mucho los utilísimos guardas de Herman-



Los caballos, en un descanso de la jornada



Este jinete de Alcalá de los Gazules entra en la meta de Ecija

dad agrícola y ganadera. Todo hay que fiarlo al instinto de orientación sobre un paisaje repetido y en los planos y papeles que lleva cada jinete.

Esta vez la parada intermedia se hace en plena campiña, en el cortijo de Aljabara, donde se nos atiende espléndidamente con la antigua y refinada hospitalidad rural de esta tierra.

Hemos pasado por la vereda de Pero Mingo, seguido un poco el margen de la carretera de Mairena, por las proximidades de la hacienda Ronquera, dejando después a la izquierda el cortijo del Alamo para llegar al vado del río Corbones, paso difícil, pero que ha servido de salpicadura y refresco para los espumeantes caballos de esta etapa de velocidad. Por entre dos grandes sembrados de trigo hemos subido derecho hacia unos cerros que crece que se llaman de la Herradura.

Algunos caballistas se han tomado con cierta filosofía esta carrera de velocidad hasta el cortijo de la Aljabara. Se empiezan a insinuar dos grupos: los que procuran ya ahora sacarle al caballo todo su rendimiento inicial y los que reservan casi con avaricia las energías y posibilidades de la cabalgadura para etapas posteriores que van a ser muy duras, especialmente la de subida y cruce de Sierra Morena por veredas de cabras y guijarros apasionados por antiguas y legendarias bandolerías.

LA TACTICA DEL AHO- RRO DE ENERGÍAS

Entre los jinetes que administran muy concienzudamente las energías del caballo está don Miguel Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, al que sigue por carretera un buen automóvil con variados refrescos en un «frigidaire». Otro de los ahorradores de energías es el norteamericano mister Oliver Stedman, al que no solamente no sigue ningún coche refrescante, sino que en algún final de etapa ha tenido que ser él mismo quien cuidase de su cabalgadura, dándonos un buen ejemplo de sobriedad, espíritu de sacrificio y amor a su caballo «Caramelo», al que, termómetro en mano, cuida a altas horas de la noche después de agotadoras jornadas de esfuerzo.

Mister Oliver Stedman coge fama por los pueblos del trayecto que antes de que pase por ellos el raid esperan ya a ese norteamericano atlético y pecosó que a veces corre muchos kilómetros a pie mientras «Caramelo»,

suelto de la brida, le sigue como un perro. Mister Stedman quiere llegar a Madrid y pone los medios para ello. Su caballo no es de los más potentes y ésta es una de las razones por las cuales el jinete lo cuida con tanto esmero que si pudiera lo llevaría en brazos algunos trechos del camino.

Otro grupo de jinetes es menos previsor y obsequia a los curiosos rurales con impresionantes cargas que levantan nubes de polvo en la vía pecuaria. Hemos oído calificar intencionadamente de «comanches» al grupo de jinetes y caballos cordobeses, camperos y serranos, que parecen competir siempre con los caballos que podríamos decir de ciudad. Cuando il guemos a la sierra esas cabalgaduras fogosas, entrenadas a lo natural para el terreno difícil en el que esquivan vaquillas bravas nos van a dar a todos una sorpresa como ya nos la han dado ahora repetidamente con su vigor físico, poder y derroche de velocidad.

DEL TECHO CUELGAN LOS JAMONES

Tumbados en sacos de paja en el cortijo de Aljabara, los jinetes del raid esperan la hora de reanudar la marcha mirando con ojos cansados los jamones y lomos ahumados que penden del techo. No será una visión muy distraída y puede que los jamones recuerden demasiado gráficamente a piernas de cuadrúpedos, pero tumbados en jergones, a la sombra de las paredes blancas, no hay muchos espectáculos donde distraer la vista y hay que perdonarles ese mirar las «estalactitas» comestibles de esta cortijada, aunque a mí personalmente eso de mirar con rijeza un jamón me ha parecido siempre una inmoralidad, algo deshonesto que está más cerca de la lujuria que de la gula.

Y otra vez en marcha, ahora por una cañada con menos complicaciones, ya que pronto deja las probabilidades de despiste de las veredas entre sembrados para seguir hacia el pueblo de Fuentes de Andalucía, al lado de postes eléctricos que sirven de pauta segura en esta subetapa del raid.

Fuentes de Andalucía se nos aparece en el cuenco de una hondonada. Es uno de esos grandes y blancos pueblos andaluces, pero que tiene éste una belleza especial que es algo así como un espejismo obsesante en esta tarde luminosa. Todo el pueblo está en las afueras como en una fiesta inesperada. No lejos

de aquí, en Carmona, están de feria y jaleos de castas, pero aquella ciudad no cae en la exacta ruta del raid, y en cambio sí ha tenido esa suerte el pueblo de Fuentes de Andalucía, cuyas muchachas aplauden el paso de los caballistas, y con una espontánea organización municipal ofrecen cafeteras y botijos al que quiera detenerse: unos segundos en su marcha hacia la ciudad de Ecija, la bella airosa y célebre población con sus siete torres esbeltas, que a algunos les hacen recordar por una asociación de números a aquellos Siete Niños de la partida local que fueron espanto de acemileros y diligencias.

ECIJA, PARADA Y FONDA

Ecija nos recibe entusiásticamente en el paseo municipal, junto al parque y a orillas del Genil. Dos grandes mástiles señalan con sus banderas el final de etapa y puede decirse que todo Ecija está esperando a los caballistas del raid, alguno de los cuales, en esta etapa de velocidad por poco llega antes que los cronometradores.

El trio de vencedores de esta segunda etapa—en la primera no los ha habido realmente por tratarse de una prueba de regularidad—han sido el comandante Luque, el teniente Gorzález—ganador el año pasado del raid de resistencia y velocidad celebrado en Madrid—y el ganader cordobés don José Guerrero, un muchacho joven vestido a la manera campera con zahones de cuero repujado y que ya en estas primeras jornadas está demostrando la buena calidad del jinete y el caballo en una prueba en la que tiene que competir con los mejores de toda España y un quijote honorario que es el norteamericano mister Stedman.

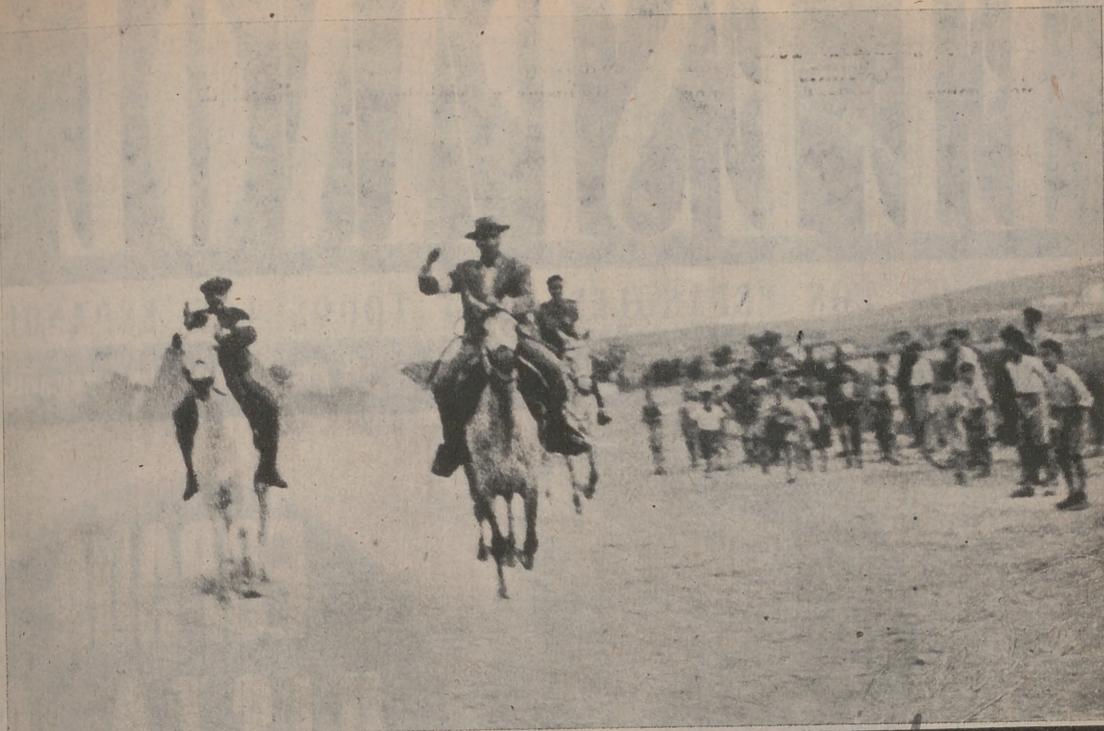
Mientras llegan los caballos por la ancha pista final el público hace comentarios que no son precisamente de legos o de ignorantes en materia hipica. Hay que calzarse, por lo que se ve, muy bien las espuelas para cabalgar delante de toda la población de Ecija, que, acostumbrada a las ferias ganaderas, no solamente domina la terminología caballar de los más rigurosos cánones, sino que tiene también el ojo clínico que se necesita para conocer, aun a distancia cualquier defecto del orden que sea.

El organismo turístico oficial de Ecija ha preparado muy bien la recepción de este raid. Cada jinete ha recibido a su nombre unas papeletas con instrucciones sobre alojamientos, horarios, invitaciones a los vinos de honor y demás saraos agradables con los que se nos hacen gastar preciosas horas nocturnas.

En la madrugada del domingo día 20, y antes de dar comienzo a la tercera etapa del raid, se asiste a una misa que también está anunciada en el programa de recepción de la ciudad de Ecija. En la prédica el sacerdote alude a esta competición deportiva diciendo que el camino de la perfección espiritual quiere al atleta, al corredor de estadio.

“LA ESTAFETA LITERARIA”

UN GRAN SEMANARIO
DE LAS ARTES
Y DE LAS LETRAS



Sobre un llano interminable, el galope levanta nubes de polvo. Los chiquillos contemplan curiosos el esfuerzo de los hombres y de los caballos

A las ocho y media de la mañana se da la primera salida desde el Depósito de Recría y Doma de Ecija, con lo que comienza la tercera etapa de la prueba Jerez-Madrid de resistencia y velocidad hipica. Esta vez el recorrido es relativamente corto—53 kilómetros—, por una ruta sin pérdida posible, ya que la cañada va al lado de la carretera de Córdoba, ciudad que es el final de etapa.

Las amplias hondonadas hasta llegar a La Carlota se recorren a buen paso, pues ésta es también una etapa de velocidad en la que penaliza aquel jinete que no vaya a diez kilómetros por hora como mínimo.

LOS TORERILLOS DEL «AUTO-STOP»

No es conveniente el ir por la misma carretera, ya que la dureza del piso fatiga extraordinariamente a los caballos. Más vale ir por la cañada o por esos caminitos marginales que la ampliación de la carretera ha preparado como expreso para esta parte del raid hipico.

La marcha transcurre sin grandes incidencias. Encontramos en ruta parajes de guardias civiles, camineros, pero pocos guardas jurados, y guardas de Hermandad en esta jornada de domingo. En un cruce hemos visto a dos torerillos que con sus trastos bajo el brazo esperan ir a Córdoba en «auto-stop». No podemos recogerlos a la grupa por que el Reglamento no prevé esa clase de tutelas para con los «maletillas» que podamos encontrar en ruta, además no conviene tampoco en una competición tan agotadora el tomar carga suplementaria.

Hemos dejado ya atrás ese viento, ese Levante que tanto nos azotó por ciertos lugares de la Andalucía Baja, pero ahora es el sol lo que aprieta y no el

viento, que tanto ha empujado de popa al caballo «Navecilla»—magnífico caballo—del teniente González.

La hilera de jinetes en marcha parece, con las ondulaciones del terreno, un carrusel de caballitos a los que la fuerza centrífuga haya despedido de un «tiovivo» gigantesco.

El ciego sol implacable. Ahora sí que le debe ser útil el salacot a mister Oliver Stedman, aunque tenga ese cubrecabezas tan poco aire campero.

Explican que, echando el cuerpo hacia adelante, no sé qué pasa con los centros de gravedad del hombre y del caballo, pero que el resultado es que la cabalgadura se fatiga bastante menos. Aquí hay que aprovechar hasta estas cosas que parecen nimiedades, pero que, sumadas en unos recorridos tan agotadores, pueden constituir una buena reserva de energías para ese elemento básico que es la montura.

Parece que la tierra y el césped del camino sube y baja. Se ven tonalidades de verde muy variadas y distintas. Con un poco de imaginación hasta puede creerse una especie de película en colores esa gama de tonalidades que corre a las patas al trote o al galope.

TODA UNA HISTORIA A CABALLO

Eso de ir a Córdoba a caballo ya es de por sí una buena cosa; pero sí, además, se viene de Jerez y se va a la ciudad Sultana—«madre de los mejores caballos del mundo» al decir de Cervantes—, solamente de paso entonces es cuando todo adquiere caracteres mayúsculos.

Buen sitio para final de etapa esa ciudad cordobesa rodeada de la mejor calidad equina desde los tiempos más remotos.

Ya parece que los hociocos ven-

tean las orillas de adelfas y juncos del Guadalquivir en Córdoba, y estamos a la espera del azahar y del clavel y del silencio romano y moro de esta ciudad un poco cerrada—dentro de su alegría—, como un cerco de caballos.

Los jinetes cordobeses están ahora de enhorabuena y se esfuerzan todos por quedar en buen lugar en esta etapa en la que, a lo lejos, ya se ve la Sierra Morena que mañana será preciso escalar muy difícilmente en otra etapa de velocidad.

En el paisaje, el naranjo y la vid se baten en retirada. Ahora es otra cosa mucho más seria eso del paisaje, algo que parece sólo para hombres por lo fuerte y lo bravo.

Amable sonar de los cascós en la tierra. Parece que es el eco no sólo de la historia cordobesa, sino de la entera Historia de España porque a ese son se han hecho muchas cosas grandes en el nombre de Dios y en el nombre de España.

A caballo se resistieron las legiones de Roma. El caballo fué la máquina de los ocho siglos de Reconquista. Y eso es el son de Cisneros en Orán, de Carlos de Euzora en Pavía y en Mühlberg, de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán. El sonar de los Tercios de Flandes. El eco de las batallas de San Quintín. El batir de las tierras del Palatinado y el rumor de caracolas de las grandes hazañas en América.

Sonar de cascós caballares en la tierra en el que queramos se duerman estas líneas a la espera del cruce de Sierra Morena y la marcha triunfal de los centauros esgidos por la meseta hacia Madrid.

F. COSTA TORRO

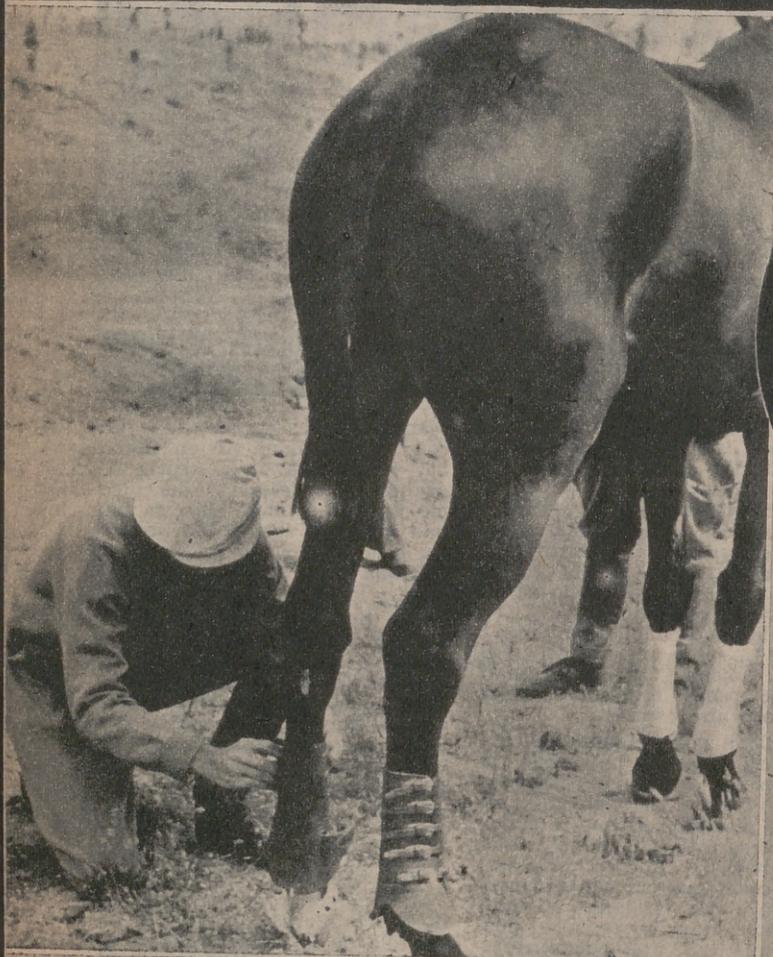
(Enviado especial)

Pág. 63.—EL ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



ESPAÑA
VISTA A
CABALLO

RAID HIPICO
DE JEREZ A LA
FERIA DEL CAMPO



Don José Guerrero, sobre el caballo «Pintor», primer jinete que hizo su entrada en esta capital después de cubrir la etapa Erija-Córdoba, del Raid Hípico Jerez-Madrid